



Regla número uno: se encontrarían una vez a la semana... ¡en la cama de su dormitorio!

El príncipe heredero Amadeo se había casado con el único fin de darle a su dinastía un heredero, de modo que no esperaba encontrar tanta pasión en su noche de bodas. Su tímida esposa, Elsbeth, parecía tener dentro mucho más de lo que mostraba, pero Amadeo ejercía un férreo control sobre sus emociones, ya que no podía permitir que le distrajesen de su deber.

Elsbeth estaba dispuesta a comprometerse en un matrimonio sin amor. Cualquier cosa era mejor que la vida cruel que dejaba atrás. Sin embargo, no estaba preparada para lidiar con la anticipación que le suscitaba cada encuentro con Amadeo.

Teniendo en cuenta que su esposo jamás olvidaba las reglas, ¿sería capaz de convencerlo para que las transgrediera por ella?

## *Capítulo 1*

**E**LSBETH Fernández entró en la catedral de Ceres del brazo de su primo, Dominic. Por qué la sujetaba con tanta fuerza era algo que no alcanzaba a comprender, dado que había accedido sin rechistar a cumplir su deseo de que se casara con el príncipe Amadeo. Ella siempre accedía a todo sin rechistar. La palabra de Dominic era ley. Rey del principado en el que ella había nacido, Monte Claro, en lo que afectaba a las mujeres de la familia, se le obedecía sin dudar.

El príncipe al que solo había visto en una ocasión, en la fiesta de antes de la boda, estaba de pie, lejos. Su matrimonio había sido acordado, como todo lo demás en su vida. Ella no había tenido voz ni voto, pero cuando la persona que se encargaba de negociar los detalles del acuerdo le había preguntado en privado si quería casarse con él, no dudó en contestar que sí. Sinceramente, aunque el príncipe fuera el hombre más feo de la tierra, habría accedido a casarse con él, de modo que había sido un golpe de suerte que fuese todo lo contrario: su príncipe era el más atractivo de toda Europa.

Era altísimo. En secreto se había alegrado de que fuera al menos treinta centímetros más alto que Dominic. Tampoco parecía tener un gramo de grasa en el cuerpo, a diferencia de la obesidad que arrastraba su primo y la mayoría de los hombres de la Casa de Fernández, acostumbrados a atiborrarse a comer. Pero su príncipe —en privado había empezado a llamarlo así, su príncipe—, tenía un cuerpo de escándalo. Escultural. Lo mismo que sus facciones, que parecían esculpidas, con un mentón recto, un labio superior de dibujo perfecto, y una nariz recta.

Ojalá resultara ser un buen marido, o al menos tanto como podía serlo un miembro de la realeza acostumbrado a que su palabra fuera ley. Ella era consciente de que su deber como futura reina consorte consistía en seguir el liderazgo marcado por su marido en todos los aspectos, hablar

solo cuando le pidieran que lo hiciese, jamás dar su opinión en algo más allá de un arreglo floral, nunca llevarle la contraria a su esposo, ni en público ni en privado, y lo más importante: darle tantos hijos como deseara. Ojalá fuera fértil. No quería desilusionarle en nada, pero fracasar en ese aspecto sería un fallo imperdonable, motivo incluso de divorcio y su consiguiente devolución a Monte Claro. A su tía ya le había pasado. Tres años sin descendencia habían bastado para que la reemplazaran.

«Por favor, que pueda darle hijos a mi príncipe. Que no tenga excusa para mandarme de vuelta a Monte Claro». Había soñado cada noche desde que se habían conocido con cómo sería ver de cerca aquellos increíbles ojos verdes, sentir sus labios y notar cómo sus mechones de cabello negro le resbalaban entre los dedos.

Sabía mucho sobre la imagen pública de la familia Berruti y de cómo la reina había obrado para asegurarse de que su dinastía perdurara en el siglo XXI, pero prácticamente nada de su relación en privado, o de cómo era el hombre con el que se iba a casar cuando se cerraba la puerta. Aun así, fuera lo que fuese lo que el futuro le tenía reservado, no podía ser peor que su papel en la Casa de Fernández. Dios no podía ser tan cruel, ¿no?

Amadeo vio avanzar con serenidad a su futura mujer por el pasillo central de la iglesia del brazo del hombre que más despreciaba en el mundo, y se aseguró de que la repulsa que le provocaban ambos no se reflejara en su expresión. Lo único positivo que le encontraba a aquella unión era que Elsbeth era una joven agraciada. Muy agraciada, de hecho. Llevaba su hermosa melena rubia recogida, y a medida que se iba acercando, vio la ilusión que iluminaba sus ojos azules y que partía de una feliz sonrisa.

La había visto igualmente entusiasmada en la fiesta de antes de la boda en la que se habían conocido, aunque apenas había pronunciado una palabra. Ni siquiera en una ocasión había iniciado ella la conversación, y contestaba a todas sus preguntas directas con una sonrisa, pero no parecía tener una sola opinión o idea en esa cabeza suya. Él ya se sentía enfermo imaginándose toda una vida junto a una Fernández y emparentado con aquel tirano, narcisista y megalómano Dominic, así que si su mujer era, además, un florero, la situación le resultaba francamente antipática, pero no había tenido alternativa estando como estaban sus dos naciones al borde de una guerra comercial y diplomática. Había sido su propio hermano quien había prendido la mecha, y cuando ya parecía que las aguas volvían a su cauce, su hermana había vuelto a avivar el fuego, de modo que aquel matrimonio había parecido el único medio para acabar de sofocar el

incendio. Por el bien de su nación, estaba dispuesto a casarse con la prima de su enemigo. Se había pasado la vida haciendo lo que era mejor para su Casa Real, dejando a un lado sus inclinaciones y deseos. Y si sus hermanos hubieran hecho lo mismo con algo más de eficacia, no se encontrarían en aquella situación.

La novia llegó a su altura. Como heredero al trono, siempre había sabido que su prioridad a la hora de escoger esposa sería la idoneidad, y la crianza de Elsbeth sugería que lo era, aunque había esperado poder contraer matrimonio con alguien que pudiera gustarle y respetar, y ese no parecía ser el caso con ella.

Consciente de que aquel día estaba siendo seguido por todos los ciudadanos de Ceres, tanto en la calle como desde sus hogares, lo mismo que otros millones de europeos, tomó la mano de su esposa y sonrió. Con unos ojos azul claro que brillaban tanto como los diamantes de la tiara con que se adornaba, ella sonrió con tanta dulzura que sintió que el estómago se le encogía.

—Estás preciosa —dijo no obstante y por el bien de las cámaras.

Ella se sonrojó de un modo que iba a dar de maravilla en las televisiones. De hecho, las cámaras ya la adoraban. Era fácil imaginar lo que iba a decir la prensa del corazón sobre el vestido de cuento de hadas que llevaba, todo encaje y seda blancos, que realzaba su generoso busto sin mostrarlo, y la diminuta cintura de la que partía el vuelo de la falda componiendo la silueta de un abanico.

De la mano, ambos dieron la espalda a las personas congregadas en la catedral y miraron al obispo.

Elsbeth nunca había escuchado vítores y aplausos como aquellos. Las calles estaban abarrotadas de personas que querían darles sus parabienes, pero cuando salieron de la catedral, el estruendo era tal que podría arrancar de cuajo los tejados de las casas.

Les esperaba una fila de carruajes tirados por caballos. Su esposo la ayudó a subir al primero y, una vez se hubieron sentado, tomó su mano.

El camino de vuelta al castillo pareció durar una eternidad, lo mismo que los aplausos. Aquellas personas se alegraban de verdad por ellos, pensó mientras le lanzaba un beso a un chiquillo que agitaba sus manitas frenéticamente desde lo alto de los hombros de su padre, y para cuando llegaron a las puertas del castillo, la cara le dolía de sonreír y las manos de saludar.

Junto a Amadeo, fueron recibiendo a sus invitados. Ella se sentía como si estuviera en un sueño, y cuando pasaron al salón en el que se serviría el banquete de doce platos, intentó fijar en su memoria todo lo que estaba viendo para poder volver a ese recuerdo siempre que lo deseara. Pero su ensoñación era tal que en lo único que pudo centrarse con claridad era en su marido. ¡Era encantador! Después de haberse pasado la vida viviendo en un palacio lleno de serpientes encantadoras, no era ya tan inocente como para pensar que ese atractivo era otra cosa que un acto dirigido al público, pero se estaba mostrando muy atento con ella, preocupándose por si le gustaba la comida o si tenía la copa llena. ¡No solo era un príncipe, sino también un caballero!

Sin embargo, la mirada vigilante de la madre de Amadeo era un recordatorio de que, caballero o no, su esposo, un futuro rey, tenía unas expectativas sobre ella y unos estándares que ella tendría que cumplir desde el primer momento.

Horas después, una vez concluido el banquete, tenían que pasar a otro salón para la fiesta nupcial. Llevándola Amadeo de la mano, llegaron a una mesa y Elsbeth intentó no pasmarse ante la exquisitez con que se había adornado aquel salón, que guardaba el mismo esquema de color que el comedor, pero logrando un resultado aún más deslumbrante.

Su mirada se cruzó con la de su cuñada, Clara, que le dedicó una dulce sonrisa. Dominic había secuestrado a Clara unos meses antes, y la habría obligado a casarse con él de no ser porque el hermano de Amadeo, Marcelo, lo impidió rescatándola y casándose con ella. La posibilidad de encontrarse con ella en la pre-boda la aterraba, pero sus temores eran infundados. Clara la había recibido calurosamente y aparentemente sin culparla por las acciones crueles de Dominic.

Su otra cuñada, Alessia, también la había recibido con agrado en la fiesta, aunque daba la impresión de que estaba un poco distraída. Saber que aquellas mujeres eran ya su familia resultaba reconfortante. Puede que, algún día, incluso llegaran a ser amigas.

—Es la hora del baile —le susurró su príncipe al oído.

Un estremecimiento le recorrió la espalda y se levantó con el corazón desbocado. Amadeo había vuelto a tomar su mano y, animados por los vítores de los asistentes, que habían estado bebiendo champán como si no hubiera un mañana, salieron al centro de la pista de baile.

Una mano en la de él y la otra apoyada ligeramente en su hombro, volvió a estremecerse cuando sintió que le rodeaba la cintura. El corazón le

latía demasiado rápido como para escuchar la música romántica que los envolvía, así que se limitó a respirar. La primera vez que había bailado con él estaba demasiado excitada ante la idea de escapar de Monte Claro para poder pensar en otra cosa que no fuera hacerlo todo perfecto para no causarle una mala impresión. Ya había pasado un mes desde entonces, y en todo ese tiempo no había dejado de soñar con él, con estar en sus brazos, rozando con los pechos su vientre, saturados los sentidos con su olor.

Amadeo bailó con su esposa hasta que la pista de baile se llenó de tal modo que sus cuerpos se vieron empujados el uno contra el otro. Elsbeth no había dicho una sola palabra, y la sonrisa que parecía habersele cristalizado en la cara seguía ahí. ¿Tendría algún pensamiento en aquella bonita cabeza suya, o habría solo aire?

—¿Tomamos algo? —sugirió, acercándose a su oído para poder salvar el ruido ambiental. Percibió un perfume ligero y delicado que encajaba a la perfección con su insípida esposa.

—Si tú quieres...

Amadeo apretó los dientes y la guio para salir de la pista. Por supuesto, no había sido ella quien había hecho el primer movimiento, ni en eso ni en ninguna otra cosa a lo largo del día. Siempre había esperado que la iniciativa partiera de él. Volvieron a su mesa. Se había terminado la copa de vino con el cuarto plato del banquete, y estaba convencido de que habría seguido vacía de no ser porque él había hecho un gesto al personal para que se la llenaran. Ella había respondido con una brillante sonrisa y un «sí, por favor».

¿Con quién se había casado? ¿Con una muñeca parlante como las que tenía su hermana de pequeña?

Cuando llegaron a la mesa y les sirvieron copas nuevas, Marcelo, su hermano, llamó su atención sobre alguien que bailaba. Siguiendo la dirección de su mirada, vio la figura espigada de su cuñado Gabriel bailando abrazado a su hermana pequeña. Un suspiro de alivio escapó de sus labios. Gabriel había sido quien había redactado los términos del contrato entre Amadeo y Elsbeth. Poco después, había tenido un único encuentro con Alessia, del que había resultado un embarazo inesperado.

Amadeo y sus padres chantajearon emocionalmente a su hermana para conseguir que se casara con él, pero el casamiento había acabado en desastre porque Alessia echó a patadas a Gabriel del castillo, pidiéndole que nunca volviese por allí. Lo normal habría sido que Amadeo se hubiese ocupado de limar asperezas entre ellos por el buen funcionamiento de la

monarquía, pero su hermana se hallaba en un estado tal de postración por el fracaso de su breve matrimonio que, por una vez, decidió no intervenir. El modo en que se abrazaban el uno al otro sobre la pista de baile le confirmó que su instinto había estado en lo cierto, ya que habían encontrado el modo de volver el uno junto al otro sin su intervención.

Tomó un sorbo de champán y observó entonces a Marcelo y Clara, que se besaban en aquel instante. Su matrimonio también lo había organizado él, y su felicidad era algo que envidiaba. Su felicidad y algo más. Marcelo había podido escapar del confinamiento que suponía la vida de la realeza durante casi una década con su ingreso en el ejército de Ceres. Él jamás habría podido hacerlo. Era el heredero. Nada de cuanto hiciera podía perder de vista ese hecho. De él jamás se esperaría que rescatase a una mujer secuestrada empleando un helicóptero y la ventana de un palacio.

Sus hermanos lo consideraban estirado y rígido, pero es que ellos, cada uno a su modo, habían dejado que las emociones controlaran sus acciones, y las repercusiones de sus actos habían puesto en peligro la supervivencia de la familia. Miró de nuevo a su esposa, que lo contemplaba todo como una efigie, y el pecho se le encogió. Él nunca sería presa de las emociones adolescentes que a sus hermanos les había hecho perder la cabeza, pero esperaba más de su matrimonio con la despreciable Casa de Fernández que lo que le había tocado en suerte.

Una vez se dio por terminada la fiesta y su príncipe dio las gracias a los invitados, Elsbeth recorrió los pasillos que conducían a sus habitaciones. Estaba deseando ver el espacio privado que su esposo y ella iban a convertir en su hogar. Alojado en la planta baja del castillo, ocupando una esquina en forma de ele, el tamaño no la desilusionó. Siguiendo a Amadeo, fue dejando atrás una sala de recepciones y un salón de techos altísimos con amplios ventanales, ricamente decorados en tonos rosados y dorados, un esquema de color muy femenino y sorprendente. Un ligero olor a pintura fresca le dijo que había sido redecorado recientemente.

—¿Qué te parece? —preguntó Amadeo.

Sabía perfectamente que debía guardarse sus opiniones personales, de modo que respondió:

—Es precioso.

Ni se le ocurriría decirle que prefería colores más vivos y muebles menos cursis.



Él asintió levemente y abrió otra puerta. Por instinto, Elsbeth supo dónde conducía y el corazón se le aceleró.

—El dormitorio principal —anunció.

Lo que vio detrás de aquella puerta dejó a Elsbeth, prima de un rey, acostumbrada a visitar los mejores palacios de Europa, con la boca abierta.

También de techos altísimos, el suelo de madera de caoba se hallaba cubierto casi en su totalidad por una alfombra con un hermoso dibujo en azul pálido y dorado. La cama con baldaquino era una obra de arte: unas cortinas de un rico damasco azul, el cabecero tapizado en un terciopelo de un hermoso azul pálido y, sobre él, un delicioso fresco de rollizos querubines jugando, y a sus pies, una descalzadora en azul pálido. Las paredes habían sido paneladas en una madera color marfil, y la enorme araña de cristal, junto con el resto de lámparas, eran doradas. Aquella habitación había sido pensada para una reina. También parecía redecorada, y pensó que Amadeo debía haber dejado de lado sus preferencias personales para crear una habitación que a ella pudiera gustarle. Aunque aquel estilo estuviera tan lejos como era posible de su gusto, sintió una enorme gratitud por las molestias que se había tomado en hacer que su hogar fuera algo que a ella pudiera gustarle y donde se sintiera cómoda. Era un gesto que demostraba que era un hombre mucho mejor que los de su familia.

Señaló con un gesto de la mano a las dos doncellas que los habían seguido sin hacer ruido y le dijo a ella:

—Voy a darme una ducha en uno de los baños de invitados mientras tú te preparas. Volveré cuanto estés lista.

Intentó disimular el alivio que le produjo saber que no iba a ser él quien le quitara el vestido de novia. ¡Otro signo de que era un caballero! Sabía perfectamente bien que su virginidad había sido moneda de cambio en las negociaciones de matrimonio. Los hombres, al parecer, valoraban por encima de todo la virginidad de sus futuras esposas.

Una vez le quitaron el vestido y lo envolvieron cuidadosamente en papel de seda para guardarlo en una caja, se sentó en el tocador para que la doncella le cepillarse la melena. Había algo increíblemente romántico en prepararse para la cama por primera vez. El camisón que su madre le había elegido, aunque no era del todo de su gusto, era también romántico, perfecto según ella para que una virgen se entregase a su esposo. Seda blanca con finos tirantes, escote cuadrado y largo hasta las rodillas.

Con el cuerpo y los dientes limpios, la cara sin maquillaje y la piel hidratada, el pelo brillando, el camisón puesto y las sábanas abiertas, estaba preparada.

Tragándose el nudo de temor que se le había hecho de repente en la garganta, se dirigió a las doncellas:

—Ya podéis retiraros. Por favor, decidle al príncipe que... —tragó saliva—, ...que puede venir cuando desee.

—¿Desea que corramos las cortinas de la cama? —preguntó una de ellas.

Imaginarse cómo sería estar escondida allí dentro esperando a oír los pasos de Amadeo aproximándose, le hizo negar con la cabeza.

Ya sola, respiró hondo y se metió en la cama. Probó unas cuantas posiciones y acabó sentándose apoyada en el cabecero, las manos en el regazo y el corazón latiendo como nunca mientras esperaba a su esposo.

La espera se le hizo eterna. Cuanto más se alargaba, con más fuerza sonaban las palabras de su madre en su cabeza:

—Espera a que sea él quien haga el primer movimiento. Muéstrate complaciente. Haz lo que él te diga que hagas. No te quejes aunque te duela, y dale un heredero.

Alguien llamó a la puerta.

Inspiró hondo y contestó:

—Pase.

## Capítulo 2

**A**MADEO sintió que el estómago se le encogía al abrir la puerta. Tal y como esperaba, aquella muñeca de cuerda lo esperaba en la cama, con aquella irritante y vacía sonrisa en la cara.

—¿Me he puesto en el sitio correcto? —preguntó—. Me cambio si este es el tuyo.

Era la primera vez que ella propiciaba una conversación. Amadeo se quitó la ropa y la dejó en un butacón antiguo.

—Da igual.

Las mejillas se le habían coloreado ante su desnudez, aunque intentaba mirarlo solo a la cara, así que se metió a la cama. Por qué Dominic consideraba que la virginidad era un plus se le escapaba, y que solo venía a demostrar que aquel hombre estaba enfermo. Él habría preferido alguien con experiencia, alguien con un poco de cerebro y personalidad, pero le habían ofrecido a Elsbeth, y se había convertido en moneda de cambio para mantener la paz entre ambas naciones. Los dos lo eran, pensó.

—¿Has disfrutado del día? —preguntó para relajar la tensión.

—Mucho, gracias.

—¿Algo que habrías hecho de otro modo?

—Todo ha sido perfecto.

—¿Incluso los profiteroles de café?

—Estaban deliciosos.

—Apenas probaste los tuyos.

La sonrisa se le descongeló un poco.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? No tienes que disculparte porque algo no te guste.

—Sí que me han gustado —le aseguró.

Así que Elsbeth iba a estar de acuerdo con cuanto le dijera. Le irritaba aún más sentir deseos de discutir con ella. Una noche de bodas no debía empezar así. Tenía un trabajo que hacer, y había llegado el momento. Apagó la luz de su mesilla y se tumbó.

—¿Quieres que apague también la mía? —se ofreció.

—A menos que quieras que lo hagamos con la luz encendida.

Ver su incertidumbre le hizo sentirse culpable. Su intento de imprimir humor a la situación había resultado más sarcástico de lo que pretendía. Elsbeth era virgen, y estaría nerviosa.

—Seguramente te sentirás más cómoda con la luz apagada —corrigió.

Elsbeth apagó la luz y también se tumbó. Las luces de los jardines se colaban entre los pesados cortinajes, de modo que pudo ver que se había tumbado boca arriba con las manos en el regazo.

Lo miró y sonrió de nuevo. Era la falta de emoción detrás de aquella sonrisa lo que activó de nuevo la repulsa y le hizo incorporarse.

—Sé que esta es tu primera vez —dijo, pasándose las manos por el pelo.

Ella no contestó. Solo lo miró, esperando que continuase.

—Tú y yo somos dos desconocidos —añadió—. Si prefieres que esperemos a conocernos mejor antes de hacer esto, solo tienes que decirlo. ¿Quieres que continuemos? —preguntó, esforzándose por no sonar áspero.

Aquella vez le contestó sin dudar.

—Sí.

Amadeo la miró. A pesar de lo bonita, de lo hermosa que era, no quería seguir. Pero sabía que lo mejor era acabar de una vez tan rápidamente como fuera posible, siendo considerado y delicado con ella. Sexo por obligación. Cerrar los ojos y pensar en Ceres.

A Elsbeth el corazón le latía con tanta fuerza que sentía su impacto en las costillas. No podría decir si era anticipación por lo que iba a ocurrir, o temor de que Amadeo decidiera no seguir adelante. Si no consumaban el matrimonio, ¿cómo iba a darle un hijo? Eso la aterraba más que la

creciente frialdad con que la trataba. Pero con la frialdad y la indiferencia podía lidiar, aunque con no tener un hijo y ser enviada de vuelta a Monte Claro... francamente, no. Con eso no podría.

¿Debería levantarse el camisón hasta las ingles y abrirse de piernas?  
¿O daría la imagen de una licenciosa?

Sí, demasiado licenciosa. Su madre se lo había dicho con total claridad. Amadeo tenía que ser el que diera el primer paso. Ella tenía que ser barro en sus manos.

El corazón estuvo a punto de salirse del pecho cuando él, por fin, apartó la ropa de la cama para verla. No dejó entrever si le gustaba lo que estaba viendo, pero cuando apartó las manos con las que ella se cubría el estómago, lo hizo con una ternura que deshizo los nudos que se le habían apretado en el vientre sin que ella fuera consciente. Le vio apoyarse con una mano en la cama y, apretando el mentón, inclinarse sobre ella para besarla.

Había imaginado cómo le haría sentir su primer beso. Lo esperaba cálido y agradable, teniendo en cuenta que iba a pasarse el resto de la vida besándolo. Pero lo que no se esperaba era la descarga eléctrica que iba a recorrerle el cuerpo, y que nada tenía que ver con lo «agradable».

Cerró los ojos y se dejó llevar por la presión creciente de su boca y el contacto de sus manos en su cuerpo. Sí, aquello era mucho, mucho más que algo agradable, sobre todo cuando cubrió su pecho y tuvo que recordarse otra vez lo que su madre le había dicho: no debía hacer nada, absolutamente nada. Ella no debía responder. No debía devolverle las caricias. Si él lo deseaba, ya se lo diría. Amadeo era heredero al trono de su país, y como todas las esposas de futuros reyes, ella estaba a sus órdenes.

Pero le estaba costando no estremecerse con el placer que le estaba dando acariciando la cara interior de sus muslos. Cada centímetro de piel que iban rozando sus manos le ardía.

Amadeo estaba harto de la falta de respuesta de su mujer, de su incapacidad para responder como esperaba a sus besos, de que se limitara a estar allí tumbada, pensando en Monte Claro, como él pensaba en Ceres. El único síntoma de que no estaba dejando pasar el tiempo sin sentir absolutamente nada era el endurecimiento de sus pezones debajo del camisón, aunque también podía deberse a que tuviera frío. Incluso cuando transitó por su vientre plano, no hubo reacción alguna. La muñeca se había quedado sin pilas.

Dispuesto a poner fin a aquella parodia, se incorporó y, por accidente, rozó la carne entre sus muslos y, oh sorpresa, oyó un gemido débil, el único signo de vida desde que la había besado.

La miró largamente. Su pecho subía y bajaba con rapidez, agarrada a la sábana con la mano izquierda. ¿Sería aquello una señal de deseo? Para comprobarlo, ascendió de nuevo por su muslo hasta cubrir su sexo con la mano. Lo último que esperaba encontrar allí era calor. Calor y, de nuevo, aquel gemido débil.

Una sacudida de lujuria lo zarandeo y con el corazón acelerado, recorrió sus pliegues húmedos. Fue recompensado con un temblor tan sutil que, de no haber estado concentrado en ella, habría sido casi imperceptible.

Frotando despacio su clítoris, vio temblar sus labios, comprobó que su espalda se arqueaba ligeramente y que su cuerpo vibraba.

«Mio Dio». Estaba tan madura como el más dulce de los melocotones.

Desvanecida quedó la idea de levantarse de la cama y salir de la habitación. La erección que había pasado de la nada a florecer en menos de un segundo le obligó a controlarse y, sin dejar de presionar aquel nudo entre sus piernas, las abrió despacio. No encontró resistencia. Vio que ya se aferraba a la sábana con las dos manos.

Fascinado por sus reacciones, sin dejar de mirarla a la cara, se colocó con cuidado entre sus muslos y puso su erección en la abertura de su vagina. Vio que se le movían los párpados, pero sus ojos siguieron cerrados. El único sonido era el que hacían sus manos al arrugar las sábanas.

Muy despacio, la penetró. Apretó los dientes no por irritación sino por la necesidad de control porque, Dio, nunca había experimentado un calor tan intenso como aquel. Tan exquisito le resultó que tuvo que esforzarse por no olvidar que era virgen. Con infinito cuidado, se hundió en ella. Fue entonces cuando, al fin, sintió que lo tocaba. Apenas un roce de su mano en la espalda, tan liviano que no lo habría notado de no ser porque la piel le ardía.

Agarrándose a los dos lados de la almohada sobre la que reposaba su preciosa cabeza, cerró los ojos y comenzó a moverse. «Mio Dio...».

Ni en sus sueños más salvajes se había imaginado Elsbeth que pudiera ser así. Que pudiera sentir así. Esperaba dolor. Incomodidad como mínimo. El placer lo esperaba para cuando se hubiera acostumbrado al

sexo. Pero aquello... aquello era increíble. Jamás había sentido algo así. Ni sabía que iba a ser así. Mientras Amadeo se movía dentro de ella, incrementando el ritmo poco a poco, pequeños gruñidos de placer se escapaban de su garganta y algo en el fondo de su corazón comenzó a palpar con fuerza.

Nunca se había contenido Amadeo como en aquel momento, el dolor exquisito de la tortura autoinfligida era más de lo que se creía capaz de soportar, pero perseveró, negándose a flaquear y a dejarse llevar, no hasta que...

Entonces lo notó. Fue apenas una respiración entrecortada, una sensación de presión en su pene. No pudo resistirse a incorporarse apoyado en los codos para mirarla, y en aquel mismo instante, Elsbeth abrió de par en par los ojos y clavó su mirada de cristal en él, entreabiertos los labios en un rictus de sorpresa.

Ya no pudo contenerse más y, hundiéndose en ella tan hondo como era humanamente posible, se dejó ir.

Elsbeth intentó volver a la tierra con valentía y recuperarse. Era como si se hubiese transformado en polvo de estrellas. Apenas podía respirar, ahogada por los latidos de su propio corazón.

Aquello había sido... no encontraba ni una sola palabra con la que describir lo que acababa de experimentar. No tenía ni idea de que se pudiera sentir así. De que ella pudiera sentir así.

Su madre estaba equivocada.

Amadeo, su mejilla pegada a la suya, se giró para quedar tumbado boca arriba y el frío que le trajo su pérdida a punto estuvo de hacerla llorar.

¿Le habría gustado a él tanto como a ella? Ojalá pudiera preguntárselo. Como con tantas otras cosas en su vida, era un deseo que seguramente quedaría insatisfecho.

Lo último que Amadeo esperaba era disfrutar del sexo con su esposa, aunque «disfrutar» no fuese la palabra adecuada. Era solo un pálido reflejo de lo ocurrido. Pero no había palabra que encajase allí.

Debería consolarse con saber que la tarea semanal que imaginaba insoportable no lo fuera. Cerró los ojos para prepararse y se volvió a mirarla.

Elsbeth tenía los ojos abiertos.

—¿Elsbeth?

La vio componer la sonrisa vacía de antes para volverse a él.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó ella.

Amadeo respiró hondo y asintió. Era incapaz de leer más en aquella mirada vacía.

—Bien. ¿Sabes cómo contactar con el personal si necesitas algo?

—Sí.

Asintió, se levantó y se puso la bata.

—Bien. Te dejo para que puedas dormir.

Ella levantó bruscamente la cabeza.

—¿Vas a...?

Pero no terminó la frase.

—¿Que si voy a qué?

La sonrisa volvió.

—Nada.

—Di lo que ibas a decirme.

Tardó un instante en hacerlo.

—Solo iba a preguntarte dónde vas a dormir tú.

Quería descifrar la emoción que creía haber visto con las dos primeras palabras que le había dirigido.

—Creía que conocías las disposiciones de nuestra vida en común —contestó, atándose el cinturón—. Se acordaron en las negociaciones —le recordó, pero ella continuó mirándolo como si no entendiera—. ¿Te han leído las disposiciones?

Tardó un momento en negar con la cabeza.

—No.

—Pues deberían haberlo hecho. A mí me dijeron que estabas de acuerdo.

—Respetaré lo que hayáis acordado mi primo y tú.

¿Aquella mujer era real? No podía serlo. Si aún no pudiera sentir la huella de su cuerpo, se habría preguntado incluso si era humana.



—Estas son tus habitaciones. Yo tengo las mías en el piso superior —dijo. Su expresión siguió siendo nula, y estuvo tentado de pedirle que asintiera si había entendido—. Nos veremos con frecuencia durante los actos públicos, pero nuestra vida privada la haremos por separado. Me han dicho que deseas ser madre. ¿Es correcto?

—Sí —contestó con vehemencia.

—Bien. Entonces sugiero que compartamos cama todos los sábados hasta que quedes embarazada. ¿Te parece bien?

La sonrisa vacía se volvió completa de golpe.

—Accederé a lo que tú consideres que es mejor.

—Es lo que me parece mejor.

—Entonces, perfecto —necesitaba salir de aquella habitación como fuera, así que inclinó la cabeza a modo de despedida—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerró la puerta e inspiró tan hondo como no lo había hecho en toda su vida. Confirmado: se había casado con una muñeca de cuerda. Debajo de la hermosa carcasa exterior, no había absolutamente nada. Solo vacío.

Elsbeth se cubrió hasta el cuello con la sábana y cerró los ojos. ¿Por qué su madre no le habría advertido de que iba a vivir sola en aquel castillo? Ella tenía que saberlo. Su madre lo sabía todo. No es que conocer ese detalle le hubiera hecho cambiar de opinión respecto a su matrimonio con Amadeo. La oportunidad de salir de Monte Claro era una ocasión de oro. El papel de una mujer en la monarquía era servir de adorno, parir hijos y obedecer. Lo había visto y había vivido así cada día de su vida. También sabía que debería sentirse afortunada por vivir separada de Amadeo, ya que de ese modo, sería mucho más difícil llegar a desilusionarlo. Mucho más difícil, por tanto, que tener que convivir con su descontento y con la forma de castigo que adoptase este. Tenía la impresión de que no era de la clase de hombres que utilizaban las manos para castigar, pero los hombres poderosos no lo necesitaban. Tenían a su disposición mil formas de hacerlo.

Aun así, su intuición no era precisamente de fiar. ¿Acaso no había pensado que iba a ser feliz en su nuevo país con su nuevo esposo? Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla confirmándole que la felicidad le quedaba más lejos que nunca.

## *Capítulo 3*

**E**LSBETH estaba debajo de Amadeo, sintiendo su respiración en la oreja.

La segunda cópula. No podía decir que estuvieran haciendo el amor. Resultaba muy humillante disfrutar tanto de esos encuentros, o soñar con estar abrazada a él, la cara hundida en su cuello, respirándolo. Era simplemente sexo. Nada que le debiera directamente a él.

Su «luna de miel» la habían pasado separados. Ella, acompañada por el personal doméstico. Comiendo sola. Sin recibir visitas. Con su marido ausente.

Amadeo se incorporó y ella conjuró de inmediato una sonrisa que seguramente él no vería, pero no podía correr el riesgo. La mujer de un príncipe debía mostrarse siempre satisfecha, o, de lo contrario, enfrentarse a las consecuencias.

No podía darse cuenta de si sonreía o dejaba de hacerlo porque la habitación estaba completamente a oscuras, excepto por una mínima abertura que dejaban las cortinas de la ventana más cercana a la cama y que él se había encargado de cerrar antes de meterse bajo las sábanas, apagar la luz eléctrica, e ir directamente al grano. Desde que entró en la habitación, y durante los minutos que había durado la charla insustancial que, con esfuerzo, habían logrado mantener, la había mirado a la cara apenas unos segundos. A pesar de lo que se había esforzado por complacerlo, Amadeo no quería estar casado con ella de modo que, cuando se despidió de ella poco después, deseándole una buena noche, tuvo que hacer un esfuerzo titánico por responder a su despedida con la alegría acostumbrada.

«¡Por Dios, que me quede pronto embarazada!».

Otra semana de soledad pasó antes de que se encontrara sentada delante del tocador mientras el equipo de belleza del castillo la transformaba para atender al primer compromiso del sábado por la noche, que se celebraba en la embajada de Italia y en su honor, nada menos.

Había salido en cuatro ocasiones con Amadeo aquella semana, todas ellas de día, con representantes de la industria de Ceres. Salidas destinadas a que fuera soltándose en su nuevo papel de princesa. Pero ella ya había actuado como consorte de Dominic en bastantes ocasiones, de modo que aquella rutina le resultaba familiar y, en cierto modo, fue bien recibida como distracción de su soledad.

Por primera vez, sintió añoranza de su casa. Al menos, en Monte Claro, tenía amigos, primos y primas que habían crecido con ella. Tenía también a su madre y sus sabios consejos. Echaba de menos su beso de buenas noches porque su familia en Ceres se había olvidado de su existencia. Pero los consejos de su madre, sus esfuerzos por guiarla debidamente, no habían servido para que su marido permaneciera a su lado. Habían salido juntos a cumplir con sus compromisos, pero se había sentido tan sola como si no hubiera nadie a su lado. El encanto del príncipe Amadeo no se extendía a su persona. En público se mostraba cortés y caballeroso, pero aunque se mantenía a su lado, se las arreglaba para no tocarla en ningún momento. En los desplazamientos, ambos ocupaban la parte de atrás del vehículo junto con sus secretarios personales, y todas las conversaciones tenían lugar en un rápido italiano. Ella entendía el italiano, pero no a la velocidad que lo hablaban en esas ocasiones, lo cual venía a exacerbar su sensación de aislamiento.

Faltaba poco para la hora en que acudirían a la embajada italiana, y algo más para la visita periódica y breve de Amadeo a su lecho, así que intentó animarse, pero un dolor sordo estaba empezando a acomodarse en su abdomen, y mientras la beautician aplicaba la máscara a sus pestañas, contuvo el deseo de doblarse hacia delante y se limitó a apretar los dientes. Aquello era ya un retortijón en toda regla.

Amadeo estaba disfrutando del escocés que acababan de servirle cuando su hermano apareció en sus habitaciones.

—Estoy a punto de salir para la embajada —le dijo.

—Lo sé. Quería verte un momento antes de que te fueras.

—¿Ocurre algo?

Marcelo se sirvió otro whisky.

—Clara me ha estado dando la lata con que organicemos una cena para los cuatro.

—¿Para qué?

Mientras que las habitaciones de Elsbeth habían sido transformadas en el paraíso de una princesa, las de Amadeo tenían un aire gótico y oscuro. Su abuela, una mujer misántropa y mezquina, había vivido allí antes que él, y la mayoría de las piezas de madera casi negra, junto con los cuadros de intenso claroscuro como los de Caravaggio, colgaban de sus paredes desde entonces. Como lo único que él le pedía a sus habitaciones era intimidación, no había visto la necesidad de hacer ningún cambio.

—Pues para que el miembro más nuevo de la familia, al que no hemos vuelto a ver desde la boda, pueda darse a conocer. Clara está deseando estar con ella, y me temo que no voy a poder contenerla más. Dice que dos semanas es tiempo más que suficiente para que os hayáis conocido, así que, como no fijes una fecha, tendrás que vértelas con ella.

Aquella era la amenaza más efectiva que podía hacerle, dado que Marcelo era extremadamente protector con su esposa.

—Seguro que podemos organizar algo.

Y algo organizado podía desorganizarse. No le apetecía nada tener que sufrir la sonrisa vacía de su esposa dirigida a él durante toda una velada innecesaria. Siempre estaba ahí. Siempre. Su esposa debía tener los músculos faciales más fuertes del universo.

—¿Dónde está? —preguntó Marcelo ladeando la cabeza, casi como si esperase verla materializarse de alguna pared.

—O en sus habitaciones o esperándome en la sala de recepciones así que, a menos que quieras que llegue tarde...

—¿Por qué no está aquí contigo?

—Tiene sus propias habitaciones.

El silencio que siguió a esa frase no le habría molestado en condiciones normales pero, viniendo de Marcelo, era inusual.

—¿Qué? ¿Cuánto tiempo has pasado con ella desde la boda? —inquirió, frunciendo el ceño.

—El suficiente.

—¿Cuánto? Clara oyó a alguien del servicio decir que lleváis vidas completamente separadas.

—Espero que reprendiera a esa persona por extender chismes.

Su hermano sonrió.

—¿Tú ves a Clara capaz de reprender a alguien?

Él también sonrió. En cuanto descubrió lo inadecuada que era su espontaneidad sin filtro para su papel de princesa, intentó lograr que Marcelo no se casara con ella por el peligro que suponía, pero su hermano le demostró que se equivocaba. La gente la adoraba, y si era sincero, él también empezaba a hacerlo, aunque muchas veces se mordía la lengua al ver con la familiaridad que trataba al personal, o por su costumbre de compartir historias indiscretas que no eran adecuadas para una cena cualquiera con la realeza. No le costaba imaginarla escuchando e incluso preguntando para saber más.

Ahora entendía por qué Marcelo había acudido a sus habitaciones en lugar de llamarlo por teléfono.

—Tenía que decirle que todo eso no eran más que rumores sin fundamento, y que no podías ser tan insensible para estar tratando a tu mujer tan mal.

—¿Qué tiene de malo? Vive en unas habitaciones dignas de una reina, con todo lo que podría querer o necesitar a su disposición, sin carecer de nada.

—Entonces, ¿es cierto?

—No es, ni más ni menos, que lo que se acordó antes de casarnos.

Que Dominic y sus consejeros hubieran tomado la decisión de no contárselo a Elsbeth era lamentable, pero cuando él le había hablado de cómo iban a vivir, ella se había mostrado más que bien dispuesta a aceptarlo. Complaciente, incluso. Dio, si se mostrase aún más dulce y complaciente, aparecería cubierta de chocolate.

—¿No la ves? —preguntó su hermano, serio.

—Vamos juntos a los actos oficiales.

—¿Y eso es todo? —no parecía dar crédito—. Clara y Alessia están como locas por conocerla, pero Gabriel y yo les dijimos que esperasen un poco para que pudierais conoceros y acostumaros el uno al otro, ¿y ahora resulta que ha estado todo este tiempo sola en sus habitaciones? ¿Cómo puedes tratarla así?

—¿Tengo que recordarte que me he casado con una Fernández para salvar a nuestro país y a nuestra monarquía de un incendio que provocaste

tú? ¡Una Fernández! —escupió—. Cumplo con mis deberes para con ella, y ni hago ni digo nada que pueda faltarle al respeto. Elsbeth no carece absolutamente de nada.

—Todos odiamos a su familia. Su primo secuestró a mi mujer, así que si alguien tendría que odiarla por la sangre que le corre por las venas, sería Clara, pero mi mujer quiere darle una oportunidad e intentar ser su amiga. Elsbeth es una mujer joven que está sola en un país extranjero. Tú eres su marido, y sean cuales sean las razones que te empujaron a casarte con ella, lo hiciste, y es tu obligación darle una oportunidad. No te estoy diciendo que paséis las veinticuatro horas juntos, pero se merece algo. Algún día será la madre de tus hijos, si es que los rumores son ciertos y te has dignado a presentarte en su dormitorio al menos en dos ocasiones.

—A tu mujer se le da de perlas enterarse de todos los cotilleos —espetó. Le molestaba que precisamente su hermano, que era quien había lanzado la piedra que había creado las ondas que le habían arrastrado a tener que casarse con Elsbeth, se sintiera con derecho a juzgarlo—. Para tu información, Elsbeth está totalmente de acuerdo con nuestra forma de vida. Yo no me meto en cómo llevas tu matrimonio, y no voy a tolerar que pretendas interferir en el mío, así que vamos a dejarlo. Y ya puedes irte, que tengo un compromiso al que asistir.

Apuró su copa, y después de dejarla de golpe sobre la tapa de un piano que debía tener unos trescientos años, salió de sus habitaciones.

Siempre le gustaba ir a la embajada de Italia. Compartir idioma y cultura hacía que ambas naciones fuesen aliados naturales, y el tiempo que pasaba con su embajadora rara vez lo consideraba trabajo. El evento de aquella noche era un poco distinto, como lo habían sido todos los de la semana, destinados a facilitar la entrada de su esposa en su nuevo papel. Ella los había manejado con aplomo. Lo contrario habría sido, ciertamente, difícil, ya que no se había separado de él ni un paso, y se había limitado a dirigirles a todos su eterna sonrisa sin decir palabra. Pero el evento de aquella noche era de carácter social y no comercial, además organizado en su honor, pero cuando retiraban ya los restos del primer plato de la cena, ella seguía sin haber despegado los labios para hacer algo que no fuera comer.

Conteniendo su irritación, se inclinó hacia Elsbeth para decirle:

—Creo que el marido de la embajadora se siente un poco desbordado al estar sentado a tu lado. ¿Por qué no hablas un poco con él para que se sienta más cómodo?

Ella parpadeó varias veces, sonrió todavía más, y se volvió al hombre en cuestión. Elsbeth hablaba demasiado bajo para que el hombre pudiera oírla, pero respondió de todas formas, y la charla distendida floreció enseguida. Bueno, en realidad el hombre hablaba, y Elsbeth escuchaba. Cuando la embajadora se excusó unos minutos, Amadeo centró su atención en ellos. Elsbeth no miraba hacia él, pero debió sentir su deseo de unirse a ellos porque se giró levemente para que la conversación pudiera fluir entre los tres. El hombre le estaba hablando del colegio al que iban sus hijos.

—¿Qué asignaturas les gustan más? —preguntó ella cuando tomó una brevísima pausa para respirar, y su pregunta volvió a sorprenderle.

Cuando la embajadora volvió a ocupar su asiento, Amadeo se había dado cuenta ya de que Elsbeth había manejado bien la conversación para que todo girara en torno a su anfitrión, de modo que el esposo de la embajadora apenas se dio cuenta de la presencia de Amadeo.

No sabría decir por qué aquello le había molestado. En cualquier caso, volvió a su conversación con la embajadora pero, mucho después, cuando les retiraron las tazas de café y todo el mundo imitó su gesto de levantarse, se dio cuenta de que seguía pendiente de lo que Elsbeth y el hombre hablaban. Fue entonces cuando le oyó decir:

—¿Está usted bien, Alteza?

—Estoy bien, gracias.

—¿Seguro? Se ha quedado muy pálida.

Amadeo se volvió rápidamente y pudo ver a qué se refería. El sutil color que iluminaba las mejillas de Elsbeth contrastaba enormemente con la palidez de su semblante.

—Le agradezco la preocupación, pero le prometo que estoy bien, y que me gustaría mucho ver ese cuadro de Livia.

La embajadora reparó en la atención de Amadeo e hizo el gesto de mirar al techo.

—Giuseppe piensa que nuestra hija mayor va a ser la próxima Frida Kahlo.

El CEO de la marca italiana de coches más importante se le acercaba en aquel momento, y no pudo acompañar a su esposa. No entendía por qué había deseado hacerlo.

El secretario personal y jefe de seguridad de Amadeo volvía con ellos sin dejar de hablar, como era habitual. Amadeo participaba de vez en

cuando, pero la miraba a ella con más frecuencia de la habitual, y Elsbeth no se permitió dejar de sonreír ni un instante.

En lugar de darle vueltas sin parar a lo que necesitaba decirle cuando llegaran, pensó en lo mucho que deseaba darse un buen baño y tomar una copa de vino para calmar los retortijones que sentía en el estómago.

En silencio recorrieron la distancia hasta sus habitaciones, pero con cada paso, el ritmo de su corazón se iba acelerando. No había podido dejar de preocuparse durante toda la noche por la noticia que tenía que darle, hasta el punto que Amadeo se había visto en la obligación de pedirle que hablase con su compañero de mesa. Pobre Giuseppe. Era un hombre muy agradable. Ojalá disculpase su descortesía inicial.

Sus dos doncellas de noche aparecieron en cuanto llegaron.

—La princesa no va a necesitar vuestra ayuda esta noche —les dijo Amadeo—. Podéis volver a vuestras habitaciones. Si os necesita, os avisará.

En lugar de obedecer, ambas miraron a Elsbeth, que se dio cuenta, horrorizada, que esperaban que ella confirmase la orden.

Miró a Amadeo, que parecía molesto por su indecisión.

—Os llamaré si necesito algo —dijo con una sonrisa que le dolió en las mejillas.

—Buenas noches, Alteza.

—Buenas noches.

No pudo evitar cerrar los ojos cuando la puerta se cerró y, por primera vez desde hacía una semana, se quedó a solas con su marido.

El pánico le dolió en el pecho. ¿Por qué había despedido a las doncellas? ¿Estaría enfadado con ella por algo? Reflexionó frenéticamente si había hecho algo mal aquella noche. Lo único que se le ocurría era que se había visto obligado a recordarle que debía hablar con su compañero de mesa. ¿Podría estar molesto por algo tan inocuo? Ojalá lo supiera. Dos semanas casados, y su marido seguía siendo un desconocido.

—¿Quieres tomar algo? —la sorprendió diciendo.

Respiró hondo para frenar el pánico. Aquella conversación no iba a ser fácil.

—Sí, por favor.



Amadeo rebuscó en el bar. No sabía lo que a Elsbeth le gustaba beber, así que había pedido que lo surtieran de todas las bebidas alcohólicas y refrescos imaginables. No le sorprendió darse cuenta de que no había abierto ni una.

Él se sirvió un escocés de quince años, lo tomó de un trago y, volviéndose a ella, alzó la botella a modo de pregunta.

Elsbeth negó. Su sonrisa no parecía de tantos vaticios como era habitual.

—¿Qué prefieres? ¿Vino? ¿Champán? ¿Algo más fuerte?

—¿Hay oporto?

—Hay de todo.

—Entonces, una copa de oporto, por favor.

Buscó la botella, le sirvió una copa y se llenó su vaso de nuevo. Por el rabillo del ojo vio que se llevaba la mano al vientre y que inspiraba profundamente.

—Siéntate, Elsbeth —le dijo al entregarle su bebida.

Obedeció, por supuesto, acomodándose en un sillón de tapicería rosa.

Él se acomodó en el Chesterfield.

—Parece que no te encuentras bien —dijo después del primer trago—. ¿Qué te pasa?

Ella cerró los ojos como si se preparara para lo que tenía que decir.

—Dolores menstruales.

—¿Llevas así toda la noche? Ella asintió.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes de salir de aquí?

—Es que me daba vergüenza decírtelo delante de otras personas. Lo siento —suspiró.

—¿Por qué te estás disculpando?

—Porque no me he quedado embarazada.

¿Pero qué demonios...?

—Elsbeth, mírame.

Levantó despacio la cabeza y, por primera vez, vio una emoción real y humana en su expresión: miedo.

## Capítulo 4

**E**LSBETH sostuvo su copa con fuerza para que le dejaran de temblar las manos. ¿Por qué habría despedido Amadeo a las doncellas? ¿Es que se había dado cuenta de que no se encontraba bien? Sería signo de empatía, ¿no? Y eso era bueno. Aun así, ¿se extendería esa empatía a su fracaso a la hora de concebir? Entre esos pensamientos, se colaba la voz de su madre recordándole la importancia de quedarse embarazada lo antes posible, ya que los hombres de la realeza jamás asumirían que el fracaso fuera suyo. Además, la menstruación en sí les molestaba.

Intentó no encogerse cuando Amadeo se inclinó para apoyar los antebrazos en las piernas y hacer girar el líquido ámbar en su copa, todo ello sin dejar de mirarla a la cara.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó después de apurar el whisky.

Elsbeth tomó un sorbo de su oporto.

—De desilusionarte.

—¿Y piensas que puedo estar desilusionado después de llevar solo dos semanas casados?

—Yo no quiero desilusionarte en ningún sentido —resumió, y se atrevió a preguntar—: ¿Te he decepcionado?

Él cerró los ojos.

—No en el sentido que tú te imaginas.

—Ah —suspiró.

—Mi decepción no es culpa tuya, Elsbeth.

Lo miró atentamente a sus ojos claros. Menos mal que, por una vez, no había furia en su mirada.

—No eres la clase de mujer que yo habría elegido como reina. Si hubiera tenido elección, nunca me habría casado con una Fernández —añadió, rozando el borde de su vaso con el pulgar—. Tu familia me es odiosa, pero eso no es culpa tuya —insistió.

No parecía hacerle gracia tener que admitirlo. Es más: se diría que querría que pudiera echarle a ella la culpa. Empleando todas sus habilidades, impidió que el dolor se reflejara en su rostro. La actitud de Amadeo para con su familia no debería sorprenderle. Ella también los despreciaba, pero no podía cambiar la sangre que le corría por las venas, a pesar de que ella no se parecía a los demás. Jamás diría tal cosa, claro. Se había pasado la vida contemplando las consecuencias que pagaban las mujeres de la realeza que se atrevían a discutir con sus esposos o sus padres, el maquillaje aplicado en capas sucesivas que no lograba ocultar los moretones, ni el paso renqueante.

Aunque seguía pensando que Amadeo no era de la clase de hombres que empleaban la fuerza para arrancar obediencia a su esposa, su posición como princesa era tan precaria que no era buena idea darle más munición que pudiera utilizar contra ella.

La verdad era bien simple: prefería estar casada con un hombre que la despreciara a volver a Monte Claro. Pero, mientras siguiera sin tener hijos, no estaría a salvo.

—Quiero asegurarte de que mis sentimientos personales hacia tu familia no van a impedir que te trate con el más absoluto respeto —continuó—. Sé que costará tiempo, pero quiero que tengamos una buena relación. Eso nos hará la vida mucho más fácil.

Elsbeth volvió a colocarse la sonrisa.

—Pienso lo mismo.

—Bien. ¿Estás satisfecha con la vida que llevas en el palacio?

—Sí —respondió, aunque no era del todo cierto. A pesar de la soledad, había llegado a apreciar tener un hogar que sentir como propio en el que poder relajarse. Sus habitaciones le pertenecían de un modo nuevo para ella.

—Mi hermano piensa que te tengo abandonada. ¿Estás de acuerdo con él?

—Los términos de nuestro matrimonio se acordaron antes de que pasáramos por el altar.

—Eso no es una respuesta —replicó, frotándose la nuca—. Si hay algo que te haga infeliz, debes decírmelo. Yo no puedo leer el pensamiento, y mi hermana estaría encantada de añadir que tampoco sé leer a las mujeres.

Su ligero intento de añadir humor a la situación cayó en saco roto.

—¿Eres infeliz?

—No.

¿Mentía? No la conocía lo suficiente para estar seguro. En realidad, no la conocía en absoluto.

—¿Estás contenta con tus habitaciones?

—Sí.

Había respondido con tanto énfasis que costaba pensar que mentía.

—¿Y estás contenta con tu vida aquí?

—Sí —repitió con el mismo énfasis.

Maldito fuera Marcelo por meterle las dudas en la cabeza. Él, que sentía palpitaciones cuando estaba más de cinco minutos separado de Clara porque estaba enamorado y todo en su persona se regía por las hormonas y la emoción. No era capaz de comprender que el suyo era un matrimonio de conveniencia.

Aun así, tenía que admitir que quizás estaba en lo cierto sobre que podía sentirse sola.

—Esta semana tenemos mucho trabajo —dijo. Se había acabado el periodo de adaptación para ella. A partir de aquel momento, iban a pasar todos los días de la semana y un par de noches juntos. Seguro que acabarían hartándose el uno del otro—. ¿Vas a estar en condiciones?

Sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Estaré bien el lunes. Las molestias suelen durar solo un día.

—¿Te has tomado algo para paliarlas?

Alzó la copa con una sonrisa. Era la primera vez que su sonrisa no le ponía enfermo.

—Si hubiera sabido que te encontrabas mal, habría cancelado el compromiso.

—Son solo calambres. No hay por qué cancelar nada.

—¿Lo has consultado con el médico?

El rojo se volvió tan furioso que pareció a punto de entrar en combustión.

—Es normal.

—Le pediré al doctor Jessop que te vea. Es el ginecólogo de mi madre y de mi hermana.

Sacó el móvil y llamó a su secretario.

—¿Le has pedido que me vea ahora? —preguntó ella cuando terminó la llamada.

—No tendría sentido que te viera cuando ya te encuentres bien —respondió, y señaló con un gesto de la cabeza la copa que sostenía en la mano—. ¿Otro oportuno mientras esperamos?

Un destello de gratitud iluminó sus ojos.

—Sí, por favor. Y gracias. Es muy amable por tu parte hacer que venga el médico.

Amadeo sintió una punzada en el pecho que no había sentido nunca antes.

—No tienes por qué sufrir en silencio.

Dos días después, Elsbeth se preparó para afrontar su primera semana repleta de compromisos. Su equipo personal había adaptado los horarios, y la pareja pasaba de un evento a otro con una fluida precisión. La primera salida nocturna fue también el primer día, una ceremonia para homenajear a los jóvenes innovadores de mayor éxito. En el castillo le dieron un plazo de dos horas para que Elsbeth se pudiera preparar, y su equipo de belleza la esperaba para ponerse manos a la obra. Llegaron a la hora exacta al lugar indicado.

Después de posar para los fotógrafos de la prensa, los condujeron a la mesa para la cena. Elsbeth no sabía exactamente lo que se esperaba de ella, de modo que se volvió hacia el caballero que tenía a su derecha, que resultó ser el organizador del evento y el millonario más joven de Ceres. Aunque se trataba de un hombre fascinante, le costó concentrarse en su conversación, ya que sus sentidos se empeñaban en desviarse hacia el hombre que tenía a la izquierda: Amadeo.

¿Sería solo su impresión, o de verdad había hecho un esfuerzo por incluirla en las conversaciones con sus secretarios, por hablar más despacio para que ella pudiera seguir lo que decían? Era difícil estar segura, y

tampoco ayudaba el hecho de que fuera tan consciente de él, de sus lánguidos movimientos, de la piel morena de su cuello por encima de la camisa blanquísima y la corbata, la increíble elegancia de sus manos de dedos largos... y encima, vestido con aquel esmoquin. ¿Cómo podía concentrarse ante semejante visión?

Retiraron el primer plato. Habían hecho una pausa en la conversación y contuvo el aliento al ver que Amadeo se inclinaba hacia ella, ligeramente, no tanto como para llegar a tocarla, para decirle al oído:

—¿Cómo te encuentras? ¿Se te han pasado los dolores?

Su aliento le acarició el pelo, y sintió un estremecimiento recorrer su espalda, además de en otro punto situado más abajo, en la unión de sus muslos.

—Estoy mucho mejor —contestó, arreglándoselas para esbozar una sonrisa—. Gracias.

—Ya me parecía que tenías mejor aspecto, pero las mujeres sois expertas en trucos de maquillaje para disimular el malestar.

—Gracias— repitió— por mandarme al médico.

—Me alegro de que haya podido ayudarte. ¿Has guardado su número en el móvil para que puedas llamarlo directamente si lo necesitas?

—Sí, gracias.

Sus ojos verdes siguieron clavados en los suyos como si buscara algo, o lo esperase, pero los camareros llegaron en aquel momento con el segundo plato, y lo que fuera que buscaba Amadeo quedó en espera u olvidado.

Elsbeth se metió en la cama intentando controlar el ritmo de su respiración, que se empeñaba en acelerarse, mientras permanecía atenta al sonido de los pasos de Amadeo acercándose a sus habitaciones.

El comportamiento que le había notado el lunes había continuado durante toda la semana. Desde luego, su actitud hacia ella había cambiado. La hacía más partícipe, en particular en las conversaciones en las que organizaban sus apariciones públicas. Ella intentó a su vez esforzarse más que nunca por mostrarse agradable y ser el adorno más perfecto que un futuro rey pudiera desear. Pero seguía sin tocarla. Se despedía de ella deseándole buenas noches en la sala común y desaparecía escaleras arriba sin tan siquiera sugerir que tomaran una copa. Aún no conocía sus habitaciones. No tenía ni idea de qué hacía cuando se retiraba, pero el

cambio en su actitud le hacía albergar la esperanza de que, muy pronto, la invitase a su zona privada. Quizás incluso a compartir su cama.

Un pulso se le disparó entre las piernas y apretó los ojos, intentando ahogar los estremecimientos de anticipación. Entonces oyó movimiento y el corazón se le desbocó.

Dos semanas sin sexo debía ser la razón de que aquella noche no temiera el momento de bajar a las habitaciones de Elsbeth, o que el corazón y la entrepierna anticipasen entusiasmados el momento.

Bueno, eso no era exactamente así. Desde que supo que se iba a casar, había dejado las relaciones casuales que mantenía, siempre con mujeres adineradas que no necesitaban ir contando historias sobre él. El celibato durante las seis semanas anteriores a la boda había sido algo perfectamente manejable. Hombre de una intensa pulsión sexual, a veces se había preguntado si encontraría una esposa que deseara practicar el sexo tanto como él, pero teniendo en cuenta todos los demás requerimientos que se exigían a una futura reina, no había albergado muchas esperanzas.

El ama de llaves de Elsbeth le abrió la puerta. El resto del personal ya se había retirado.

Con las venas dilatándose, recorrió la distancia que daba acceso a su dormitorio.

Como ya se imaginaba, lo esperaba en la cama, recostada contra el cabecero de terciopelo, ataviada con otro de aquellos camisones de vírgenes destinadas al altar de los sacrificios. La sonrisa vacía que le ponía el estómago del revés volvía a estar allí.

Una semana antes, había salido de su dormitorio pensando que habían alcanzado una entente cordiale. Él se esforzaría más con ella, pero Dio, era duro, sobre todo porque Elsbeth había vuelto a mostrarse en modo muñeca. Sin embargo, había cambiado con los demás. Por ejemplo, había encandilado al organizador del evento del lunes, que comía de su mano. Solo con él volvía a esa sonrisa vacía. Seguía contestando a sus preguntas con apenas tres palabras, pero nunca hablaba si no le preguntaba.

—¿Qué tal el día? —preguntó mientras se quitaba la bata.

Ella bajó la mirada sonrojada.

—Bien, gracias.

—¿Qué has hecho cuando has estado sola?

—He salido a pasear con Clara y sus perros.

Con Clara sería fácil. Era capaz de hablar sin parar.

—¿Te gusta estar con ella? —preguntó, metiéndose bajo las sábanas.

—Mucho.

Cuánta elocuencia.

—¿Y tú? —preguntó después de un pequeño silencio—. ¿Qué tal tu día?

—He estado en el Circuito Nacional de Ceres. Soy inversor en un equipo de carreras que se está probando allí. Sébastien, el director, es un viejo amigo mío, y he estado viéndolos trabajar. Luego he cenado con él y con uno de los pilotos.

Le estaba costando trabajo respirar con el calor del cuerpo de Amadeo junto al suyo y dijo lo primero que se le ocurrió:

—¿Eres fan de las carreras de coches?

¿Cómo podía hacer una pregunta tan estúpida? Eso era lo que le pasaba estando con él. La vida le había enseñado a ser cauta y a pensar antes de hacer o decir algo, pero con él, el cerebro se le volvía papilla.

—Obviamente. Si no, no invertiría en ello.

Entre el nerviosismo y la exaltación de sus sentidos, notó una llamita de ira, y tuvo que esforzarse porque no se reflejara en sus facciones.

—Eso está bien.

¿Qué narices quería decir con eso? ¿Qué estaba bien? ¿Que tuviera intereses fuera de la familia real? ¿Que hubiera podido escapar del castillo durante un día?

Blindó su sonrisa para que no pudiera notar la amargura que le provocaba saber que, durante toda la semana que habían pasado juntos, no había querido comentarle que iba a hacer una salida privada. Y no lo había hecho porque así no se sentía obligado a invitarla a acompañarlo.

Tumbada en la cama una hora más tarde, Elsbeth tenía la mirada clavada en el dosel de su cama. A pesar de los pequeños temblores que sentía en algunas partes del cuerpo, solo había vacío en el lugar que debería ocupar el corazón. Incluso se puso una mano en el pecho para comprobar que seguía latiendo.

Saber que para Amadeo el sexo con ella no era más que un deber, le llenó de lágrimas los ojos. Sabía lo que debía hacer para que le resultara placentero, pero nunca iba más allá. No había intentado verla desnuda, y



nunca la besaba en ningún sitio que no fuera la boca, como tampoco la había invitado a ella a tocarlo o a besarlo.

Quizás era lo mejor que se marchara a su cama después. Siempre le hacía alcanzar el clímax y ese era el problema: que ella se ablandaba, tanto física como emocionalmente, y con ello llegaba el deseo de experimentar una ternura que nunca iba a poder ser.

Elsbeth aplicó una capa de máscara a sus pestañas.

Había pasado otra semana.

Su vida se había transformado en una repetición sin final. Compromisos de lunes a viernes, fines de semana y noches libres lejos de su marido... menos en la Noche de la Consumación. Así había decidido llamarla porque sabía que así la consideraba Amadeo. Pero ella se pasaba la semana anticipando su llegada.

Llevaba un mes casada y había tenido sexo en tres ocasiones. Era humillante saber que, mientras que él cumplía con una obligación, ella se deshacía bajo sus manos. Aunque físicamente disfrutaba de cada segundo con él, emocionalmente detestaba tener que esforzarse tanto por contener su pasión y quedarse quieta y pasiva. Casi tanto como odiaba estar entusiasmada ante la perspectiva de ir a cenar con Marcelo y Clara a la parte del castillo que ocupaban. Tenía la impresión de que había sido Clara la que había insistido. Obviamente, cosa de Amadeo, no había sido. Ya no sabía qué hacer para ganárselo, y mientras abría una de las puertas del guardarropa, se preguntó por qué habría decidido arreglarse ella sola aquella noche. Normalmente confiaba siempre en el buen juicio del equipo de belleza que compartía con su suegra y su cuñada, pero como aquella iba a ser una cena privada, les había dado la noche libre. Alessia estaba en Madrid, y la reina Isabella en Muscat, de modo que podrían salir y disfrutar de la noche del sábado.

Un fogonazo de rojo llamó su atención y cuando sacó el vestido, el corazón se le aceleró: era definitivamente sexy. ¿Acaso el diseñador había comprendido sin palabras lo que ella deseaba llevar? Con el corazón encogido, volvió a guardarlo. Nunca podría ponerse un vestido como aquel. No podía ser. Era la futura reina, y la modestia debía ser la característica principal de sus atuendos. Suspiró y sacó otro, perfectamente modesto y recatado, y se lo puso. Apenas se había subido la cremallera cuando llamaron a la puerta y el corazón le dio un salto.

Amadeo había llegado.

## Capítulo 5

**A**MADEO entró y se acomodó en la sala de Elsbeth para esperarla. Era la primera vez que estaba allí desde la noche en la embajada italiana, y no podría decir qué le había empujado a decir que iría a buscarla en lugar de esperar en la sala común, que era lo que hacía normalmente.

Reparó en que se habían hecho algunos cambios allí. El más evidente era un cuadro en el que se representaba a una mujer con un tocado de flores en tonos intensos. Era bueno, pero no un original, y verlo sobre la chimenea de más de quinientos años le hizo rascarse la cabeza. ¿No había un cuadro renacentista allí?

Notó un leve movimiento. Era Elsbeth, que había entrado en la sala con unos movimientos tan gráciles que no había hecho ruido.

Se había puesto un vestido ceñido de cuello alto, manga larga, de un azul tan oscuro que podía ser tomado por negro, con un patrón de estrellas plateadas que iluminaba la falda larga hasta los pies, el pelo recogido en el elegante moño que solía lucir y la cara con un ligero toque de maquillaje. No había nada especial o inusual en su apariencia. Nada que pudiera explicar por qué la garganta se le había cerrado y un saludo había muerto en los labios.

—Siento haberte hecho esperar —dijo con suavidad, que era su tono habitual de voz.

Él se aclaró la voz y se puso en pie.

—No me has hecho esperar. Es que me he adelantado unos minutos.

De hecho, había estado viendo la segunda mitad de un partido de fútbol de la liga italiana para matar el tiempo, cuando ni siquiera le gustaba el fútbol, pero tenía que encontrar el modo de no pensar en el hormigueo que había estado notando todo el día. Y dado que lo que no podía hacer era

subirse a un coche, llevarlo al circuito y ponerlo al límite, se contentó con eso.

Estaba a su lado, y percibió su perfume. Era el mismo del día de la boda. No lo había cambiado desde entonces, y tuvo que contener las ganas de inclinarse y olerlo directamente de la curva de su cuello. Debía haberse acostumbrado a ese olor, porque había dejado de notarlo.

Igual que se estaba acostumbrando a ella por la cantidad de horas que pasaban trabajando juntos. Había llegado al castillo como un fantasma olvidado, insignificante, sin presencia, pero poco a poco se había ido solidificando, de modo que ahora era perfectamente consciente de su presencia. Y de su ausencia, porque había empezado a dominar sus pensamientos en los días y las noches que no se veían. La insipidez de Elsbeth era una pantomima. Su sonrisa, una máscara que a veces querría arrancarle para que mostrara de una vez su verdadera persona.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, señalando el cuadro.

—Ha sido un regalo de la hija de la embajadora. Giuseppe le dijo que me había gustado mucho, así que me lo envió.

—Es el riesgo de tener que halagar siempre a los demás —comentó—: que la gente se toma nuestros cumplidos al pie de la letra. No tienes que colgarlo. Hay un almacén lleno de regalos donde se puede guardar. Tu equipo debería habértelo dicho —la vio mirar al suelo y frunció el ceño—. ¿Es que sí que te lo han dicho?

Elsbeth asintió.

—Entonces, ¿por qué lo has colgado?

—Porque me gusta. Pero si tú piensas que no debería estar ahí, haré que vuelvan a poner el que había.

—¿De verdad te gusta?

Elsbeth asintió otra vez.

—¿Por qué?

—Por nada. Simplemente me gusta.

—¿Más que el original?

De nuevo asintió.

—Elsbeth, este es tu hogar y con qué cuadros lo adornes es solo cosa tuya, pero siento curiosidad por saber cómo te puede gustar más el cuadro

que ha pintado una niña de quince años que una obra maestra del Renacimiento.

—Me gustan los colores de las flores —replicó, contemplándolo.

Amadeo recordó los lirios del cuadro original. Había algo insípido en ellos que habría dicho que encajaban perfectamente con su esposa.

—Son tan brillantes y atrevidos... incluso sinceros —¿había una nota de añoranza en su voz?—. Y me gusta la expresión de los ojos de la mujer. Es como si estuviera diciendo: sí, lo sé, llevo la cabeza llena de flores, pero ¿no te parece que son preciosas? —se encogió de hombros y sonrió y, por primera vez, su gesto no le pareció vacío—. Verlo ahí me hace sentir bien.

Amadeo volvió a examinar el cuadro y empezó a entender a qué se refería. Había algo como jugueteo en la expresión de la modelo. Entonces volvió a mirar a su mujer y el aliento se le paralizó en la garganta.

Por un instante, sus ojos azules se vieron apacibles y cálidos, ventanas a una mujer de carne y hueso, con pensamientos, opiniones y sueños propios, y cuando ese instante pasó y la sonrisa vacía hizo ademán de asomar de nuevo a sus labios, el corazón le dio un salto y espetó:

—¡No!

Elsbeth se quedó helada. ¿Qué había hecho para que levantase así la voz? Le vio alzar la mirada al techo antes de volver a ponerla en ella.

—Sonríe solo si es de verdad.

Ella lo miró sin comprender.

—Elsbeth... —suspiró—. Lo que voy a decirte no lo hago con intención de herirte, pero tanta sonrisa es... demasiado. Es como si te escondieras detrás. Funcionan cuando estamos en un acto público, pero cuando solo estamos los dos, es innecesario. El cuadro hace que te sientas bien. Pues a mí, tus sonrisas me dejan helado, porque no son reales. Es como estar casado con un lienzo vacío. No quiero una esposa que se esconde detrás de una sonrisa falsa y que está siempre de acuerdo con todo lo que digo. Quiero conocer a la verdadera Elsbeth, la persona a la que acabo de ver durante unos segundos. No quiero pasarme el resto de la vida casado con una desconocida.

Que Dios la ayudase... se sentía como un ciervo al que las luces de un coche hubieran dejado clavado en medio de la carretera. Aterrada, ni siquiera era capaz de pensar en algo que decir, y estaba claro que él esperaba que lo hiciera. ¡Pero es que le era imposible! Aunque supiera qué,

no sería capaz de articular palabra, no cuando se habían pasado la vida diciéndole que el mejor adorno para un hombre era una mujer callada.

Tras un largo y penoso silencio, Amadeo se pasó la mano por la frente y suspiró.

—Tenemos que irnos ya si no queremos llegar tarde.

Su reacción fue la de sonreír, pero se detuvo a tiempo.

—Lo siento.

—Y deja de disculparte.

—Lo siento —repitió. Es que para ella, la sonrisa y la disculpa eran automáticas.

Exasperado, Amadeo movió la cabeza.

—Elsbeth... solo quiero que seas tú, ¿vale?

—¿Y qué pasa si no te gusta quien soy? —se atrevió a preguntar.

Él la miró con algo parecido a la compasión.

—En ese caso, no habrá cambio alguno, ¿verdad?

Ni la sinceridad ni la brutalidad de su respuesta le hicieron tanto daño como podría esperar.

A Elsbeth le gustaron las habitaciones de Marcelo y Clara en cuanto puso un pie en ellas. A pesar de ser un espacio tan recargado y palaciego como el resto del castillo, emanaba una calidez que encajaba perfectamente con la pareja, sobre todo cuando Clara le dio un sentido abrazo a modo de recibimiento.

Ella no estaba acostumbrada a algo así, de modo que se quedó helada. Clara la soltó riendo, pero solo para darle la mano y conducirla al bar que había al fondo de la estancia, hablando a toda velocidad, diciéndole lo encantada que estaba de recibirla en un inglés atropelladamente. En un abrir y cerrar de ojos, tenía una copa de champán en la mano y Clara la invitaba a brindar con ella.

A pesar de ser dos nativos de italiano, una de inglés y ella, que lo era de francés, la comunicación durante la cena no resultó problemática. Amadeo y Marcelo hablaban perfectamente inglés y se ofrecieron a traducir cada vez que Clara hablaba demasiado deprisa para Elsbeth, o ella no encontraba la palabra adecuada. Cuando el plato principal fue retirado de la mesa, se sentía tan relajada que estuvo a punto de escurrirse en su silla y recostarse en el respaldo.

Nunca antes se había reído tanto. Clara era de sonrisa fácil, y ella pensó en qué difería de la suya. No le costó averiguarlo. La de Clara salía de forma natural. No había nada practicado en ella, como tampoco lo había en su risa contagiosa.

—¿Has tenido una vida feliz? —preguntó, imaginando que la respuesta tenía que ser necesariamente positiva, pero Clara hizo una mueca que le resultó graciosa y, antes de que pudiera reírse, vio el gesto severo con que Amadeo se volvía hacia ella.

—Uy, no por Dios —contestó ella—. Mi vida antes de conocer a Marcelo era bastante dura. Mi madre murió cuando yo era pequeña, mi padre poco después y me quedé al cuidado de mi hermano, que me detestaba y que, en cuanto pudo, me envió a un internado del que, afortunadamente, me echaron enseguida. ¡Era un sitio horrible! Entonces mi hermano me vendió a tu primo, y...

Aunque Amadeo le iba traduciendo, a Elsbeth le costaba seguir su relato, y cuando oyó mencionar a su primo, no pudo seguir escuchando.

—Siento mucho lo que te hizo.

—No fue culpa tuya —le quitó importancia—. Me alegro de que no fueses una de las mujeres que envió para que me vigilaran y no pudiera escapar. ¡Te habría odiado!

—No podría haberlo hecho. Nunca.

—Lo sé —sonrió—. Y por eso no te odio. Imagino que tú también lo habrás pasado mal con él, ¿no?

Elsbeth se encogió de hombros.

—Con Dominic sufren todas las mujeres que están cerca.

Por eso se había portado como una cobarde y no la había ayudado durante su cautiverio, algo que todos sabían a pesar de los esfuerzos de Dominic por ocultarlo.

—Me alegro de haber tenido que soportarlo solo durante un par de semanas, hasta que Marcelo me sacó de allí.

Miró con arrobó a su marido, que le devolvió la mirada con tanto amor que Elsbeth sintió una punzada de envidia. El sol se apagaría antes de que Amadeo la mirara a ella así. O que le arrancara la ropa como sabía que ocurriría entre Marcelo y Clara en cuanto ellos se fueran.

Pero no. Aquella noche Amadeo acudiría a su cama para cumplir con su deber y engendrar al heredero al trono de Ceres. Él se desnudaría, pero

ella se quedaría con el camisón puesto, y Amadeo no intentaría quitárselo. Los dos alcanzarían el orgasmo, él le desearía buenas noches y se marcharía, dejándola sola en su lecho, con la piel y la pelvis palpitando, pero con el corazón desangrándose.

El postre era tarta de limón, seguido de café, pero ni dos cucharadas de azúcar y una buena cantidad de leche pudo con la amargura que sentía, algo que a Clara no le pasó desapercibido.

—No te lo tomes si no te gusta. ¿Qué te apetece tomar?

Amadeo miró a su esposa, a quien se le habían incendiado las mejillas. La imagen de los profiteroles de café de la boda volvió a su memoria.

—¿No te gusta el café?

Elsbeth se sintió atrapada, y su mirada azul se posó en los ojos de su marido. Amadeo entendió de repente. Si admitía que no le gustaba el café, y estaba claro que así era porque, si no, no parecería tan aterrada, sería admitir que le había mentado.

La irritación que sentía cuando Elsbeth se quedaba muda no se formó, ni siquiera al saber que le había mentado sobre una cosa tan tonta como el café. Lo que sintió en su lugar fue el deseo de tranquilizarla y asegurarle que nadie le iba a hacer ningún daño.

Su hermano y su cuñada contemplaban la escena sin saber de dónde venía una tensión tan repentina, y Amadeo, apoyando la barbilla en la mano, murmuró en francés:

—¿Sabes, Elsbeth, que confesar es bueno para el alma?

Ella seguía sin despegar los labios.

—¿Hay algo que quieras decirme? Por ejemplo, que te has casado con un hombre que pertenece a una familia de amantes del café, en un país que adora el café, y que te has visto obligada a ocultar la aversión que te produce el glorioso ámbar negro, para no ser ahogada en un barril de café. Porque te aseguro que llevamos al menos dos siglos ahogando a quienes no les gusta el café.

Entonces Clara rompió a reír. Fue ese sonido el que sacó a Elsbeth del pánico paralizante y sus labios formaron una sonrisa que iluminó sus ojos, transformando su rostro en algo tan hermoso que Amadeo sintió que le robaba un latido a su corazón. Cuando la oyó reír, fue música para sus oídos.

—¡Vale! —admitió, mirándolo a los ojos—. Lo confieso: detesto el café.

—¿Y los profiteroles de café?

Asintió.

—El café en todas sus formas.

Estuvo a punto de decirle que poner en el menú de su boda algo que detestaba era puro masoquismo, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo teniendo audiencia.

Mentalmente se imaginó cómo sería quitarle una a una todas sus máscaras, todos sus escudos, y ver qué ocultaba detrás, y resultó ser una imagen potente y cargada de lujuria.



## Capítulo 6

**A**MADEO se tumbó boca arriba al lado de Elsbeth. Le faltaba el aliento. Cumplir con su deber cada vez le parecía menos obligado. Menos forzado.

Como siempre después de estar juntos en la cama, Elsbeth se quedaba callada. Sabía que había alcanzado el orgasmo porque cada vez reconocía mejor los signos, su respiración alterada, los gemidos apenas audibles, su forma de abrazarse a él, de hundir los dedos en su espalda. Luego permanecía con las manos entrelazadas sobre el abdomen hasta que él se despedía.

Así era como estaba en aquel momento: con las manos entrelazadas sobre el estómago. ¿En qué estaría pensando? Su pensamiento no era el lienzo en blanco que él creía. ¿Pensaría en su familia? ¿Formularía ecuaciones con el potencial de cambiar el mundo? ¿O pensaría en él? ¿Desearía que se fuera cuanto antes para poder dormir? ¿Se preguntaría por qué no se había marchado ya?

—¿Cómo te hizo sufrir Dominic? —preguntó de pronto. Desde la cena, llevaba dándole vueltas en la cabeza a la pregunta.

—No he dicho que sufriese. Solo que se lo hace pasar mal a las mujeres que tiene a su alrededor.

—Entonces, ¿tú no has sufrido con él?

—Depende de lo que entiendas por sufrir.

—¿Por qué tantos remilgos para contestar? Elsbeth, solo pretendo entenderte, pero no me lo pones fácil. Hace mucho tiempo que circulan historias sobre la Casa de Fernández.

—¿Qué clase de historias?

—Por ejemplo, que Dominic gobierna con puño de hierro. No a su pueblo, sino a las personas que tiene a su alrededor. Que su hermana Catalina huyó de Monte Claro y se niega a volver mientras él siga vivo porque la maltrataba. Que ha pagado a varias de sus amantes para que no hablen de su depravación. Yo hace muchos años que lo conozco, y nada de todo lo que circula por ahí me sorprende. Mis padres y yo nos negamos a que se casara con mi hermana, y eso fue incluso antes de que secuestrara a Clara.

—¿No disteis permiso para que Alessia se casara con él?

—No dejaría ni que mi peor enemigo se casara con él. Clara lo llama el King Pig, el Rey Cerdo, y me parece un título demasiado generoso. La habría obligado a casarse con él y la habría forzado de no haberla rescatado Marcelo. Y ahora que te he dicho lo que pienso, me gustaría saber lo que piensas tú de él.

—¿Por qué quieres saber lo que pienso? —quiso saber.

—¿Y por qué no iba a querer? —preguntó, respirando hondo para acallar su frustración.

—Estoy empezando a darme cuenta de que las cosas aquí son distintas.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a cómo tratáis a las mujeres. Aquí se les permite tener opinión, ¿no?

—Igual que en Monte Claro —contestó—. La Constitución reconoce la igualdad entre géneros.

—No creas.

—No hay barreras que impidan que las mujeres hagan lo que quieran.

—A las mujeres ordinarias, nada se lo impide —corroboró—, pero las de la familia real no son mujeres ordinarias. Dominic abolió muchas leyes antiguas cuando accedió al trono, y emancipó a las mujeres, lo que fue celebrado por la prensa europea, pero endureció las que concernían a la familia real. Ningún miembro de la familia hasta el grado de primo tercero tiene permiso para casarse, salir del país o tener a su nombre una cuenta bancaria sin contar con un permiso firmado por él. A los padres y esposos de la familia Fernández se les ha hecho dueños de sus esposas e hijas, pero el poder de Dominic es absoluto sobre todos nosotros, así que tienes que

perdonarme cuando digo que la opinión que tengo de él no se puede poner en palabras. Si se enterara, me mataría.

Era el discurso más largo que le había oído y, mientras hablaba, una mujer inteligente y elocuente se había revelado.

—¿Hablas en serio?

—Si pudo secuestrar a una ciudadana británica, ¿qué crees que podría hacer con uno de sus ciudadanos?

—Pero tú ya no eres ciudadana de Monte Claro. Ahora eres Princesa de Ceres, y futura reina.

—Por ahora.

—Para siempre. Eres mi esposa.

Por primera vez, reconocer en voz alta que era su esposa no le ponía los pelos de punta.

—Amadeo, no soy tonta. Yo no te gusto. Si no te doy hijos en un año, o dos, o tres, las cosas ya se habrán calmado para entonces entre tu país y Monte Claro, y devolverme a casa no será el detonante de la guerra comercial y diplomática que has querido evitar casándote conmigo. Habrás cumplido con tu deber y no habrá razón ninguna para mantenerme a tu lado.

Atónito, Amadeo se incorporó y encendió la luz para verla bien. Estaba agarrada a la sábana que los cubría y parecía esforzarse por respirar despacio. Dar voz a sus pensamientos era nuevo para ella, y no sabía qué clase de reacción esperar. En otras circunstancias, ya habría abandonado su cama. Antes de su encuentro, el cuerpo le palpitaba de anticipación. Después, una fría desolación sepultaba su pecho cuando se apartaba de ella. Placer y dolor en una sola dosis. Al menos, cuando estaba sola, podía abrazarse a la almohada como pálido sustituto del cálido hombre que ansiaba abrazar en aquellas horas después del sexo. Aun así, era mejor que saberle al lado sin que una sola parte de su cuerpo se rozase.

Agradecía dormir sola. No se sentía capaz de soportar dormir noche tras noche al lado de un hombre que solo la tocaba para hacerle un hijo. Mejor así: hacer lo que había que hacer y cada uno en su cama. Menos tiempo para que su corazón y su cuerpo desearan más. Ojalá se marchara ya para poder acurrucarse en su almohada, pero no. La estaba mirando con esos iris verdes y claros, sin pestañear.

—No sé cómo se hacen las cosas en la Casa Fernández, pero en mi familia, nos tomamos muy en serio los votos matrimoniales. Hasta que la muerte nos separe. Es lo que los dos prometimos.

—¿Y si no me quedo embarazada?

Ya estaba. Había puesto en palabras su mayor miedo.

—Tienes veinticuatro años, y yo, treinta y dos. Los dos estamos sanos, así que no hay nada que sugiera que no vayamos a poder tener hijos.

—¿Y si ocurriera?

—Ya cruzaremos ese puente si llegamos a él.

—Pero es posible que elijas un camino que no me incluya a mí cuando lo crucemos.

—Eso puede ocurrir en ambos sentidos.

—¿Cómo?

—Si tú decides poner punto final a nuestro matrimonio, yo no podría evitarlo.

La idea le resultaba tan imposible que le entraron ganas de reír.

—¿Y dónde iría yo? ¿Qué podría hacer? No tengo absolutamente nada. Solo mi apellido.

Tenía un equipo doméstico que se ocupaba hasta del último de sus deseos, otro que le organizaba cada segundo de su vida de trabajo, un diseñador y una modista que creaban ropa increíble para ella, una tarjeta de crédito sin límite, pero no tenía ni un céntimo a su nombre.

—Eso dependería de ti —contestó, levantándose de la cama a por la bata—. Esto es Ceres, no Monte Claro. Me he comprometido de por vida a ser tu esposo, no tu dueño. Tenemos obligaciones el uno para con el otro y para con la monarquía, reglas por las que ambos debemos regirnos, pero que no son derechos de uno sobre el otro. Espero que respetes esas reglas, pero no puedo forzarte a hacerlo. Eres autónoma.

¿Era su deseo de creerle, o de verdad estaba siendo sincero? ¿O era la luz suave que transformaba sus facciones, haciendo que su corazón deseara aún más algo que no podía tener?

Una semana después, Amadeo salió al balcón de su dormitorio a medio vestir. El sol de la mañana hacía poco que había salido. El castillo aún dormía. Se había despertado con una extraña sensación en el

estómago. Incapaz de volverse a dormir y con la placidez de aquel raro momento de soledad, se había preparado él mismo un café.

El balcón daba a la ingente extensión del jardín: una immaculada pradera de césped bordeada de setos y parterres de flores, y esperó que aquella paz calmase la inquietud de su estómago.

Cuando una figura apareció sobre la hierba, el corazón le dio un brinco. Era Elsbeth. Sus habitaciones quedaban directamente debajo de las suyas, de modo que compartían el jardín. Iba descalza, con una taza en las manos, su melena rubia despeinada. A diferencia del camisón virginal que llevaba siempre cuando compartían cama, llevaba unos pantalones cortos a cuadros rojos y blancos de pijama, que dejaban al descubierto unas magníficas piernas.

Él también estaba descalzo, y bajó las escaleras. Ella se dio la vuelta, y la posibilidad de dar marcha atrás desapareció. Los latidos de su corazón se aceleraron con cada paso, contemplando aquel cuerpo siempre oculto, la curva de sus pechos sin sujetador dibujada bajo el algodón del pijama de un modo que no había visto debajo de aquellos camisonos.

La necesidad de saludarla con un beso fue lo bastante fuerte como para obligarlo a detenerse a un par de pasos de ella. Como si lo hubieran acordado, nunca se habían besado fuera de la cama. ¿Desearía ella que fuera de otro modo?

—Te has levantado temprano —sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa con timidez.

—Me gusta madrugar.

A él también le gustaría, si fuera al lado de aquella criatura tan sexy... Los ojos azules que no podía dejar de mirar se oscurecieron, y comprendió en aquel instante de silencio, que la atracción era recíproca. Pero entonces parpadeó y bebió de su taza. Y todo desapareció.

Él cada vez encontraba más excitante a su esposa, y ella plantada allí, tomado pequeños tragos de su bebida con la tranquilidad que le caracterizaba, esperando que fuera él quien iniciase la conversación, y sin dejar traslucir lo que pudiera haber en su cabeza. Elsbeth estaba transformándose en la mujer más interesante, irritante y exasperante que había conocido. Él se vanagloriaba del control que ejercía sobre sí mismo, pero tenía que reconocer que Elsbeth era una maestra de la compostura que le hacía quedar a la altura de un aficionado.

Decidido a revertir la situación, señaló la taza que tenía en las manos.

—¿Café?

—Té —respondió ella con una mirada pícara.

Mio Dio... aquella pizca de picardía le resultó tan inesperada como si hubiera empezado a dar volteretas por el césped del jardín, y endiabladamente sexy.

—Creía que solo los ingleses tomaban té —bromeó, decidido a mantener el control.

—Yo siempre he querido ser inglesa —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Me encantan sus jardines.

—¿Ah, sí?

Nunca había conocido a una mujer de menos de treinta años que sintiera interés por los jardines.

—Los ingleses adoran sus jardines, y se esfuerzan tanto con los parterres que, como su clima es mucho más extremo que el nuestro, es como ver un ballet con la música que toca el calendario. En invierno parece un terreno baldío, pero en cuanto la primavera se insinúa, aparecen las primeras flores. Luego, en verano, sus jardines se llenan de color. Incluso el otoño es hermoso, con el cambio de color en las hojas. Todo se vuelve rojo y dorado.

Había oído un tono animado en su voz y visto una luz en sus ojos diferente.

—¿Y qué piensas de mí... de nuestro jardín?

La sonrisa falsa que en aquella semana apenas había aparecido, comenzó a dibujarse en sus labios, y Amadeo la detuvo negando con la cabeza.

—¡Ah, no! Nada de mentiras. No te gusta. Lo veo.

—¿Cómo lo ves?

—Cuando tienes miedo de decir algo que pueda comprometerte, te pones la máscara y te escondes detrás. Pero no pasa nada. Entiendo que vas a necesitar tiempo antes de ganar confianza y poder hablar conmigo con libertad —respiró hondo—. Anda, dime la verdad. ¿Qué cambiarías del jardín?

—Todo.

—¿Tan mal está?

—No, qué va. Es un jardín muy ordenado y bonito.

—Lo dices como si ordenado y bonito fuese algo malo.

—No lo es si te gusta esa clase de jardín —sonrió—. Lo que pasa es que a mí me gusta el estilo de la casa de campo inglesa, donde hay mucho menos orden y distintas variedades, tamaños y colores todos juntos y, aparentemente, manga por hombro.

Su elección de palabras le hizo sonreír. Nunca se había imaginado a su siempre correcta y muy compuesta esposa usando una frase como esa.

—¿Has pasado mucho tiempo en Inglaterra?

—No, pero me gusta ver sus certámenes de jardinería. Tú estuviste allí en el internado, ¿verdad?

Él asintió.

—¿Y son tan bonitos sus jardines como se ve en televisión?

—La verdad es que no me fijé.

—¿Y eso?

—Pues porque era un adolescente y los jardines y las flores no eran lo mío.

En aquel mismo instante, se sintió transportado a aquellos años de libertad lejos de su país y de los muros del castillo. Fines de semana con amigos, pendiente de las sonrisas que tenía que dedicar a las chicas, torpes acercamientos al sexo junto al río, cigarrillos prohibidos y alcohol a escondidas. Días de hormonas descontroladas capaces de provocar una erección inmediata con tan solo ver el borde de una falda más arriba de lo normal. Debía ser el encanto de la fruta prohibida. ¿Había un encanto mayor que ese? ¿Seguiría queriendo recorrer el circuito de Ceres a toda velocidad si no fuese contra las reglas? ¿Seguiría deseando a Elsbeth de aquella manera si la verdadera esencia de su mujer no le estuviese vetada?

Tan perdido estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el silencio se había extendido más de lo normal. Elsbeth se pasó la mano por el pelo y se aclaró la garganta.

—Tengo que ducharme y desayunar algo.

Caminaron juntos hasta el pie de las escaleras y allí se separaron.

—Bueno... —volvió a decir ella—, nos vemos luego.

Amadeo estaba ya a mitad de la escalera de hierro cuando miró hacia abajo y la vio a punto de entrar en sus habitaciones y la llamó. Ella lo miró desde abajo, y a punto estuvo de invitarla a desayunar con él.

—Que tengas un buen día —fue lo que le dijo.

Una dulce sonrisa afloró a sus labios.

—Tú también.

Y desapareció.



## Capítulo 7

**A**ÚN le temblaban las piernas a Elsbeth cuando salió de la ducha y se cubrió con una esponjosa toalla. Habían empezado a temblarle al cruzar las puertas de cristal de su habitación para escapar de su esposo y su rampante masculinidad a medio vestir.

Desde la boda, salía temprano a pasear por los jardines sin que nadie la molestara. Era el único lugar del castillo en el que podía estar sola sin sentirse sola. Lo había rediseñado en su imaginación, llenándolo de color, estatuas extravagantes y hamacas. Incluso había imaginado en él a sus hijos jugando. Tan acostumbrada estaba a estar sola con sus pensamientos y los cantos de los pájaros que al ver a Amadeo bajando la escalera, había sido incapaz de controlar el temblor que se había apoderado de su cuerpo.

Cuando le vio acercarse, sintió vergüenza de que la viera con aquel pijama, más propio de una adolescente que de una princesa, y las palabras que su madre le había repetido hasta la saciedad regresaron a su mente:

—Un príncipe espera que su esposa sea una princesa en todo momento.

Pero, a decir verdad, no la había mirado con desaprobación. Más bien le había parecido que lo que brillaba en sus ojos era deseo, pero no podía ser. ¿Cómo iba a desearla, cuando solo ser educado con ella le costaba un triunfo?

Por primera vez no había percibido ese afán. De hecho, había resultado un encuentro bastante íntimo, cargado con una extraña e indefinible tensión que había provocado un revoloteo de mariposas en su estómago. No había ayudado mucho verlo a él prácticamente desnudo, con tan solo aquellos pantalones negros a media cadera. Había tenido que esforzarse para no mirarlo descaradamente, para no quedarse observando su pecho bronceado, fuerte, en aquel abdomen musculado en el que un

vello oscuro desaparecía bajo la cinturilla del pantalón. Dios, bastaba con recordarlo así para volver a acalorarse, hasta el punto de que tuvo que sentarse un momento en la silla del baño.

Tenía que dominarse. Estaba casada con un hombre al que no le gustaba, que detestaba a su familia y que había admitido que no entraba en sus planes casarse con ella.

—Out!

Amadeo miró a su cuñada, que ocupaba el puesto de juez de silla, con el ceño fruncido.

—¡De eso, nada!

—Sí, ha sido fuera. Segundo servicio.

Se situó detrás de la línea y volvió a sacar.

—Out. Juego para Marcelo.

—No tienes ni idea —protestó.

—Y tú no sabes servir.

Resistió las ganas de estrellar la raqueta contra la tierra batida de la pista y se preparó. Era el turno de su hermano para servir.

En menos de una hora, Marcelo se había anotado tres sets a cero, la peor derrota que había sufrido nunca.

Era culpa de Elsbeth, que se le estaba metiendo bajo la piel. Demonios... se había pasado la mañana con la capacidad de concentración de un pez. Los documentos oficiales se quedaban sin leer porque no podía deshacerse de su imagen, con aquellos pantaloncitos de pijama y el pelo revuelto. Convencido de que el ejercicio lo ayudaría, había sacado a su hermano de la cama para retarlo a un partido de tenis, pero ni siquiera podía echarle la culpa a Clara y sus decisiones parciales como juez de silla. Odiaba perder, pero no tanto como odiaba perder si la culpa era suya.

Los nervios de Elsbeth estaban volviendo a desatarse. Cada vez falta menos para que llegase la Noche de la Consumación. En tres horas, Amadeo estaría allí.

No había dejado de pensar en él en todo el día. Un largo paseo por el bosque que rodeaba el castillo no había servido de nada, ni tampoco nadar en la piscina cubierta de la familia. Menos mal que faltaba una semana para que volvieran a tener eventos públicos, y no tendría que estar durante horas pegada a él.

Harta de dar vueltas en su habitación, y aguantándose las ganas de salir al jardín no fuera a pensar que quería hacerse la encontradiza, decidió darse otra ducha mientras le llevaban la cena, pero tampoco funcionó. Pasarse las manos por el cuerpo desnudo solo sirvió para darse cuenta de lo mucho que su piel deseaba el contacto de Amadeo.

¡Dios, aquello era una locura!

Del vestidor sacó una túnica verde, larga y suelta —no tenía sentido ponerse el camión tan pronto— y acababa de ponérsela cuando alguien llamó a la puerta.

—Pase —contestó.

—Su Alteza está aquí —anunció la doncella.

El corazón le golpeó contra las costillas.

—¿Amadeo?

—Sí.

—¿Qué quiere?

La doncella la miró sin contestar. Obviamente no le correspondía a ella cuestionar los motivos del príncipe.

¡Llegaba dos horas y media pronto! ¡No estaba preparada! ¿Cómo iba a recibirle así, con el pelo mojado y sin una gota de hidratante en la cara? ¡Parecía un cangrejo por el efecto del agua caliente!

Fue ver a la paciente doncella aguardando en la puerta lo que la tranquilizó. No podía hacer nada para estar preparada, pero por lo menos aquel vestido era perfectamente modesto, aunque algo más colorido que lo que le tocaba ponerse para sus compromisos públicos.

Con las mariposas revoloteando en el estómago, encontró a Amadeo en el salón de día, contemplando el último cuadro que había colgado. El corazón se le subió a la garganta. No podía estar segura de si alguna vez se acostumbraría al temblor que se apoderaba de ella cada vez que lo veía. Llevaba una camisa azul clara y pantalones, pero sin corbata ni chaqueta. Tenía el pelo algo alborotado y... ¿cómo narices iba a poder controlarse? Solo había que mirarlo para desafiar a cualquier mujer a no dejarse arrastrar por la concupiscencia.

—Bonito cuadro — opinó con una sonrisa perezosa.

—¿Te gusta?

—Seguro que me gustará cuando me hayas explicado por qué te gusta a ti. Cuéntamelo mientras cenamos.

¿Cenar? ¿Juntos?

—Se me ha ocurrido que podíamos cenar juntos, a no ser que tengas otros planes.

El corazón se le inflamó tan deprisa que la dejó sin poder respirar.

—Vale —fue lo único que pudo contestar.

Amadeo contuvo las ganas de reír. ¿Vale? ¿Eso era todo?

Haber admitido que su esposa era sexy había accionado un interruptor en su cabeza, y ya no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera ella. Después del desastroso partido de tenis, se había tomado una cerveza en la terraza intentando calmar, sin conseguirlo, los explosivos sentimientos que lo zarandeaban sin compasión. Una hora después no había apartado los ojos del jardín, y que su estómago se le encogía cada vez que oía un ruido o sentía movimiento porque estaba esperando que ella apareciera.

Entonces fue cuando se dijo «hasta aquí hemos llegado». Ya era hora de hacer algo con lo que su mujer había despertado en él, que no iba a desaparecer porque él se lo ordenara, así que entró al baño y se duchó. Podía compartir la cena con su mujer antes de tener sexo con ella. No transgredía ninguna norma con ello.

—¿Esta vajilla es nueva? —preguntó cuando les sirvieron el primer plato. No se parecía en nada a la fina porcelana que habían puesto a su disposición.

—Es de la escuela de arte a la que fuimos hace un par de semanas.

En uno de sus compromisos, habían entregado premios a los mejores estudiantes de una de las escuelas de arte de Ceres.

—¿Esto ganó un premio?

—No, pero estaba en la exposición.

—No recuerdo haberlo visto.

Cuadros y cerámicas, sí. Vajillas con cactus pintados, no.

—Para mí es todavía una novedad. Supongo que tú llevas tantos años haciendo esa clase de cosas que se ha vuelto monótono.

—Desde luego.

Tradicionalmente, el mes de agosto era el que más cargado estaba de compromisos. Los turistas llenaban Ceres y las organizaciones benéficas que los Berruti patrocinaban abrían sus puertas para ellos. La familia entera era consciente de que dependían de la voluntad del pueblo de Ceres, de modo que intentaban asistir a tantos eventos como les fuera posible. Ahora que había llegado septiembre, sus obligaciones se reducían considerablemente con la vuelta a la normalidad.

Examinó el plato del pan antes de mirar de nuevo a Elsbeth, y sintió que el vientre se le incendiaba al imaginarla desnuda y a él examinándola con la misma atención que le había dedicado al plato. Y es que ese vestido sin mangas que llevaba... como el resto de su ropa, no mostraba ni un centímetro de escote. Solo los brazos y los hombros quedaban al descubierto, pero bastaba para hacerle desear que el momento de retirarse a su habitación llegase pronto.

—¿Te la ofrecieron en la escuela? —preguntó, esforzándose por centrarse en la conversación.

—No. Fui yo quien se puso en contacto para preguntar si estaba a la venta. ¿No se hace así? —preguntó angustiada al ver su gesto de sorpresa—. Nadie me dijo que no se pudiera.

Lia, su secretaria, no había movido ni un músculo de la cara cuando le preguntó por la posibilidad de comprar la vajilla. Se lo organizó todo, incluida una cena privada con la talentosa estudiante para poder conocerla, y no quería que se metiera en un lío por ello.

—A mí no tienes que rendirme cuentas —contestó, divertido—. Cómo gastes tu dinero o cómo elijas los objetos que te rodean es solo cosa tuya. Igual que las instrucciones que le des a tu personal.

Soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Era la primera compra que hacía teniendo en consideración su propio gusto, y tenía que admitir que había sido una sensación fantástica. Amadeo parecía ir en serio al decirle que era una mujer autónoma. Invitar a la estudiante a cenar con ella también había sido una experiencia nueva. En el palacio, compartía con sus padres la zona destinada para ellos, y cada minuto del día estaba controlado y decidido por ellos.

Pero lo que le resultaba aún más increíble eran los escalofríos que le provocaba disfrutar de la atención total de Amadeo. Que estuviera allí, dedicándole su tiempo fuera de las obligaciones de su puesto, y que la mirara de un modo que le estaba derritiendo los huesos... tenía la cabeza

despejada y no debía hacerse ilusiones. Seguramente era el aburrimiento lo que lo había empujado a estar allí.

—Las cosas que has añadido a tus habitaciones, al menos las que yo he visto, son diferentes y modernas. Tienes un gusto bastante... ecléctico —definió, mirando a su alrededor—. Dime con sinceridad: ¿qué piensas de la decoración de tus habitaciones?

—¿De verdad tengo que ser sincera?

Sonrió.

—Échale la culpa a Alessia. La dejé a cargo de todo. Me pareció que, siendo mujer y joven, tendría más idea de lo que podía gustarte que yo. Igual habría sido mejor que se lo encargase a Clara.

Una risilla se escapó de sus labios.

—Me habría gustado ver el resultado.

—A mí, no.

Su respuesta la hizo reír, y Amadeo rio también. Un pulso de energía le corrió por las venas. ¿Cómo era posible sentir la risa? Con él, todo era así. Desde su voz hasta el brillo de su mirada. No solo lo veía, sino que lo sentía en forma de zumbido en las venas, de pulsos de calor.

—¿Estás bien?

Parpadeó muy deprisa para volver a centrarse y tomó un sorbo de su copa de vino.

—Por supuesto.

—¿Seguro? Te veo sofocada.

—Es que hace un poco de calor aquí.

Apuró de un trago lo que le quedaba en la copa.

Estaba mintiendo. Lo sabía. Aquella sonrisa vacía la delataba, pero no le importó porque, al mismo tiempo que sus mejillas se volvieron del color del tomate que había acompañado a la langosta que les habían servido, sus ojos se habían clavado en los suyos, las pupilas dilatadas y su mirada ardiendo con el mismo calor que lo había perseguido a él desde su encuentro de aquella mañana.

Su euforia duró un segundo, el que ella tardó en tomar otro sorbo de vino. Al volver a mirarlo, solo vio cordialidad en sus ojos.

Apuró su copa. Ya estaba bien de sufrir. Estaba seguro de que Elsbeth sentía un deseo básico por él. Había estado ahí desde la primera noche que consumaron su matrimonio. Simple química. Lo único que tenía que hacer era transformar ese deseo básico en la llama que a él lo consumía, porque ya no le era suficiente con cumplir. Quería más. Mucho más. Bastaría con que se hartara de ella para que aquella extraña fiebre se enfriase y pudiera volver a su apatía original.

## Capítulo 8

**E**STABA siendo horrible. Jamás en la vida había tenido que esforzarse tanto por mantener la compostura. No se debía solo al hecho de cenar a solas con Amadeo, sino por todas las señales que su cerebro estaba interpretando. Su mirada no se apartaba de ella ni un segundo, devorándola con aquellos ojos verdes que la contemplaban con una apreciación que tenía que estarse imaginando.

Cuando le vio llevarse a la boca el primer bocado del postre divino que les habían servido y lamer después el chocolate que se había quedado en la cuchara, el movimiento le resultó tan sensual que estuvo a un tris de entrar en combustión espontánea. ¿Cómo demonios iba a controlarse, si con verle comer el deseo le abrasaba cada centímetro de la piel?

«¡Deja de mirarme!», habría querido gritarle.

Dio buena cuenta de su tartaleta de chocolate, a ver si él hacía lo mismo, pero sintió ganas de aullar cuando vio que aún le quedaba la mitad. ¿Lo estaría haciendo deliberadamente?

Apartó su plato, decidida a distraerse del erotismo que suponía verle comer.

—Ahora que ya sabes que me gusta el arte atrevido y poco convencional, y los jardines ingleses, lo justo es que me cuentes qué te gusta a ti. Sé que las carreras te gustan. Como deporte y no como inversión, quiero decir.

Sacó la cucharilla de la boca.

—Supones bien.

—¿De coches o de motos?

—Ambas, pero las de coches son mis preferidas. He asistido a casi todos los Grandes Premios que se han corrido en el circuito nacional de



Ceres desde que era un crío. Uno de mis recuerdos más antiguos es el de asistir a una carrera con mi padre y que me diera envidia de que él pudiera entregarles el premio a los pilotos mientras yo tenía que quedarme sentado en mi asiento.

—Seguro que era un asiento de los buenos.

La cucharilla volvió a hundirse en el postre, que no terminaba de desaparecer.

—El mejor del circuito. Estábamos tan cerca de la pista que me obligaron a ponerme cascos.

Aquellos labios divinos encerraron la cuchara cargada de chocolate, y lo único que pudo hacer fue tomarse otra copa de vino y confiar en que la enfriase.

—¿Alguna vez has conducido un coche de carreras?

—Se considera que es una actividad demasiado peligrosa para el heredero al trono de Ceres.

—Dominic fue el invitado de honor en un Gran Premio que se corrió hace unos años en Francia —le contó. Amadeo no pudo evitar sentir náuseas al oír ese nombre, pero no dejó que ella lo notara—. Haciendo caso omiso de sus consejeros, habló con uno de los equipos para que le dejaran conducir su coche de pruebas después de la carrera. Lo estrelló.

Eso le hizo esbozar una sonrisa.

—¿Salió ileso?

—Desgraciadamente, sí.

Su forma desencantada de decirlo le hizo reír. Ella también se rio.

—Tiene que ser difícil ir por la vida teniendo tantas limitaciones.

—No debería quejarme por ello. Mi vida ha estado llena de privilegios.

Las cadenas que lo limitaban podían romperse. Nadie podría o habría querido impedirle que condujera un coche de carreras, y la única persona que le había obligado a obedecer las órdenes de sus padres había sido él mismo. Quería lo que era mejor para la monarquía, igual que ellos. Nunca había dejado que las emociones lo dominasen, ni siquiera cuando era un adolescente. El deber debía anteponerse, y era ese deber lo que le había llevado a casarse con una mujer a la que despreció al conocerla, pero con

la que se había pasado la cena fantaseando con tomarla en aquella misma mesa.

Dio, ¿cómo había estado tan ciego? Su modo de comer era sexy. El modo en que ladeaba la cabeza. Hasta su compostura era sexy. Imaginar cómo sería verla perder el control...

—También eres humano.

Si pudiera leer sus pensamientos, descubriría hasta qué punto podía serlo.

—Humano, pero no como otros hombres.

—Si fueras como otros, no estarías casado conmigo. Y si yo hubiera nacido en otra familia, tampoco.

Un mes de matrimonio. Y todavía no había sentido su lengua dentro de la boca. Ni la había visto desnuda.

—¿Con quién te habrías casado si fueras otro, y no te hubieras visto obligado a casarte conmigo?

Se quedó en blanco. El único rostro que podía conjurar era el de la mujer que tenía enfrente, haciendo girar el vino en su copa. El pelo se le había secado durante la cena y resultaba ser más ondulado de lo que se había imaginado.

—Me refiero a tu mujer ideal, si hubieras podido elegir. La de tus fantasías. ¿Quién sería?

—No tengo una mujer ideal.

—Creo que esa puede ser la primera mentira que me hayas dicho —sonrió.

Apuró el chocolate que quedaba en la cuchara antes de señalarla con ella.

—Una mujer nunca debería preguntarle a un hombre por sus fantasías, a menos que esté preparada para escuchar la respuesta.

El rubor que cubrió sus mejillas le recordó que su mujer era virgen hasta hacía unos días. Si supiera los pensamientos eróticos que le habían rondado por la cabeza durante la cena, saldría corriendo y gritando. ¿O no? Fuera como fuese, no estaba preparada para su respuesta. Era demasiado inexperta.

Se limpió los labios con la servilleta y, levantándose, dijo:

—Hora de irse a la cama.

Elsbeth salió al corredor con la espalda recta y la barbilla alta. Los veinte pasos que la separaban de su dormitorio le duraron una eternidad, pero lo consiguió. Y Amadeo, también. Que Dios la ayudase, pero tenía el estómago en la garganta. No había estado tan nerviosa ni en su noche de bodas.

La puerta se cerró, pero no pudo oír el silencio por el rugir de su sangre en los oídos.

Ahora estaban solos. Sus doncellas no entrarían estando Amadeo. El reloj había retrocedido de pronto un mes, y se encontraba de nuevo en su noche de bodas, donde todo lo que podía hacer era esperar a que Amadeo diera el primer paso.

—¿Te importa que use tu ducha?

—Adelante —contestó, sorprendida.

Pero esa sorpresa no fue nada comparada con el instante en que Amadeo se acercó y rozó sus labios con su boca para decir después:

—No tardo.

Estaqueada en el suelo, con los labios palpitándole y el corazón desbocado, seguía allí, anclada en aquel punto de su dormitorio, rozándose los labios, cuando la ducha se abrió. Fue ese sonido el que la arrancó del trance. Sin pensar, sacó el primer camisón del cajón, se quitó el vestido y las deportivas y se precipitó sobre el tocador. Se encontró con su reflejo en el espejo, sin maquillar, las mejillas arreboladas, la piel hirviendo. Respiró hondo y abrió la crema hidratante.

Tenía que dejar de leer cosas en todo. ¿Y qué si Amadeo estaba usando su ducha? El picaporte de la puerta se movió y las mariposas de su estómago quedaron petrificadas.

Amadeo apareció con una pequeña toalla ceñida a la cintura. Si el buen Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, tenía esa imagen delante de ella, en la puerta del baño, envuelto en una nube de vapor, el pelo negro mojado, el pecho ancho y bronceado. ¿Cuántas veces podía estar una mujer a punto de combustionar de manera espontánea en una sola noche?

Con la mirada puesta en ella, se acercó a la cama.

—Espero que no te importe que haya usado el cepillo de dientes de reserva que tenías.

—Claro que no. Discúlpame un momento —añadió, levantándose.

Y consiguió llegar al baño sin correr.

Amadeo la observó atentamente. ¿Sería cosa suya, o estaba azorada de verdad? Tenía que dejar de imaginarse cosas. Se metió en la cama y se sentó apoyado en el cabecero. El latido de su corazón se había vuelto tan intenso como no lo recordaba. Hacía años que la excitación no hundía sus tentáculos en su corazón. Desde la adolescencia, seguramente.

La decisión de darse una ducha había sido repentina, y Elsbeth no estaba acostumbrada a prepararse para la cama estando él allí. Por mucho que desease desnudarla, tenía que controlar sus ardores para no asustarla. Le sacaba de sus casillas que la primera mujer a la que no había sido capaz de comprender en sus treinta y dos años de vida era la suya.

Oyó movimiento al otro lado de la puerta del baño y respiró hondo y cuadró los hombros.

Elsbeth inspiró profundamente y abrió. El corazón batió como un tambor al ver a Amadeo esperándola en la cama en la versión opuesta a lo que había pasado hasta entonces. Sonreía, y apartó la ropa de la cama de su lado para invitarla a acostarse.

Los cuatro pasos que la separaban de la cama fueron los más difíciles de su vida. Con Amadeo mirándola, no había sido tan consciente de sí misma jamás, de cómo se movían sus senos debajo de la seda blanca del camisón.

Se metió en la cama con toda la elegancia que fue capaz. Ya no sentía que debía pedir permiso para apagar su luz, así que accionó el interruptor y la habitación quedó bañada en la luz suave de la lámpara de Amadeo, que sin duda no tardaría en apagar. Luego se subiría encima de ella, la besaría, acariciaría su cuerpo, metería la mano bajo el camisón, la encontraría preparada para él —menudo traidor, su cuerpo— y la tomaría. Contendría su orgasmo hasta que ella hubiera alcanzado el suyo —nadie podría decir que no era un caballero—, y cuando ambos hubieran terminado, se tumbaría a su lado. Con un poco de suerte, se marcharía inmediatamente, dejándola para que se las apañara como pudiera para llenar el vacío que dejaba en ella aquel sexo sin ternura.

Amadeo se tendió junto a ella y, apoyado en un codo, la observó. Era tan increíblemente hermosa, con aquellos ojos de ese azul bebé único, la naricilla respingona y unos labios que parecían nubes de golosina. Puso la yema del índice sobre ellos y ella abrió de par en par los ojos. Despacio, con suavidad, fue trazando su contorno y continuó por la mejilla, y descendió por su cuello sin dejar de mirarla.

—¿Por qué te pones estos camisones para mí, y luego cuando estás sola, usas pantalón corto y camiseta?

Sus ojos se habían oscurecido y apenas podía oír su respiración.

—Para complacerte —respondió en un susurro.

Trazó la curva de sus senos y rodeó un pezón que se endureció bajo la tela.

—¿Por qué piensas que vestirme como una virgen dispuesta al sacrificio puede complacerme?

—Mi... mi madre.

—¿Te lo dijo ella?

Asintió.

Trazó una línea hasta su abdomen, alcanzó la cadera y siguió por el muslo.

—¿Qué más te dijo?

—Muchas cosas.

Su voz era apenas audible.

—¿Cosas sobre cómo complacerme? —quiso que aclarara, y alzó el borde de su camisión.

Asintió de nuevo.

—¿Quieres saber qué me complacería ahora mismo? —preguntó, subiéndolo.

Una vez más, un movimiento afirmativo de la cabeza.

—Lo que más me complacería es que te lo quitases.

## Capítulo 9

**E**L impacto de las palabras de Amadeo le paró el corazón.

—¿Vas a dejarme verte como yo dejo que me veas? —le susurró, acercándose hasta que el extremo de su nariz rozó su mejilla y su aliento le caldeó la piel.

Su corazón volvió de nuevo a la vida, y lo hizo con tanta fuerza que sus latidos no le dejaban oír nada más. Un temblor se adueñó de ella mientras intentaba formar algún pensamiento coherente. La palma de la mano de él se posó en su espalda y suavemente la hizo incorporarse al mismo tiempo que él. Peinó su melena con los dedos mientras la bebía con la mirada. Lentamente, los ojos de Elsbeth se cerraron al sentir que sus labios la rozaban con tanta delicadeza como una pluma.

Sin dejar de mirarla a los ojos ni un instante, poco a poco, fue subiendo su camisón y ella, los brazos. Aquella seda rozó su cuello y su rostro y, por primera vez en la vida, quedó desnuda delante de un hombre, temblando, los latidos de su corazón golpeaban contra su pecho.

Un dedo levantó delicadamente su barbilla. Nunca había estado tan asustada por lo que pudiera descubrir en la mirada de Amadeo, por lo que estaba sintiendo, por la intensidad de su deseo por él. Se obligó a mirarlo. La suave luz de la lámpara hacía que su rostro se tornara en un juego de luces y sombras, y tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas a su propia esencia para no dejarse arrastrar a la embriagadora promesa que yacía en sus ojos, por desesperadamente que quisiera creer que el hambre que veía en ellos lo inspiraba ella.

Aquel era el día del que le había hablado su madre: el día en que el ardor de un hombre era más fuerte de lo normal. Cuando se aplacase, volvería a estar sola.

Con la misma delicadeza con que la había hecho incorporarse, la tumbó de nuevo y, con infinito cuidado, se colocó entre sus piernas, acurrucándola con su cuerpo y las sábanas que había subido hasta sus hombros. Era la escena romántica que había deseado tener en su noche de bodas.

El peso de su erección reposó en su muslo y sus pezones ultrasensibles se rozaron con su pecho. Que el cielo la ayudase porque su único deseo era abrazarse a él.

Durante un tiempo que se le hizo eterno, Amadeo se limitó a mirarla acariciando su frente. El deseo estaba ahí, pero había algo más también, como si estuviese intentando adentrarse en las profundidades de su mente.

«No caigas», se rogó, aunque no dejaba de temblar con sus caricias. «No es real. No caigas».

Otro beso como la caricia de las alas de una mariposa, pero con el poder de sacudirla de la cabeza a los pies.

«No... caigas...».

Sus bocas se fundieron como solo se había atrevido a soñar. Con fuerza, exigiendo, derrochando sensualidad. Al primer roce de su lengua, todos los pensamientos errantes que había conseguido capturar, los frenéticos avisos de su cabeza, salieron volando empujados por el calor y la electricidad que la barrían. Con un suspiro de placer, puso la mano en su cuello y se derritió en su boca.

Amadeo se estremeció al sentir la mano de Elsbeth en el cuello. Nunca había sentido un beso de aquella manera, con tanta fuerza, con tanta carga erótica. ¿Qué se había imaginado? ¿Que besar a una Fernández iba a envenenarlo? Si había veneno, estaba empapado en néctar, en una toxina dulce y adictiva que saturaba su torrente sanguíneo y alimentaba el hambre de ella que sentía.

Su piel poseía aquella misma dulzura y era de una suavidad que superaba la del terciopelo. Con la boca bajó por su cuello y más abajo aún, explorando con los labios y las manos, descubriendo una belleza que ni en sus sueños más salvajes podría haber adivinado. Encima de su seno izquierdo había un pequeño lunar que no había visto antes. Bueno, en realidad no había visto prácticamente nada de ella, y lo besó antes de seguir hacia abajo, por encima de la curva redondeada de su pecho, más lleno de lo que había creído. Ensimismado, se llevó un pezón a la boca y

una descarga eléctrica le sacudió al oír por fin un gemido de placer de Elsbeth.

Conteniendo su ardor, fue dedicando sus atenciones a ambos pechos, disfrutando con la sutileza de su respuesta. Todo estaba allí, en el arco de su espalda, en la intensidad de su respiración, en su modo habitual de agarrarse a las sábanas de la cama. Y él lo estaba sintiendo. Sentía aquel calor que la consumía, tan intenso como el que lo consumía a él.

Las llamas lamían su piel. Cada caricia de las manos de Amadeo, cada roce con su cuerpo, cada toque de su lengua, cada marca que su boca le dejaba en la piel, le derretía los huesos hasta reducirla a una masa de necesidad palpitante. Barro en las manos de Amadeo.

Aquellas manos que la sostenían en aquel momento por las caderas mientras avanzaba impenitente por su abdomen. Tan perdida estaba en las sensaciones que, cuando su boca llegó a su pubis, no comprendió qué iba a ocurrir hasta que notó su lengua en el punto en que el placer era siempre más intenso. Sin pensar, provocado por el latigazo de placer que la zarandeo, cerró las piernas. Por instinto supo que aquella era una línea de intimidad que era peligroso traspasar, pero ¿cómo decirle que no? ¿Cuántas veces le había dicho su madre que no debía decirle que no a nada, que en la alcoba debía tomar lo que le ofreciera y darle lo que le pidiera?

Amadeo debió de darse cuenta porque volvió a subir hasta sus pechos a base de besos, y cuando succionó su pezón, sus pensamientos quedaron hechos pedacitos de nuevo.

Un pequeño trocito de cielo, eso era cuanto pudo permitirse antes de cerrar los muslos. Apenas un destello de un calor embriagador que tenía que provenir del cielo.

Aún no estaba lista. Por mucho que desease hundir la cara entre sus muslos y llevarla hasta el orgasmo con la lengua, era demasiado pronto para ella, pero no pasaba nada. Tenía el resto de la vida para conseguir abrir su pensamiento y su cuerpo a los placeres de la carne.

Entonces la vio abrir los ojos, y lo que encontró en ellos hizo que la erección que había estado conteniendo por el bien del placer de Elsbeth palpitase dolorosamente. Porque lo que descubrió fue un reflejo de su propia necesidad. La besó, y ella gimió en su boca. Entonces lo sintió: un roce lento, explorador, de su mano en la espalda, y el movimiento de sus piernas rozándose con las suyas, lo que para su esposa era una invitación descarada. En un solo movimiento, se hundió en ella, gimiendo.



«Así que esto es lo que se siente haciendo el amor...».

Elsbeth cortó el pensamiento. No debía caer en la trampa de creer que tenía algo que ver con el amor. Así era como había soñado que sería su noche de bodas, pero para eso ya era tarde. De ser aquella su noche de bodas, se enamoraría de él. Pero debía resistir, aunque era difícil estando sus cuerpos fundidos, con el sabor de su boca en la propia, con sus gemidos de placer reverberando en los oídos.

Todos sus sentidos estaban llenos de él. El placer era demasiado intenso para ser capaz de contenerse, así que rodeó su cintura con las piernas para sentir aún más dentro su sexo, cerró los ojos y se entregó por completo al placer que solo Amadeo podía proporcionarle.

Por primera vez en su vida, Amadeo no quiso dejarse ir. Aquello era demasiado bueno, demasiado... Dio, nunca había experimentado nada parecido. Éxtasis en cada movimiento. Éxtasis en cada roce de su mano, en cada beso. No quería, pero no pudo esperar más, estando la boca de Elsbeth ardiendo en su cuello y las contracciones de su clímax arrastrándolo tan dentro de ella que no podía decir dónde empezaba Elsbeth y dónde terminaba él, los gritos de su éxtasis reverberando en sus oídos.

Con un último movimiento, se dejó arrastrar.

Elsbeth trató de respirar. Trató de reunir sus pensamientos dispersos. Trató de impedir que su corazón romántico se uniera a ese otro que latía en el pecho que estaba tan pegado al suyo que bien podían ser uno solo. ¿Cuánto tiempo habían permanecido así, las mejillas unidas, su respiración entrecortada acariciando su pelo?

No sabía si quería reír o llorar. Había sido hermoso. Todo lo que había deseado desde siempre para su noche de bodas. Por primera vez en su vida se había sentido adorada, pero era todo una mentira y, en cualquier momento, Amadeo se levantaría y se marcharía. Podía pedirle que se quedara, pero no iba a hacerlo. No podría soportar el rechazo.

Y entonces ocurrió: se dejó caer y quedó tumbado boca arriba, sumiéndola en el tremendo vacío que sobrevenía siempre después del sexo. ¿Por qué había tenido que hacerlo tan bien? ¿Por qué había actuado como si le estuviera haciendo el amor, sabiendo ambos que la despreciaba? Unas lágrimas hirvientes se apelotonaban detrás de sus ojos, pero apretó los dientes para contenerlas. Pronto estaría sola.

Amadeo, aún con la respiración agitada, se volvió a mirarla. aún siempre, la vio tumbada plácidamente, con las manos entrelazadas sobre el vientre. No dejaba de sorprenderle cómo se hacía la muerta después. Era como si accionase un interruptor y, una vez cumplido con el deber destinado a la procreación, se empeñase en dejarle bien claro que su presencia en aquella cama ya no era requerida. ¿Qué parte de esa interpretación sería falsa? Y, si era una máscara, ¿qué se ocultaba detrás?

No entendía por qué sentía tanto deseo de saber qué se cocía en la cabeza de Elsbeth. En realidad, no le importaba lo que pensara... bueno, un poco sí, pero solo para saber que no era infeliz. Cualquier hombre haría lo mismo. Como su padre solía decir, una esposa infeliz era igual a una vida infeliz. Dudaba que llegase un momento en que fuera feliz por haberse casado con ella, pero eso no era culpa de Elsbeth, que había tenido una vida infeliz ya antes de casarse con él. Según habían acordado, tendría que irse ya, pero había algo que necesitaba decir antes:

—Lo que has dicho antes sobre el camisón y tu madre... Elsbeth, yo no sé qué consejos te daría antes de que nos casáramos, pero necesito que entiendas que yo no soy tu amo y señor. Tu objeto en la vida no es complacerme. Entiendo que tu vida aquí es distinta de la que llevabas antes y que te está costando acostumbrarte, pero te digo muy en serio que no me debes nada más que las obligaciones que tenemos el uno para con el otro y la monarquía. Los dos tenemos el deber de presentarnos ante el mundo de un modo que represente a la familia real de Berruti, y de comportarnos de un modo que no avergüence a nuestro país, pero lo que hagamos y cómo nos comportemos en la intimidad del castillo es una elección personal, tanto para ti como para mí.

Dicho esto, se sentó en el borde de la cama y estaba a punto de levantarse cuando ella habló:

—Amadeo, yo nunca he podido decidir nada hasta que vine aquí. Nada. Me educaron en un lugar en el que los hombres tenían poder absoluto sobre las mujeres, y mi padre tenía un control absoluto sobre mí. La única ocasión en que se pidió mi consentimiento para algo fue para nuestra boda, y solo porque Gabriel insistió en ello.

Gabriel, el marido de Alessia, el hombre encargado de las negociaciones, que se había negado a seguir adelante sin contar con el consentimiento explícito de Elsbeth.

—No sabía lo mucho que deseaba salir de allí hasta que se presentó la oportunidad de hacerlo —añadió tras un breve silencio—. Habría

accedido a casarme con quien fuera con tal de salir de aquel palacio. Vivir allí es horrible, y ha empeorado mucho desde que Dominic se hizo con el trono. Es un hombre narcisista y brutal. Todo tiene que girar en torno a él, y como es un ser cruel, los demás siguen su ejemplo y hay toda una cultura de la crueldad y la humillación. Disfrutaba tanto con ver a otros comportarse con crueldad como ejerciéndola él mismo.

Amadeo se volvió a mirarla. Sus palabras le ardían en el vientre.

—¿Fue cruel contigo?

—No. O no tanto como con otras. Yo le gusto. O lo que le gusta de mí es mi silencio y mi obediencia. Mi padre es su tío y su consejero más próximo, y yo soy como una mascota para él —sonrió con amargura—. Una mascota aterrada a la que patear cuando se le antoje. Me eligió como tu esposa porque, de todas las mujeres de la Casa Fernández, yo era la más débil, maleable y, además, virgen. Con mi padre, jamás he tenido la ocasión de ser otra cosa que virgen, créeme. En su opinión, y en la de Dominic, las mujeres somos zorras o madonnas, y dio por sentado que tú compartirías su opinión y que estarías encantado de que te hubieran regalado algo tan valioso.

El estómago se le revolvió, aunque ya sabía todo aquello. ¿Acaso no le habían puesto delante de las narices la virginidad de Elsbeth con la misma naturalidad con que podrían haberle ofrecido un unicornio? Lo sabía, sí, pero no lo había comprendido en su totalidad hasta que ella se lo había explicado así.

—Mi primer recuerdo de mi padre es abofeteando a mi madre por haberle contestado. Recuerdo a Dominic pasando al lado de Catalina y pellizcándola por placer. Disfrutaba haciéndole daño. No quiero ni imaginar lo que habría sufrido de seguir en Monte Claro cuando él ascendió al trono —se colocó de costado para mirarlo, y lo hizo con una intensidad desconocida—. Tienes que comprender que allí, los hombres tienen todo el poder, y yo siempre he sabido que para sobrevivir, tenía que mantener la boca cerrada y obedecer. Nunca he sido tan valiente como mi madre, que es una mujer fuerte que siempre me ha protegido, y aunque ahora sé que muchas de las cosas que me enseñó están equivocadas en el caso de nuestro matrimonio, tenía buenas razones para hacerlo así. No podía imaginar que tú ibas a ser distinto de los hombres de Monte Claro, y yo no me atrevía a esperar más.

—¿Y ahora lo piensas? —quiso saber—. Quiero decir que si piensas que no soy como ellos.

Después de una pausa que para él fue irresistiblemente larga, Elsbeth asintió.

—Sí, lo pienso. Lo que pasa es que resulta difícil deshacerse de las viejas costumbres, y me he pasado veinticuatro años pensándome dos veces cualquier palabra que fuese a pronunciar, o cualquier cosa que quisiera hacer.

El alivio de Amadeo fue indescriptible.

No era un hombre perfecto, por supuesto. Podía ser impaciente, arrogante, manipulador, exigente. Era muy consciente de su dignidad como parte de la familia real, y se ofendía rápidamente si no se le trataba con la deferencia requerida. Había exigido que sus hermanos se casaran teniendo en cuenta el bien de la monarquía, pero sus matrimonios habían sido un éxito. Y dejaría que lo quemasen en la hoguera antes que ponerle un dedo encima a una mujer.

—Si Dominic o mi padre supieran que el atributo que ellos tenían en más alta estima en mi persona era lo que tú más odiabas en mí... —se rio.

—Yo no te odio —replicó, depositando un beso en el dorso de su mano—. Recuerda que no tienes obligación de complacerme ni de obedecerme. En la intimidad de los muros de este castillo, vive como quieras, viste como quieras, di no cuando quieras decirlo, llévame la contraria y da tu opinión sin temor a las consecuencias. Puede que no siempre me guste lo que tengas que decirme y viceversa, pero no debes temer decirlo.

—Gracias —respondió en voz baja.

—No tienes por qué dárme las —replicó él, bajando también la voz.

«No me hagas esto», suplicó en silencio. «Si te vas a marchar, márchate. No lo alargues. No me lo pongas más difícil».

Pero los labios le temblaron al notar su aliento tan cerca. Iba a volver a besarla y, por mucho que desease estar de nuevo en sus brazos y sentir otra vez todas aquellas gloriosas sensaciones, en aquel momento su corazón estaba demasiado hinchado y vulnerable para correr el riesgo de abrirse aún más a él. Tenía que asimilar la libertad que acababa de darle. Confiar en que de verdad le pertenecía y pedirle que se marchara.

Entonces ocurrió: sus bocas se fundieron y cualquier pensamiento que condujera a que abandonase aquel dormitorio se evaporó, y se rindió de inmediato a la magia de sus caricias.

## *Capítulo 10*

**A**MADEO se despertó sobresaltado.

Por la poca luz que se filtraba en la habitación, empezaba a amanecer. No recordaba haber apagado la luz de su mesilla. Técnicamente, no era su mesilla, sino la de Elsbeth. Porque aquella era su cama, en su alcoba, y era su cálido cuerpo el que dormía a su lado; era su cadera donde reposaba su mano y su respiración el único sonido que llegaba a sus oídos.

Dio, había hecho el amor con ella una segunda vez. Según su acuerdo, compartirían cama cada sábado por la noche hasta que concibieran un niño. Hasta que se levantara el sol, podía interpretarse como la noche de sábado y no la mañana del domingo. Era hora de volver a sus habitaciones.

Desenredarse de su cuerpo resultó la tarea más dura del mundo. Con cuidado de no despertarla, se levantó de la cama, se puso los pantalones y, con el resto de la ropa en los brazos, la miró por última vez antes de marcharse.

Solo cuando oyó cerrarse la puerta, abrió los ojos.

«¡Tonta, más que tonta! ¿Por qué no le pediste que se marchara cuando tuviste la oportunidad?».

Tragándose las lágrimas, apretó la almohada de Amadeo contra el pecho.

Sébastien le estaba explicando cómo su equipo había conseguido reducir el tiempo de parada en boxes a dos segundos. En condiciones normales, nada le gustaría más que oír hablar a su amigo del colegio de las proezas de ingeniería que alcanzaba su equipo. El calendario de carreras les daba un descanso de dos semanas, así que estaban de vuelta en Ceres. Pero aquella mañana, las palabras de Sébastien se quedaban flotando sin conseguir penetrar en su cerebro, demasiado lleno de la mujer con la que

había dormido aquella noche para que hubiera sitio para algo más. Sus venas también estaban saturadas de sensaciones, un permanente recordatorio de lo que habían compartido.

¿Pero qué habían compartido? ¿Un sexo espléndido? Esa no era razón para convertirse en un zombi. Tenía que deberse a lo que Elsbeth le había confiado sobre su vida en Monte Claro, porque la imagen constante de su rostro en los ardores del éxtasis se hacía acompañar de un deseo intenso de estrellar el puño en la cara del rey de Monte Claro.

Menos mal que su país era una monarquía constitucional y el poder de su familia era muy limitado en su isla, que si no, convocaría a las fuerzas especiales para encontrar el modo de derrocar a semejante bastardo. Nunca antes había tenido fantasías violentas, y le resultaban tan inquietantes como el impulso de dar por acabado el día y volver directo a la cama de Elsbeth.

El lunes por la mañana Amadeo estaba en el balcón de su habitación, con una taza de café en la mano, viendo salir el sol.

El vello de la nuca se le erizó antes de verla aparecer en el jardín. Con el pecho constreñido, se bebió la imagen de aquella rubia de cabello alborotado, envuelta en una bata corta de color esmeralda. Su pene reaccionó al imaginar que no llevase nada debajo.

¿Había notado su presencia, o habría salido con la esperanza de verlo? Fuera como fuese, apenas había dado diez pasos sobre la hierba con los pies descalzos cuando se volvió. Qué salto le dio el corazón al encontrarse con su mirada. ¿Por eso había salido tan temprano al balcón? ¿Por eso se había despertado aún más temprano? ¿Porque esperaba verla?

Aquello empezaba a ser ridículo. Había dado por sentado que hacer el amor con ella el sábado aplacaría su ardor, y no que lo empeoraría hasta el punto de hacerle parecer un adolescente lujurioso. Esa idea le abrió una puerta a la esperanza. Cuando era un adolescente desbordado por las hormonas, el capricho del momento nunca tardaba en desaparecer, y nunca había permitido que esos enamoramientos momentáneos lo controlasen. Eso ocurriría también con Elsbeth. Durmiendo con ella no había roto ninguna regla. Solo había sentado un nuevo precedente.

Decidido, alzó una mano a modo de saludo.

Pasó un momento y ella contestó levantando también la mano. Más tiempo pasó hasta que la vio alzar los hombros y dirigirse hacia él. Pero no llegó a su lado, sino que desapareció en sus habitaciones.

No habían sido las severas recomendaciones de su madre respecto a que una princesa jamás debía dar el primer paso lo que había impedido que Elsbeth subiera las escaleras para llegar a Amadeo, como tampoco lo era el acuerdo, sellado a instancias de su esposo, de que llevaran vidas separadas dentro de los muros del castillo. Tampoco lo era el hecho de que, después de más de un mes de matrimonio, aún no la hubiera invitado a subir, sino la explosión que había experimentado en el corazón al verlo lo que la había aterrado. Aquellos sentimientos no tenían cabida en un matrimonio como el suyo, y necesitaba controlarse rápidamente. Una noche de buen sexo, confidencias y horas abrazados en la misma cama no cambiaba los fundamentos de su vida en común. Que Amadeo la deseara no implicaba que quisiera más de ella. Se lo había demostrado escabulléndose de su cama sin susurrarle una despedida y pasando el domingo en el circuito.

No debería dolerle, pero lo hacía, y mucho. Y todo era culpa suya por no pedirle que se marchara cuando sabía lo vulnerable que era su corazón en aquel momento.

La reunión el miércoles en el despacho particular de la reina era el primer encuentro de familia al que Elsbeth había sido invitada. El nerviosismo que se había apoderado de ella desapareció enseguida ante la buena acogida que le dispensaron sus suegros.

—¿Qué tal te ha sentado el descanso de compromisos oficiales? —le preguntó Amadeo, sentándose a su lado en la mesa oval.

—Muy bien, gracias.

Su voz sonaba normal. Menos mal. Se había pasado gran parte del lunes con el jardinero del castillo, haciendo planes de cómo transformar su jardín privado en algo que se pareciera a un jardín campestre inglés, y el martes leyendo sobre la historia del castillo, que le resultaba fascinante y que se extendía a lo largo de varios siglos.

—¿Y tú? ¿Lo pasaste bien el domingo en el circuito?

Si le sorprendía que supiera dónde había estado, no lo dejó traslucir.

—Sí, la verdad. Gracias.

La secretaria de la reina Isabella, la de mayor rango entre todas las secretarías particulares, pidió atención y la reunión comenzó.

¿Desde cuándo le gustaba el perfume que usaba Elsbeth? Se había sentido rodeado por su delicado aroma desde el momento mismo en que se sentaron a la mesa, y tenía que controlarse para no respirar hondo a cada inspiración.

Una cosa era tener fantasías con ella cuando iban y venían de un compromiso a otro, y otra tener que pelear para no tener una erección en mitad de una reunión familiar. ¿Cuántas veces les había reprochado a sus hermanos que no contribuyeran lo suficiente a esas reuniones? Apretó los dientes y se esforzó por centrarse en el tema que les preocupaba en ese momento: las visitas de estado del próximo año y cómo se las repartirían. No le sorprendió que todos se consideraran los más adecuados para representar a su país en la visita de una semana de duración a la isla caribeña de Bandhi, que celebraba su segundo centenario de independencia. Elsbeth estaba muy concentrada, intentando entender lo que decían. No se lo ponían fácil, ya que hablaban todos a la vez. Si alguien se merecía una semana en el Caribe era ella. Bastó con ese pensamiento para imponer su autoridad y reservar para él esa visita.

Haciendo caso omiso de las protestas de sus hermanos, le dio los detalles a Elsbeth y le fue muy gratificante ver cómo le brillaban los ojos. A continuación, la discusión pasó a ser sobre una visita a otro país conocido por tener un clima espantoso.

Pasó una hora más antes de que pudieran dar la reunión por terminada, pero cuando aún no se habían levantado de la mesa, su madre se quitó las gafas de lectura y miró a sus tres hijos antes de decir:

—Hay un asunto más que hablar antes de que os vayáis. El rey de Monte Claro ha anunciado su intención de asistir al Gran Premio del mes que viene, cuando...

—¿Aquí, en Ceres? —interrumpió Amadeo bruscamente.

—Sí —replicó con firmeza su madre—. Y, como todos sabemos, el protocolo dicta que le ofrezcamos nuestra hospitalidad.

—No —espetaron Marcelo y Amadeo al unísono.

Su madre era una mujer menuda a la que ambos hijos sacaban cerca del medio metro, pero lo que le faltaba en estatura, le sobraba en autoridad.

—Me alegro de que compartáis el mismo sentimiento hacia ese hombre, pero ¿es necesario que os recuerde a los dos que os casasteis para evitar una guerra de comercio y diplomática entre nuestros dos países? Si no nos ofrecemos a alojarle, podría interpretarlo como un gesto de hostilidad, lo que nos devolvería a las antiguas rencillas.

—No quiero a ese animal a menos de cien kilómetros de Clara —sentenció Marcelo—. Ya tuvimos que alojarlo para la boda de Amadeo y para esa ridícula fiesta de preboda. Hemos hecho más que suficiente.



—Ya he dado instrucciones a mi equipo de que le curse una invitación para alojarse en el castillo —hizo saber su madre con voz rotunda—. Volará el domingo por la mañana para ir directamente a las carreras. Después vendrá al castillo, donde se le ofrecerá un banquete como invitado de honor, y volverá a su país a la mañana siguiente. Solo tendremos que sufrir su presencia una noche —miró directamente a Clara, a quien Marcelo había estado traduciendo furioso las palabras de su madre, y añadió—: Lo siento. Sé que es duro para ti. Clara se encogió de hombros.

—Lo comprendo —dijo, y con una sonrisa, añadió—: intentaré no clavarle un cuchillo por accidente.

—Yo también lo intentaré —la apoyó Alessia.

—¿Y tú, Elsbeth? —preguntó Clara, riéndose—. ¿También intentarás no acuchillarlo?

En cuanto terminó la reunión, Amadeo tomó por el brazo a Elsbeth y la hizo pasar a un despacho vacío. Parecía muy perturbado. Era la primera vez que veía aquel brillo salvaje en su mirada.

—¿Has entendido lo que se ha dicho en la reunión?

—¿Lo de que Dominic viene a Ceres?

—El plan es que venga al Gran Premio. Luego asistirá al banquete que ofrecemos todos los años para los equipos y sus familias, y pasará la noche en el castillo como invitado de honor.

—Sí, es lo que había creído entender.

—No tienes más que decirlo, y lo impediré.

Sonrió conmovida por su gesto.

—Si Clara puede aguantar verlo aquí, yo también. Al fin y al cabo, te casaste conmigo por el bien de la convivencia entre nuestros países, ¿no?

Estuvo a punto de contestarle que era el mismo motivo por el que ella se había casado con él, pero no lo hizo. Elsbeth se había casado con él porque no tenía otra elección. ¿Y le extrañaba que se vistiera como una virgen dispuesta para el sacrificio? ¿Cómo podía considerar que se había casado libremente, cuando la alternativa era la dominación?

Dominic y su padre la habían vendido al mejor postor, y él había sido ese comprador. Por suerte, ella se había sentido atraída por él y estaba satisfecha con su nueva vida.

—Lo mantendré alejado de ti —prometió.

—No es necesario, de verdad —dijo, tomando su mano y apretándola—. A mí, Dominic nunca me ha hecho daño, y nunca lo haría delante de cientos de personas. No vamos a echar a perder todo lo que Marcelo, Alessia y tú habéis conseguido con vuestros matrimonios. No lo merece.

Entonces contempló un instante sus manos unidas y, sonrojándose, le soltó y dio un paso atrás alisando las inexistentes arrugas de la falda de su sencillo vestido.

La mano le ardía y los dos se miraron en un extraño y tenso silencio. El impulso de empujarla contra la pared más cercana y deshacerse de la ira que lo infectaba en la dulzura de sus besos fue tremenda. ¿Había algo sobre la faz de la tierra tan dulce como aquellos labios?

Dio un paso para acercarse a ella y Elsbeth contuvo el aliento. Sus ojos se oscurecieron y el color de sus mejillas se volvió más intenso. Amadeo era incapaz de apartar la mirada de aquella boca divina por la que la suya se hacía agua...

La puerta del despacho se abrió y entró el secretario de prensa.

—Disculpen...

El hombre se había quedado de piedra al ver quién se ocultaba allí.

Amadeo dio un paso atrás y contuvo las ganas de echarle de su propio despacho. —No tiene de qué disculparse.

Sostuvo abierta la puerta para que Elsbeth saliera, y al hacerlo, otra nube de su perfume lo envolvió. El deseo de llevársela a la cama más cercana fue fuerte. Demasiado fuerte. Todo lo que estaba sintiendo en aquel momento era demasiado fuerte.

—Me voy al gimnasio —le dijo con toda la calma que le fue posible al llegar a la sala que compartían para audiencias.

Su matrimonio se regía por unas reglas acordadas, buenas y razonables, que él mismo había impuesto, y no iba a romperlas por algo tan efímero como la lujuria. Pero el modo en que lo miraba le ponía al borde del precipicio, empujándolo a olvidarse de esas reglas, cargarla al hombro y llevársela a la cama. Sin embargo y, al mismo tiempo, era la forma como deslumbrada que tenía de mirarlo lo que le hablaba de un corazón tierno, un corazón que él haría lo que fuera por proporcionarle felicidad, y el viaje al Caribe era solo el principio. Pero lo que no iba a hacer era empujarla a pensar que su matrimonio podía ser más de lo que aquellas reglas definían.

## *Capítulo 11*

**N**UNCA el tiempo había pasado tan despacio para Elsbeth como aquellos días.

Dos días de actos oficiales que pasaron con una desesperante lentitud. Solo era capaz de pensar en Amadeo, y estar encerrada con él en un coche, quemándole la piel con la mirada, constantemente, desnudándola con los ojos, constantemente, derritiéndole los huesos, constantemente, era demasiado.

Amadeo había encendido algo en ella en la última noche que habían pasado juntos, lo había alimentado en aquel intervalo en el despacho del secretario y ahora no sabía cómo desactivarlo. ¿A quién le preocupaba protegerse el corazón cuando apenas podía caminar de deseo? Ojalá la hubiera besado. Ojalá se la hubiera llevado a cualquier parte para hacerle el amor. Así quizás el ardor que borboteaba en su interior habría quedado saciado y habría dejado de hervir cada minuto de cada hora.

En aquel momento eran las dos de la madrugada y estaba completamente despierta, con el corazón desbocado y la pelvis incendiada. El sábado había llegado por fin, y aquella noche volvería a hacerle el amor.

Cuando el sábado por fin amaneció, Amadeo se sentía como una caja de pólvora a la que se le estuviese acercando una llama lentamente.

En cuanto se despertó, se puso unos vaqueros y salió a la terraza. Diez minutos de espera, y ni rastro de Elsbeth. ¿Dónde se habría metido? Cada mañana de aquella semana la había visto salir al césped del jardín. Una vocecilla interior le había dicho que no debía dejarse ver. Que necesitaba aquellos momentos para disfrutar de su belleza en la intimidad antes de empezar el día.

Desde aquel momento en el despacho del secretario de prensa, enfrentarse al día había supuesto librar una batalla titánica consigo mismo.

Ardía de deseo. Literalmente. Era incapaz de saciarse de aquel perfume que antes tanto detestaba. Cuando se dirigían a sus diversos compromisos, cada inhalación de ese aroma se le iba directo al vientre. Era increíble la intensidad de la necesidad que sentía de ella.

Ella también lo deseaba. Lo había visto escrito en su expresión en aquel momento de locura. Y en aquellos dos últimos días, a pesar de su lenguaje corporal, sus ojos no podían ocultar su deseo. La compostura que llevaba como una capa de hierro había empezado a escurrirse de sus hombros. Con qué ganas se la arrancarían para verla perder los últimos vestigios de control y poder perderse en ella.

El impulso fue más fuerte que él. Tal y como estaba, descalzo y sin camiseta, bajó rápidamente las escaleras de su terraza y llamó con los nudillos a la cristalera de Elsbeth.

Diez segundos, y volvió a llamar. Y otra vez.

Una sombra apareció al otro lado del cristal antes de que la puerta se abriera. Un guardia armado apareció ante él, lo miró, y ruborizado, se deshizo en excusas.

—No pasa nada —lo tranquilizó, una vez el hombre le explicó que estaba de guardia en el salón común y que, al oír golpes en la puerta a las seis de la mañana, había cumplido con su obligación—. Me alegro de que estés tan alerta cuidando de la seguridad de la princesa. ¿Dónde está?

—En su habitación con Gregor.

Gregor era el otro hombre del equipo de seguridad.

—Bien. Puedes volver a tu puesto. Habla con Gregor y dile que todo está en orden.

Amadeo entró en el salón de diario al que, por cierto, le habían añadido un sillón rojo oscuro, seguramente sustituyendo a otro rosa, y salió al corredor al mismo tiempo que Gregor salía de la habitación de Elsbeth hablando por el walkie-talkie. Detrás apareció Elsbeth, con un camisón negro corto que mostraba sus magníficas piernas de piel dorada.

Al verlo, se paró en seco. Con el pelo revuelto y los ojos de sueño, la habría devorado entera.

—Creía que te solías levantar temprano —dijo.

—Es que me costó trabajo dormirme —contestó en voz baja.

—¿Y eso?

El rubor que subió a sus mejillas fue una delicia y supo, sin sombra de duda, que lo que le había dificultado el sueño era exactamente lo mismo que a él le había despertado antes del alba. Sábado. Era su día. Y ambos lo esperaban con la misma expectación. Tenían todo el día para ellos si querían sin transgredir ninguna norma. Un día entero para saciar su apetito.

Su erección, libre al fin de las cadenas con que la había venido controlando los últimos días, palpitó dolorosamente, y le ofreció la mano.

Elsbeth no se podía mover. Estaba agotada. Las piernas eran de gelatina, la pelvis, de lava. Amadeo seguía dentro de ella, la cara oculta en su pelo, la respiración rota.

No podía creerse lo que acababa de pasar. Cómo se había sentido cuando su marido la había tomado en brazos y la había lanzado a la cama para dar rienda suelta a su pasión por ella. Había sido como despertarse de un maravilloso sueño para descubrir que el sueño era realidad.

En aquel momento la miró en silencio, y una sonrisa comenzó a formarse en sus labios.

—¿Desayunamos en la cama?

Qué maravilla... no iba a marcharse.

—Genial —continuó él después de que ella asintiera—. Me muero de hambre. ¿Qué tal si nos duchamos juntos mientras esperamos?

¿Ducharse con él? ¿Que pudiera verla completamente desnuda bajo la luz brillante del baño? Una semana antes, habría obedecido sin rechistar para complacerle, pero en aquel momento tuvo que tragar para que se deshiciera el nudo que tenía en la garganta y poder contestarle:

—Creo que no estoy preparada para eso.

Amadeo sonrió y se encogió de hombros.

—No pasa nada. ¿Te duchas tú primero, o voy yo?

—Lo siento.

—Nunca te disculpes por decir que no —la reprendió, sujetando su barbilla con la mano para que lo mirara a los ojos—. ¿Vas tú o voy yo?

—Tú.

—Entonces, pide tú el desayuno. Dile a la cocina que yo tomaré lo de siempre.

El alivio que sintió fue tan intenso que su corazón recuperó el ritmo normal.

—Gracias —le dijo, poniendo una mano en su mejilla.

Amadeo depositó un beso en su palma y la besó en la boca antes de levantarse. Con su acostumbrada desinhibición, entró desnudo al baño y al poco, oyó el agua correr.

Elsbeth cerró los ojos y se llevó al corazón la palma que él le acababa de besar.

Les llevaron el desayuno a la alcoba de Elsbeth, y ambos se acomodaron en la chaise longue que ocupaba un rincón de la habitación. Era increíble que fuese tan temprano, que estuviera compartiendo el desayuno con su marido mientras él le hacía preguntas sobre sus planes para el jardín, ambos apenas vestidos, y que se sintiera tan bien.

¿Sería posible que su corazón se estuviera abriendo a ella como el suyo a él? Ya no sentía que lo irritaba o que la detestaba, pero mejor disfrutar del momento y no soñar con más.

—¿Te acuerdas de lo que estuvimos hablando la semana pasada? Lo de tu madre, quiero decir.

Qué lejos quedaba ya aquella tímida y asustada desconocida. El entusiasmo que derrochaba hablando de las flores que quería cultivar y del invernadero que iban a construir resultaba fascinante. Pero no todas sus barreras habían quedado desmanteladas. La capa no se había caído del todo.

—Me refiero a lo de complacerme. Te dijo que siempre me complacieras en la cama, ¿no?

Estaba tomando un sorbo de té y sus mejillas se colorearon antes de que asintiera.

—¿Qué fue lo que te dijo exactamente?

—Que la esposa de un príncipe es un objeto para su placer —confió en voz baja.

—Recuéstate, cierra los ojos, piensa en Monte Claro y déjame hacerte lo que yo quiera.

Nunca antes había visto arder su semblante de aquella manera, pero mirándolo a los ojos, asintió.

—¿Nunca te dijo que debías sentir placer tú también?

—Me dijo que algunas mujeres afortunadas recibían placer de sus maridos, pero que yo no debía esperarlo o pedirlo.

Dejó la taza sobre su plato y él se lo quitó de las manos para dejarlo junto al resto de su desayuno. Luego le preguntó:

—¿Alguna vez te has dado placer tú misma?

Elsbeth abrió de par en par los ojos y, llevándose las manos a las mejillas, negó con la cabeza.

—No hay de qué avergonzarse —la reconvino, acercándose.— El placer no es algo de lo que haya que avergonzarse —buscó el cinturón que le sujetaba la bata de seda a la cintura y deshizo la lazada—. Pedirlo tampoco debe darte vergüenza —atrapó entre los labios su pezón endurecido y oyó un suave gemido—. Pero para saber qué es lo que más placer te da, tienes que entender los fundamentos de lo que funciona para ti.

Soltó la toalla con la que se cubría y, besándola en los labios, se tumbó junto a ella.

Elsbeth no apartó la mirada de sus ojos ni un segundo, ni siquiera cuando tomó su mano para colocársela en el pubis, o cuando con la suya propia rodeó su erección.

Lentamente, fue moviendo la mano arriba y abajo. Su voz se volvió más ronca, y se acercó más a ella para decirle:

—¿Ves lo que estoy haciendo? No hay nada de malo en darse placer a uno mismo. Es el mejor modo de aprender.

Elsbeth se sentía casi drogada de excitación. Era la sensualidad de su voz, el calor de su mirada. Casi le daba miedo mirar lo que se estaba haciendo. Dios, se estaba masturbando. Sin dejar de mirarla a los ojos, se estaba masturbando.

—No tienes que tocarte —le susurró—. No tienes que hacer nada. Si te sientes incómoda y quieres que pare, paro. ¿Quieres que lo deje?

Su cabeza negó como por voluntad propia.

—¿Te excita? —le preguntó, rozándose sus labios.

¿Excitarla? Jamás en su vida había visto algo tan erótico. En realidad, ni siquiera lo había soñado. Con el corazón en la boca y la piel sudorosa, movió sus dedos hasta que con el índice se tocó el clítoris inflamado, y soltó un grito de sorpresa.

—Mio Dio, eres tan sexy.

Volvió a tocar el punto del que emanaba todo su placer y, puso toda la mano allí. Aquel placer era tan distinto a lo que sentía cuando Amadeo estaba dentro de ella y, sin embargo, viendo cómo la miraba, resultaba incluso más íntimo. Nunca se había imaginado que llegaría a mirarla así, como si pudiera mirarla durante mil años y siguiera deseando hacerlo.

—Dio, no tienes ni idea de lo mucho que deseo saborearte.

—Pues hazlo.

¿Esa era su voz? Tampoco le pareció que fuera su cuerpo el que él fue recorriendo con los labios, pero la sensación estaba por todas partes como una nube densa y pesada que la rodease.

Fue sentir el roce de su lengua en el lugar que ella más lo deseaba, y sus pensamientos se disolvieron en la nube. Y cuando llegó el relámpago, su fuerza la hizo gritar al tiempo que se rompía en mil pedazos.

Elsbeth abrió los ojos y el corazón se le llenó de tristeza. Se estaba haciendo de noche y Amadeo de marcharía. Desaparecería el peso de su brazo sobre su vientre, la pierna entrelazada con la suya, la boca en su pelo. Todo desaparecería. El día más mágico de su vida acabaría.

Deseó poder contarle a su madre hasta qué punto estaba equivocada, pero eso sería cruel. A menos que algo le ocurriera a Dominic, su madre nunca podría dejar a su padre. Nunca conocería las delicias que podían regalarle las caricias de un hombre. Un efecto más potente que el del mejor de los champanes, y más adictivo que cualquier narcótico.

Ahora sí que no sabía cómo iba a poder protegerse el corazón.

Perdida estaba en esos pensamientos cuando notó una especie de pesadez en el abdomen. Conteniendo la respiración, se concentró en ello, pero apretó los dientes al sentir llegar el primer calambre.

«¡Oh, no! No, por favor. ¡No!».

Otro calambre, y la pesadez se extendió. No tan intensos como los que siempre había tenido antes de la medicación, pero inconfundibles.

Respiró hondo y con cuidado de no despertar a Amadeo, se levantó de la cama, fue al baño a tomarse los analgésicos y se metió en la ducha. Cuando el agua caliente cayó sobre su cuerpo, también cayeron sus lágrimas, y no salió de la ducha hasta que estas cesaron.

Envuelta en la toalla, limpió el vaho del espejo y vio en él su tristeza. El mejor día de su vida había tenido el peor final posible. Cuando consultó con el médico, le había preguntado cuánto tiempo podría tardar en



concebir, y él le había explicado que podía ser cuestión de meses o de años.

Amadeo estaba despierto y recostado contra el cabecero cuando volvió, y su sonrisa perdió el brillo al verla.

—Me preguntaba qué te retenía tanto tiempo —dijo—. ¿Ha empezado?

Ella asintió, temiendo echarse a llorar. Ni siquiera sabía por qué había llorado antes. Entonces Amadeo apartó la sábana y palmeó el espacio a su lado, y supo que, con ese gesto, sus lágrimas ya tenían sentido, porque estaba convencida de que el periodo haría que Amadeo no quisiera quedarse. Y no quería que se marchara.

Se tumbó a su lado y se dejó abrazar, consolada por la fuerza de su cuerpo masculino, y deseó con todo su corazón que su compañía no le llenara de aquella manera.

Irse de una cama nunca había sido tan difícil.

No había planeado pasar la noche de nuevo con ella, pero es que tampoco había planeado pasarse todo el día haciéndole el amor. No podía saciarse. Elsbeth era el afrodisiaco más adictivo del mundo. Pero su día y su noche juntos había terminado.

—Tengo que irme —le dijo, apesadumbrado, besándola en la sien

Elsbeth abrió los ojos y asintió.

—Yo... —estuvo a punto de pedirle que comiera con él. Y que cenaran juntos también—. Nos vemos pronto.

Un nuevo asentimiento.

Demonios... un beso rápido en la boca, y se levantó.

Subiendo las escaleras a su habitación sintió que el peso que llevaba sobre el pecho crecía y crecía.

Elsbeth abrazó su almohada, pero no lloró. Amadeo se había quedado con ella toda la noche, y se había despedido con un beso. Y había visto en sus ojos que no quería marcharse. ¿Debía atreverse a esperar... a suponer que sus sentimientos estaban tomando la misma dirección que los suyos?

## *Capítulo 12*

**N**UNCA había estado tan excitada como cuando se preparaba el sábado siguiente. Ni siquiera el día de su boda se había sentido así. Había demasiadas cosas que temer entonces.

Iban a asistir a una fiesta, un evento que organizaba un amigo millonario de Amadeo, que acababa de comprarse una calle, literalmente, en el centro de Ceres para hacerse una mansión, y quería enseñarla. Clara y Marcelo, y Alessia y Gabriel iban a asistir también. Alessia no solía estar en Ceres los fines de semana, ya que preferían pasar su tiempo libre en la casa que Gabriel tenía en Madrid, pero para la ocasión habían decidido quedarse.

Pero lo mejor llegaría cuando volviesen de la fiesta y Amadeo se quedara en su cama, que era lo que había ocurrido el viernes por la noche, después de una cena en la embajada italiana a la que él le había preguntado si le gustaría acompañarlo. Apenas habían cerrado la puerta en sus habitaciones cuando se habían arrancado la ropa. El sol del amanecer la acompañó en el clímax más hermoso del mundo, justo un momento antes de volver a quedarse dormida en sus brazos. Apenas hacía dos horas que se había marchado de su cama.

Empezaba a vivir solo para hacer el amor con él. Imposible saciarse. No podía ser más diferente de la tímida novia que habría sido capaz de vivir en una pocilga con tal de salir de Monte Claro. Una mujer que se habría puesto sin dudar aquel vestido modesto que colgaba de una percha y que la esperaba para aquella velada.

No todos los grilletes del pasado se habían abierto. Aquella noche rompería un yugo más.

Amadeo se paseaba por el salón de Elsbeth con una copa de whisky en la mano. Quién iba a decirle que llegaría el día en que se entretendría así

para no entrar como un cavernícola en su dormitorio y lanzarla sobre la cama. Si Elsbeth estuviera sola no se lo habría pensado ni un segundo, pero había todo un batallón de maquilladoras, peluqueras y estilistas trabajando para ella, aunque no lo necesitara porque su belleza era innata.

Tendría que buscar una semana en la que pudieran estar solos. La familia tenía una villa en las Seychelles. Podría llevársela allí y hacerle el amor hasta que ninguno de los dos pudiera dar un paso, pero no había hueco en su agenda hasta el año siguiente, así que aquella fiebre tendría que encontrar otro modo de aliviarse.

Acababa de llevarse la copa a los labios cuando notó movimiento en la puerta y se volvió. Incapaz de hablar, se quedó mirándola conteniendo el aliento.

Olvidados habían quedado los colores apagados y los diseños recatados que solía llevar. Para la ocasión había elegido un vestido rojo sin hombros, adornado el cuerpo ceñido con encaje dorado que continuaba en la falda de vuelo que, desde la mitad del muslo, se volvía únicamente de encaje, dejando al descubierto sus largas piernas y las sandalias negras de tacón alto que completaban el atuendo. Llevaba la melena rubia en un elegante recogido en la nuca, y como joyas solo la alianza y unos aros de oro. Iba poco maquillada, excepto por los labios. Solía pintárselos en un suave rosa, pero aquella noche los llevaba del mismo rojo del vestido, igual que las uñas de manos y pies. El efecto era electrizante.

Se vio a sí mismo arrinconándola contra la pared más cercana, subiéndole el vestido y... Todavía intentando respirar con normalidad, borró la imagen de su cabeza.

Mio Dio... ¿aquella mujer era su esposa?

Un cálido fuego se avivó en el vientre de Elizabeth al ver la reacción de Amadeo, que fue solo un cambio en el brillo de sus ojos y en el ritmo de su respiración. No había decidido cambiar su atuendo por él, sino por ella. El vestido aguardaba en el armario desde el día en que el diseñador lo creó para ella, y había acariciado su delicado encaje muchas veces, convencida de que nunca reuniría el valor necesario para ponérselo.

Pero ya no era lady Elsbeth Fernández, de la Casa Real de Fernández de Monte Claro, sino la Princesa Elsbeth Berruti de Ceres. Una princesa de Ceres podía ponerse lo que quisiera. Y había soñado con ponerse un vestido como aquel, y la reacción de Amadeo sumaba al placer secreto de llevarlo, a la sensación de cortar la cadena que la unía a su vida de antes.

—Dio, cómo te deseo —murmuró.

Se acercó a él mirándolo también de arriba abajo, porque no solo ella había renunciado a su atuendo habitual para aquella velada. El espectacular cuerpo de Amadeo iba enfundado en unos chinos negros, camisa blanca abierta y una blazer de terciopelo. Nunca le había visto llevando un cordón de cuero con una bola plateada al cuello. Nunca le había visto tan endiabladamente sexy.

Si no hubiera sonado una campanita anunciando la entrada de una doncella para decirles que los hermanos de Amadeo los esperaban ya, quién sabe lo que habría ocurrido.

—Es la mejor fiesta en la que he estado.

Amadeo se había acercado para preguntarle al oído si estaba disfrutando.

—En nuestra fiesta de antes de la boda, estaba demasiado nerviosa para disfrutar —añadió, sonriendo.

—¿Y las del palacio de Monte Claro?

Había hecho la pregunta sin darle importancia, pero había visto el brillo de desprecio en sus ojos, como cada vez que hablaba de Dominic o de cualquier cosa que tuviera que ver con Monte Claro.

—Horribles. Estaba tan centrada en comportarme como se esperaba de mí y no poner ni un pie fuera de su sitio que creían que era un maniquí. ¡Con decirte que nunca me he bebido más de una copa de champán en ninguna de ellas!

¡Tres llevaba ya aquella noche! Menos mal que había disfrutado de los deliciosos canapés que servían, aunque no al mismo ritmo que Clara, que parecía estar preparándose para una escasez mundial de alimentos.

Se separó un instante de Amadeo para ir en busca del lavabo, recorriendo aquella mansión que más parecía una galería de arte que un hogar, aunque seguramente impresionar era el efecto que se pretendía.

Iba ya de vuelta cuando Clara y Alessia la abordaron.

—Venid —dijo su cuñada, y las tres salieron al balcón. Parecía tan contenta como el gato que se comió al ratón—. A ver si lo adivináis —dijo, juguetona.

Alessia la miró de arriba abajo y sonrió.

—¿Estás embarazada?

—¡Sí!

Alessia, cuyo embarazo era ya más que evidente, la abrazó entusiasmada, y después Clara abrió los brazos para invitarla a hacer lo mismo. Conmovida por su gesto, la abrazó con fuerza, verdaderamente feliz por ella.

—Es que estaba deseado decíroslo —se disculpó—. Hace una semana que lo sé, pero Marcelo se ha empeñado en que lo mantengamos en secreto un poco más.

En aquel momento, la puerta que daba al balcón se abrió y apareció el hombre en cuestión. Viendo la cara de las tres, cabeceó mirando a su esposa.

—Sabía que ibas a decírselo.

Elsbeth y Alessia se echaron a reír.

—¡No he podido aguantarme!

—Lo sé —respondió con una sonrisa de felicidad—. Ahora tendré que contárselo a Amadeo.

—Y a Gabriel —intervino Alessia, y salió a buscarlos a la fiesta para llevarlos al balcón.

Después de unas cuantas palmadas en la espalda y un brindis con champán, volvieron a la fiesta, pero antes de que Elsbeth pudiera traspasar las puertas, sintió que la sujetaban por la muñeca.

El contacto de aquella mano la hizo sonreír y mirar a Amadeo.

—¿Estás bien? —preguntó él, buscando su mirada.

Saber por qué se preocupaba la conmovió.

—Me alegro mucho por ellos —contestó con sinceridad.

—Algún día nos llegará el turno.

—Lo sé.

Y acercándose a ella, añadió:

—Igual deberíamos hacer un cambio en nuestro acuerdo y añadir los miércoles a nuestras noches conyugales.

Sin pensar siquiera en lo que hacía, deslizó una mano por su cadera hasta posarla en su nalga.

—No estaría mal.

Amadeo la miró sorprendido.

—Solo por lo de la concepción, ya sabes.

—Por supuesto.

—Las normas originales volverán a aplicarse después de que te quedes embarazada.

Para entonces, la fiebre ya se habría pasado. No era posible seguir así mucho más.

Sus pupilas se dilataron y apretó la mano.

—Naturalmente.

Entonces fue él quien la empujó por las nalgas para que se pegara a él y supiera de qué estaban hablando.

—Te vas a enterar cuando llegemos a casa.

La hora siguiente fue pura tortura. Hasta el encuentro en el balcón, se las había arreglado para estar al lado de Elsbeth, pero sin rozarla, pero ahora no podía controlar su excitación. Acabaría teniendo que echarse un poco de hielo dentro del pantalón.

¿Cómo había sido capaz de hacer algo así en el balcón? Él, que cuando salía del castillo, nunca olvidaba quién era, ni siquiera estando entre amigos. Pero ahora no podía dejar de mirar el reloj cada cinco segundos por ver si era ya razonable llevarse a su mujer a casa.

Un grupo numeroso de personas se había formado a su alrededor, y la conversación fluía tan libremente como el champán, pero en cuanto dieron las once, se encontró con la mirada de Elsbeth y no hizo falta decir nada. Simplemente señaló la puerta. Ella se limitó a asentir casi imperceptiblemente.

Quince minutos les costó abandonar la fiesta y dirigirse al garaje donde estaba su coche y los de sus hermanos.

A unos pasos del coche, Elsbeth se acercó a su oído y susurró:

—¿Tienen que ir los guardaespaldas con nosotros en la parte de atrás?

La fiebre que él sentía en la sangre la tenía ella en la mirada.

Amadeo no consiguió articular palabra, pero negó con la cabeza y, después de aclararse la garganta, pidió al oficial a cargo de su protección que se sentara con el conductor en la parte delantera. Los demás irían en el convoy que siempre los acompañaba.

El vehículo se puso en marcha en el silencio total que reinaba en la parte de atrás, roto solo por sus respiraciones. El pecho de Elsbeth subía y bajaba, de modo que Amadeo no solo podía sentir su deseo, sino que también lo veía. Incluso podía olerlo.

—¿Estamos aislados del resto del coche? —preguntó ella.

—Sí. Nada de lo que digamos aquí se oye en...

No terminó la frase porque Elsbeth se había sentado a horcajadas sobre él y sujetando su cara entre las manos, le devoraba la boca.

Amadeo había llegado a una edad en la que pensaba que ya nada podía sorprenderle, pero la pasión desatada de Elsbeth lo dejó aturdido, y la erección que había intentado mantener bajo control desde su encuentro en el balcón, volvió de inmediato a la vida.

—Te quiero dentro —murmuró antes de volver a asaltar los confines de su boca con la lengua.

El hambre de Elsbeth alimentaba la suya y de un tirón subió el encaje de su vestido para bajarle las bragas mientras ella le desabrochaba los pantalones. Acabó rompiéndolas.

Convencido de que acabaría ardiendo en llamas si no conseguía penetrarla, levantó las caderas y la ayudó a bajar los pantalones y los calzoncillos para liberar su virulenta erección.

No hubo un segundo de duda. Elsbeth se sentó sobre él y con un solo movimiento, hundió su pene en ella, mirándolo a los ojos.

Dio, era como si la viera por primera vez. La máscara había desaparecido. Aquella mujer era Elsbeth en toda su belleza. Temblaba de deseo, igual que él. Con las mejillas sofocadas y los ojos entornados, comenzó a cabalgarlo apoyada en sus hombros.

Mio Dio... increíble. Exquisito.

Tiró del cuerpo del vestido para dejar al aire sus senos y llevarse uno a la boca. Elsbeth lo sujetó por la nuca y sus gemidos se hicieron más profundos, sus movimientos más rápidos, hasta que echó hacia atrás la cabeza mientras le clavaba las uñas en los hombros gritando su nombre, arrastrada por la fuerza de su orgasmo, un orgasmo que lo lanzó a él a su propio clímax.

Elsbeth, con la mejilla apoyada en la de Amadeo, dejó que la risa escapara de sus labios. Por primera vez en la vida se había olvidado del control, y había sido increíble. La Elsbeth Fernández de antes nunca habría

creído que, oculta en su asustado corazón, había una mujer sensual y fogosa, capaz y deseosa de seguir sus deseos más básicos.

Era Amadeo quien la había arrancado de su caparazón, el hombre que la había animado a deshacerse de la careta que llevaba, el hombre que la había animado a ser ella. ¡Ya no estaba asustada! Ser consciente de ello la hizo reír de nuevo.

—Eres increíble —le dijo él, besándola en los labios.

Ella suspiró y con la mirada puesta en sus iris verdes, dijo:

—Te quiero.



## Capítulo 13

**A**PENAS salieron las palabras de labios de Elsbeth, los dos se quedaron congelados. El desconcierto en los ojos de Amadeo era el mismo que ella estaba sintiendo en el pecho.

¿De dónde había salido eso?

—Lo que quería decir es que quiero seguir haciendo el amor contigo así —intentó corregir, riendo.

Esa era la verdad. Amadeo había sacado a la mujer que llevaba dentro y le había enseñado no solo el goce del sexo desinhibido, sino la certeza de que no había que avergonzarse de abrazar el placer.

Hubo un instante de silencio en el que el tiempo pareció extenderse ilimitadamente, hasta que Amadeo también se rio.

—Eres condenadamente sexy, ¿sabes? —contestó, antes de volver a besarla.

A continuación, recompusieron sus ropas y, de la mano, continuaron hasta llegar al castillo.

Te quiero.

Amadeo tenía delante las cifras que debía estudiar para la reunión trimestral con el equipo que gestionaba la vasta colección de arte de la familia Berruti, pero cerró los ojos y se frotó las sienes.

Te quiero.

El corazón se le había parado tres días atrás. Los pulmones se le congelaron. El tiempo quedó suspendido. Entonces Elsbeth se echó a reír y corrigió como pudo el lapsus, y el momento pasó. Sin embargo, cuanto más tiempo transcurría, más alto reverberaban sus palabras en su cabeza. Pero no podía haberlo dicho en serio. Elsbeth era una mujer inteligente que sabía que su matrimonio nunca sería como el de sus hermanos, y que tan

siquiera había sugerido que cambiaran alguna de las normas recogidas en el acuerdo prenupcial.

James, su secretario personal, que antes trabajaba para la familia real británica, y al que había reclutado usando el cebo del fantástico clima de Ceres, entró en su despacho, y lo que dijo lo sacó de inmediato de sus pensamientos.

—¿Qué dices que quiere Dominic?

—Disputar una carrera informal una vez haya terminado el Gran Premio —repitió—. Tiene entendido que uno de los equipos ha accedido a prestarle sus coches para el evento.

Por tentadora que fuera la propuesta de sentarse tras el volante y darle una paliza al monstruo, no podía aceptar participar en algo así, y James lo sabía perfectamente.

—Entiendo que ya habrás declinado la oferta en mi nombre.

—Sí, Alteza, pero dado que la iniciativa ha partido de un monarca, he pensado que era mejor informarle por si en algún momento surge la conversación entre ustedes.

La idea de hablar con Dominic Fernández le revolvió el estómago.

King Pig, a pesar del tamaño de su ego, era un monstruo inseguro, capaz de forzar a una mujer y obligarla a casarse con él, pero que ansiaba ser aceptado por sus iguales. Había transformado Monte Claro en un paraíso fiscal, pero la supuesta amistad de los millonarios no le bastaba. Quería sentirse aceptado por las demás monarquías, y debía volverle loco que el resto de familias reales no le invitase a sus eventos salvo cuando no les quedaba otro remedio.

King Pig había dado por sentado que el matrimonio de Amadeo con su prima los acercaría a ambos, y seguro que sabía de sus inversiones en el equipo de Sébastien y de su interés por el deporte, y había dado por hecho que disputar una carrera podría forjar un vínculo entre los dos. Pero no contaba con que preferiría escupirle en la cara antes de seguirle el juego.

—¿Algo más? —preguntó, al ver que James parecía esperar algo.

—La princesa Elsbeth ha venido a verlo.

Bastó con oír su nombre para que el corazón le diera un salto y sintiera un frío glacial correrle por las venas. En ese instante, supo por qué esas dos palabras no habían dejado de perseguirle: Elsbeth nunca hablaba

sin pensar. Jamás cometía una torpeza con las palabras, y aquellas las había pronunciado en el clímax de la pasión...

—Me ha pedido que le diga que la llame si tiene un momento antes de la reunión, pero que no es importante.

Amadeo respiró hondo y asintió.

—Gracias.

Cuando volvió a quedarse solo, se frotó la frente. Aquello no podía continuar. Si no se andaba con cuidado, iba a perder el tiempo que necesitaba para preparar la reunión pensando en Elsbeth. Aquel era el comportamiento que no podía soportar en su hermano: faltas de concentración porque estaba pensando en Clara en lugar de en el trabajo. La clase de comportamiento en el que él nunca había incurrido, y no iba a empezar a hacerlo.

Puso toda su atención en los documentos que tenía delante. Elsbeth podía esperar.

A última hora de la tarde, Elsbeth estaba en el jardín viendo cómo el equipo de paisajistas supervisados por Pep, el jardinero jefe, excavaba varias secciones del césped. Aquella era la parte manual en la que ella no podía participar, pero era una maravilla contemplar aquella lenta transformación, que iba documentando con su cámara.

Sintió que Amadeo se acercaba sin necesidad de verlo, y se volvió con una sonrisa.

—¿Has tenido un buen día?

—Un día largo. Siento no haber podido llamarte.

—No pasa nada. Sabía que estabas ocupado. Solo iba a ver si podía convencerte de que comieras conmigo antes de la reunión.

—Lo siento. Tendrá que ser otro día.

—Claro.

La pausa que siguió fue un poco más larga.

—Parece que van bien —dijo, mirando los trabajos del jardín—. ¿Estás contenta con lo que han hecho hasta ahora?

—Mucho. Pero creo que a ellos no les ha hecho mucha gracia que me haya pasado el día espiándolos.

—Esperemos que la presencia de una hermosa princesa no les distraiga demasiado —dijo con una sonrisa, y miró su reloj—. Tengo que

volver. Ah, y antes de que se me olvide, tengo que cancelar nuestros planes para mañana por la noche. Tengo que quedarme en Milán. Necesito resolver en persona un par de cosas sobre las que el equipo de arte ha llamado mi atención. Tomaré el avión justo después de nuestro último evento y volveré el viernes por la mañana.

—¿Yo no estoy invitada? —inquirió sin perder la compostura.

Tenían menos eventos a los que asistir en aquellos días, y su agenda estaba despejada.

—Es solo trabajo —repuso con una mueca—. Te aburrirías, y serías una distracción —añadió—. Tengo que irme. Mi madre me está esperando. Disfruta del espionaje.

Elsbeth se quedó mirándolo hasta que desapareció, y poco después entró en su salón para sentarse en su nuevo sillón rojo y respirar hondo diez veces.

Después de que ambos le quitasen importancia a su improvisado «te quiero», habían vuelto al castillo. Amadeo le había hecho el amor en la ducha y se había quedado con ella hasta la salida del sol, prometiéndole que cenarían en sus habitaciones ese miércoles. Cada vez estaban más tiempo juntos en la intimidad, y la guinda del pastel era que la había invitado a su santuario y harían el amor en su cama...

Las reglas impuestas en su noche de bodas se iban suavizando poco a poco, y por primera vez se permitió soñar con un futuro en el que vivirían juntos como marido y mujer, y no como dos individuos independientes que la casualidad había querido que acabasen casados. Era un sueño que hacía cantar a su corazón y que la empujaba a enfrentarse a una verdad: que su improvisada declaración de amor había sido sincera porque se estaba enamorando de él. Ojalá no hubiera hecho esa declaración en voz alta.

Pero el día anterior ya había empezado a intuir que algo no iba bien. Nunca hacían demostraciones de afecto en público. No se tocaban, y eso era normal. Debían mantener la dignidad propia de su estatus. No obstante, el modo en que la miraba fue lo que denotó el cambio. Había dejado de desnudarla con la mirada. Seguían conversando con la facilidad que habían alcanzado últimamente, pero no había rastro de intimidad en su voz. Eran pequeños detalles que le habían hecho intuir que algo no iba bien y que se estaba alejando de ella. Y ahora, cancelaba su cita.

Parecía estresado, eso sí. Puede que los contratiempos relacionados con la colección de arte fuesen más serios de lo que pretendía aparentar.

Dado que los Berruti no aceptaban ni un céntimo del erario público, su forma de generar ingresos, entre otras, era su valiosa colección de arte que Amadeo controlaba en nombre de toda la familia, lo que suponía mucho trabajo aun teniendo un equipo de apoyo.

O igual estaba estresado por haber tenido que cancelar su cita. De hecho, había prometido hacerlo en otro momento.

Más animada con aquel pensamiento, llamó a Clara y organizó para el jueves asistir a una clase magistral de un escultor que le serviría de inspiración para su jardín... y como distracción para no seguir haciendo montañas de un grano de arena.

El sábado por la noche, Amadeo estaba tumbado boca arriba y Elsbeth apoyaba la cabeza sobre su pecho. Su pierna derecha descansaba sobre la de él y tenía un brazo apoyado en su vientre para dibujar círculos con un dedo sobre su piel.

—¿Con quién te habrías casado, si hubieras nacido en otra familia y no hubieras tenido que escapar de Dominic? —quiso saber.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas?

Hacía ya una semana de su declaración de amor, y la quemazón de su vientre se había vuelto aún más fuerte.

—Tú me hiciste una vez esa pregunta.

—Sí, pero no me contestaste.

—Contéstame tú ahora, y luego lo hago yo.

—Me dijiste que una mujer no debía preguntarle a un hombre por sus fantasías a menos que estuviera preparada para oír la respuesta. O algo así.

—Eso era entonces.

Ahora se había hablado de amor, cuando ella debería saber que era una palabra prohibida para ellos. No debía amarlo. Ni él a ella. Amadeo no quería tener su corazón y nunca lo había querido. Pasión era todo cuanto podía darle. La lujuria se agotaría y, cuando lo hiciera, Elsbeth seguiría siendo su princesa y, en el futuro, su reina consorte, figuras a las que los ciudadanos de su nación mirarían con orgullo. El amor solo lo complicaba todo. Transformaba personas perfectamente razonables en adolescentes gobernados por las hormonas, y Elsbeth debería saberlo. Había sido la lujuria, y solo la lujuria, lo que le había empujado a cambiar las reglas de su matrimonio, y eso debía ser lo que había convencido a Elsbeth de que,

poco a poco, su acuerdo quedaría desmantelado hasta llegar a ser la pareja que nunca podrían ser.

No quería hacerle daño. Su dulce Elsbeth ya había sufrido bastante. Mejor quitarle de la cabeza aquellos pensamientos del amor romántico, si es que de verdad los tenía, para que cuando aquella fiebre desapareciera, pudiera seguir viviendo de acuerdo con lo que habían fijado originalmente, y que todo funcionara perfectamente para ambos.

—Venga, cuéntame —la animó—. Si hubieras sido libre de elegir, ¿con qué clase de hombre te habrías casado? ¿Quién habría sido tu marido ideal?

Apoyó ambos brazos sobre su pecho para poder mirarlo.

—Nunca he tenido una fantasía tan específica en la cabeza. Siempre he soñado con una casita de campo inglesa rodeada de un jardín colorido y salvaje, y un hombre dulce viviendo conmigo.

Su respuesta hizo que el pecho se le contrajera, pero no podría decir por qué.

—Tendrías que aprender el idioma para vivir tu sueño —comentó, acariciando la suave piel de su espalda.

—Usaría una app como la que Clara me hizo descargar.

—Seguro que ese marido desconocido tuyo te habría ayudado a aprenderlo.

Ella sonrió y deslizó un dedo por sus labios.

—Igual no tenía tu paciencia.

—Tu conocimiento de nuestra lengua no tiene nada que ver conmigo.

—Todo lo contrario. Siempre me traduces cuando lo necesito, y haces que los demás hablen despacio para que me sea más fácil comprender.

—Un marido que se casara contigo por amor te habría ayudado mucho más. Así son las parejas normales. Pero tú y yo nunca podremos ser esa clase de pareja. Nuestros respectivos sueños solo pueden ser eso, sueños. Yo, si hubiera podido elegir, si fuera Amadeo sin más, y no el príncipe Amadeo, habría sido piloto de carreras.

Elsbeth sintió el latido de su corazón en la garganta. La euforia de su encuentro sexual se estaba disolviendo rápidamente. Igual volvía a hacer

una montaña de un grano de arena, pero tenía la impresión de que aquellas palabras escondían una velada advertencia.

—¿Y tu mujer? ¿Cómo habría sido?

—Nunca me ha gustado un físico en particular pero, si hubiera tenido la oportunidad de elegir, habría escogido a una mujer divertida y extrovertida, con pasión por la vida. No sé si se debe precisamente a que siempre he estado obligado a salir con mujeres discretas, y me atrae la fruta prohibida. Un hombre corriente no tiene que priorizar la discreción en sus relaciones. Pero creo, que de ser yo un hombre normal, no me habría casado. Creo que nunca he sido propenso a experimentar la clase de emoción que empuja a un hombre corriente a comprometerse de por vida.

—Divertida y extrovertida.

Dos palabras que le atravesaron el corazón como cuchillos de hielo. Nunca nadie las había usado para describirla a ella. Tímida y dulce eran los adjetivos con que solían referirse a su persona. Y en cuanto a que él no era propenso a la clase de emociones que movían a un hombre corriente... ¿cómo podía interpretarse, sino como una advertencia?

Antes de que sus pensamientos pudieran avanzar más por ese camino, Amadeo la tumbó boca arriba y la miró de aquella manera que le derretía la pelvis.

—Te garantizo que, si hubiera podido escoger a una mujer libremente, ninguna habría sido tan sexy como tú.

Y se lanzó sobre su boca con un ardor tal que le hizo olvidar cualquier pensamiento, cualquier temor.

En la siguiente semana la rutina continuó bajo el mismo patrón. Supervisión del jardín. Sábado y miércoles noche, sexo fantástico con su marido. Y llegó la semana siguiente.

En lugar de cenar con ella el viernes por la noche como solían hacer, Amadeo anunció que iba a salir con su amigo Sébastien, que estaba en la isla en un viaje relámpago antes del Gran Premio de Bélgica. No la invitó a unirse a ellos.

Cuando Amadeo fue a verla el sábado por la mañana, Elsbeth tenía el estómago tan contraído que la náusea se había apoderado de él, y ni siquiera verle abalanzarse sobre ella con el mismo ardor de siempre consiguió calmarla.

Aquella noche, mucho después de que él se hubiera dormido, Elsbeth se obligó a analizar fríamente los hechos. Lo que habían hablado sobre matrimonios normales y sentimientos había sido, en realidad, un aviso. El progreso en su relación se había estancado. De hecho, iban hacia atrás. Se estaba alejando de ella, y no tenía sentido meter la cabeza bajo la arena para no verlo.

Aunque seguían llevándose el uno al otro a la cumbre del placer, puesto que ella no tenía ya inhibición alguna, ardía bajo su piel la humillación de saberse esclava de las caricias de un hombre al que solo le interesaba en el dormitorio. Tenía que asimilar lo que él le había dicho: que el suyo nunca sería un matrimonio real. Sus vidas permanecerían separadas, y Amadeo no iba a incluirla en la suya más allá de lo estrictamente necesario.

Amadeo se acurrucó junto a su cuello, y Elsbeth cerró los ojos para dominar el sentimiento doloroso que la invadió. Tenía que intentar ver aquella situación bajo una luz más positiva. ¿Acaso no era su matrimonio mil veces mejor de lo que ella se atrevía a esperar al llegar a aquel país? ¿Es que no eran la pareja perfecta en la cama? ¿Acaso no buscaba ella tanto como él su intercambio sexual? Pero aquellos pensamientos positivos duraron apenas unos segundos porque el doloroso vacío que se apoderaba de ella después de cada clímax volvió, y empezaba a doler de manera insoportable. Era el dolor de estar locamente enamorada de un hombre que nunca podría devolverle ese amor.

Apretó fuerte los ojos y se abrazó. Cuando por fin recuperó el control, volvió a abrirlos. La luz empezaba a filtrarse en la habitación. Estaba amaneciendo. Pronto Amadeo se despertaría y se marcharía, dispuesto a disfrutar del domingo sin ella.

¿Domingo? ¿Era ya domingo?

No debía dejarse arrastrar por la ilusión. Que su menstruación fuese tan regular como un reloj y que en la última década hubiera empezado siempre en sábado no quería decir absolutamente nada.



## Capítulo 14

**C**UANDO Amadeo entró en la habitación de Elsbeth aquel miércoles por la noche, las ganas de estar allí eran tan fuertes como siempre. Salir de su cama era cada vez más difícil, pero los demonios que lo habían acosado después de su declaración de amor estaban ya controlados, y se sentía más liviano. La fiebre que su esposa despertaba en él no tardaría en pasarse. De hecho había insistido en cenar con Sébastien para demostrarse que no era adicto al calendario que lo llevaba hasta ella. Cuando la fiebre remitiera, dejaría de invadir sus sueños lo mismo que su pensamiento consciente, y todo sería como debía ser.

Lo estaba esperando en su salón. Tantos cambios había hecho en la decoración y los muebles que ya no se parecía en nada a la habitación que se había creado para ella. Ahora era una estancia cálida y luminosa, como la mujer que la había creado. Aquella habitación era su reflejo, y también podría ser el suyo...

¿De dónde demonios había salido ese pensamiento?

Le bastó con mirarla para que su intención de llevarla a la cama antes de cenar quedase olvidada. Estaba tremendamente pálida, y sus ojos siempre brillantes parecían hundidos.

—¿No te encuentras bien? —se interesó, acercándose.

—Es que no he dormido bien últimamente.

—Voy a llamar al doctor Jessop... —anunció, sacando el móvil.

—Ya me ha visto —le cortó, tocando su brazo.

—¿Cuándo?

—Después del evento de esta mañana. Estoy embarazada.

Su cerebro se paralizó. Abrió la boca para hablar, pero no salió nada.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió, sonriendo.

Incapaz de dejar de mirarla, se pasó una mano por el pelo.

—¿Estás embarazada?

—El doctor Jessop me ha hecho una prueba de embarazo y me lo ha confirmado —anunció sonriendo.

¡Iban a tener un bebé! Sería padre. Y Elsbeth, madre.

Un espasmo de puro deleite lo zarandeó y tirando de ella, la abrazó. Hasta ese momento, no había sido consciente de hasta qué punto deseaba tener un hijo.

—Es la mejor noticia que podías darme —le dijo, y le plantó un beso en la boca. A continuación, tomó su cara entre las manos y la besó cien veces más por todo el rostro—. ¿Cómo es que no me has dicho que tenías un retraso?

—Es que no hemos estado solos.

—Podrías haberme dicho que tenías algo que contarme en privado, o haber venido a verme.

—No se me permite entrar en tus habitaciones y, en cualquier caso, no quería hacerme ilusiones.

—¿Cómo que no se te permite entrar en mis habitaciones? Por supuesto que sí.

—Nunca se me ha invitado a entrar. ¿Quieres soltarme, por favor? No puedo respirar.

—Vamos a la cama a celebrarlo —sugirió, tomándola en brazos. Un buen rato compartiendo placer en la cama le devolvería el color a sus mejillas.

Pero en lugar de abrazarse a él y devorarle la boca como solía hacer, intentó soltarse.

—Bájame, por favor.

La llevó al sofá más cercano y se sentó a su lado.

—¿No te encuentras bien? —preguntó, preocupado—. ¿Tienes náuseas?

Ojalá no se mostrara tan solícito. Había imaginado que la noticia le complacería, pero no que se mostraría tan entusiasmado, lo que venía a dificultar lo que tenía que decirle.

Se irguió sobre el sofá, soltó su mano de las de él y entrelazó los dedos en el regazo.

—Acordamos en nuestra noche de bodas que, una vez quedase embarazada, no volveríamos a compartir cama.

El modo en que se echó para atrás y abrió y cerró la boca fue casi cómica. Menos mal que había podido ser ella quien le recordase las reglas. Al menos así podía mantener algo de dignidad. Amadeo no quería tener un matrimonio real con ella. Su corazón estaba congelado y nunca la amaría. Ni a ella, ni a nadie.

—Los dos sabemos que no estamos preparados para dejar de vernos en la intimidad —dijo él, recuperando la compostura.

—Yo lo estoy.

—¿Estás qué?

—Preparada.

Amadeo se acercó mirándola con el ceño fruncido, buscando algo en sus ojos.

—Mientes.

—No.

Una sílaba pronunciada con tal aspereza podría resultar creíble de no ser porque los labios y la barbilla le temblaban.

—¿Esperas que me crea que el deseo que sientes por mí se ha terminado de un día para otro?

—Yo no he dicho eso —replicó—. He dicho que estaba preparada para respetar las reglas que acordamos en nuestra noche de bodas. Unas reglas que impusiste tú, por cierto.

Ah. Ya entendía de dónde salía todo aquello. Elsbeth se temía que fuese él quien le recordara las reglas y pusiera punto final a su intimidad. Si supiera lo mucho que ya lo había intentado y el poco éxito que había tenido, sus temores se evaporarían.

Puso una mano en su mejilla y le dijo en voz baja:

—Las reglas se pueden cambiar si los dos estamos de acuerdo en hacerlo.

Ya lo habían hecho. ¿Por qué no seguir como estaban, si todo iba tan bien?

—Pero es que yo no estoy de acuerdo —sentenció.

Dios, no quería parecer tan dubitativa, pero es que le resultaba muy difícil mantener su resolución cuando todo su cuerpo vibraba del instante que la había tenido entre sus brazos. Y Amadeo lo estaba notando.

La besó delicadamente en la boca y la mano que tenía en su mejilla fue viajando hasta el cuello. Ella se estremeció.

—¿De verdad quieres renunciar a un placer como este? —murmuró—. ¿Estás dispuesta a no volver a sentir nuestros cuerpos desnudos, el uno junto al otro?

La mano siguió su viaje hasta llegar a sus senos y con el pulgar acarició su pezón endurecido, que instantáneamente envió una descarga a su pelvis.

«Para», le rogó con la mirada. «No me hagas esto».

—¿No quieres volver a sentir mi lengua en el lugar que más te gusta? Su respiración se estaba acelerando. Temblaba de deseo.

—¿No vas a cabalgarme más como te gusta hacer...?

Un dedo se deslizó por debajo del elástico de sus braguitas. La sacudida eléctrica que le provocó la sacó de aquel trance, insuflándole una dosis de rabia.

—¡Basta! —protestó, apartando su mano y poniéndose de pie—. ¿Cómo te atreves a intentar seducirme cuando te acabo de decir que no quiero?

Amadeo se levantó mirándola sin comprender su actitud.

—No eres tú quien habla, Elsbeth —dijo—. Son las hormonas del embarazo.

Había visto cómo su hermana, en las primeras etapas del embarazo, lloraba por nada.

—¡No me hables con esa condescendencia! —espetó—. Lo único que el embarazo tiene que ver con mi decisión es que me ha ayudado a pensar con claridad. Soy tu mujer, pero no tu compañera, y me has dejado totalmente claro que lo que tenemos ahora es todo lo que estás dispuesto a ofrecer. Has llegado a tu límite, y yo al mío. Preferiría pasar el resto de mi vida célibe que compartir mi cama con un hombre que solo me quiere como esclava con la que desahogar su lujuria. Tú eres quien me ha hecho ver que no soy solo un juguete para darte placer, y que tengo libertad para

vivir mi vida entre los muros de este castillo como mejor me parezca. Pues bien: he hecho mi elección y he decidido vivir mi vida sin ti.

Sus palabras le llegaron al pecho clavándose como un alambre de espino.

—Yo nunca te he tratado como a un juguete.

—Es exactamente así como me has tratado, desde el momento mismo en que nos casamos. Te habría valido cualquier mujer que se tumbara y te dejara hacer.

—No irás a decirme que tú no has disfrutado —replicó.

—Placer físico sí, pero emocional, no. Ni una pizca de afecto. Nada que me haya hecho pensar durante un instante que me consideras un ser humano con sentimientos. No puedes negarlo.

—¿Qué es lo que iba a negar? —espetó—. Jamás he ocultado que me casé contigo por el bien de mi nación y de la monarquía. He hecho cuanto ha estado en mi mano para ser delicado contigo y dejarte satisfecha, y sé perfectamente que he conseguido ambas cosas, como tú también sabes qué sentía yo por ti cuando nos casamos. ¿Cómo quieres que fingiera afecto por una mujer cuyo apellido me ponía enfermo?

—¡Era una recién llegada a una casa que no conocía, y me dejaste sola! —le gritó—. Eso fue deliberadamente cruel, pero tenía tanto miedo de que pudiera ser devuelta al hombre cuyo apellido es el responsable de tu frialdad hacia mí, que aunque reconocí tu crueldad sin dejarme engañar por ello, jamás te habría pedido explicaciones... entonces.

—¡Jamás he sido deliberadamente cruel contigo! He hecho todo lo que he podido para darte un hogar en el que pudieras ser feliz y encontrarte cómoda, y sabes perfectamente bien que, al saber que te sentías sola, me he esforzado todavía más, apoyándote en todo lo que has hecho o has deseado hacer.

—Date una palmadita en la espalda por lo grande que eres como hombre. Y en muchos sentidos lo eres, así que soy consciente de que es injusto que te esté echando en cara cosas del pasado, pero es que son cosas que siguen afectándonos ahora. Al menos, a mí. Sé que te esforzaste. Que detestabas desearme. Este último mes las cosas nos han ido de maravilla, pero sigo notando tu reticencia, tus intentos de alejarte de mí. No sé si es porque nunca vas a conseguir aceptar la sangre que corre por mis venas, o porque estás tan habituado a pensar que tienes razón en todo, que no eres capaz de admitir que estabas equivocado conmigo. Incluso es posible que

pienses que estás por encima de todas las emociones humanas. ¡No lo sé! Lo único de lo que sí estoy segura es de que nunca nos has dado una oportunidad, y que nunca lo harás. Te has empeñado en rechazar lo que sentías por mí desde el primer momento, y yo ya estoy harta de tanta lucha.

Sus facciones se habían vuelto de granito, a excepción de una vena que le temblaba en la sien.

—Hace ya casi tres meses que nos casamos, Amadeo —continuó—, y aún no he dormido en tu cama. No me vas a dejar ser tu verdadera esposa, lo mismo que nunca vas a ser un verdadero esposo, y más tarde o más temprano, empezaré a odiarte por ello. No quiero odiarte, y menos aún ahora que llevo un hijo tuyo, así que le vamos a poner punto final en este instante. No voy a volver a dormir contigo a menos que me permitas reafirmarme en mi libertad. Quiero vivir fuera del castillo y que respetes mi decisión y mi autonomía, lo mismo que yo he respetado cada decisión que has tomado tú, incluso las que no me han gustado o con las que no he estado de acuerdo. A partir de este momento, nuestro matrimonio vuelve a regirse por el acuerdo original.

El rugido que tenía Amadeo en los oídos era ensordecedor y la vena de la sien seguía latiendo enloquecida. Pero se irguió, respiró todo lo hondo que le permitieron sus pulmones destrozados y asintió:

—Como desees.

Amadeo se preparó para el compromiso como solía hacerlo: ducha, afeitado, dientes, ropa, peine y perfume. A continuación, bajó las escaleras para dirigirse a la zona común.

Elsbeth apareció un instante después.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días.

Y salieron, junto con sus respectivos equipos, hacia el coche que los aguardaba.

En el camino, su secretario particular fue refrescando los puntos importantes que debían recordar y, al llegar, la gente los recibió entre aplausos, como siempre. El recorrido de costumbre, los discursos de costumbre y más paseos. Luego, de vuelta al coche.

James pasó a tratar el fin de semana del Gran Premio y el banquete que se iba a ofrecer al Rey de Monte Claro, además de su estancia en el castillo. Al oír pronunciar el nombre del rey, Amadeo se volvió a mirar a

Elsbeth. Hasta aquel instante, había conseguido ignorarla esperando a que su furia amainase, ya que no podía mostrarla, ni en privado, ni mucho menos en público. En un abrir y cerrar de ojos, Elsbeth había cercenado su relación sin dejarle margen de maniobra. No tenía duda de que su amenaza de abandonar el castillo era real, y el escándalo subsiguiente sería mayúsculo.

«¿Dónde ibas a ir?», hubiera querido gritarle. «Aparte de mí, no tienes nada».

Aunque eso no era cierto del todo. Él mismo le había dado las herramientas para abrazar su libertad abriéndole una cuenta en el banco para que no volviera a sentirse atrapada e indefensa como en su vida de antes, y así se lo pagaba...

Pero había oído el nombre de Dominic y su mirada la había buscado inmediatamente, encontrándose con sus ojos. Un momento indecible pasó entre ellos hasta que Elsbeth pestañeó y la máscara que tan hábilmente llevaba volvió a su sitio.

Amadeo estaba en su balcón, contemplando el jardín. Había cambiado una barbaridad. Estaba casi irreconocible. El espacio ordenado y pulcro era ahora una maravillosa mezcla de formas y colores con caminos serpenteantes, un estanque, una pagoda, estatuas, frutales, varios olivos gigantes y una abundancia de plantas y flores de colores vibrantes. Y eso que aún no estaba terminado. Parterres vacíos indicaban que aún quería llenarlos de más color. Seguro que aquella tarde la pasaría allí, mientras él y un numeroso público asistía al Gran Premio de Ceres.

La había visto trabajar muchas veces oculto tras las puertas de cristal de su habitación, admirando el cuidado con que manejaba cada planta, irradiando felicidad en la tarea.

Desde que Elsbeth cercenara la parte íntima de su matrimonio, sentía un poso amargo constante que ni la serie de ejercicios más exigente del gimnasio lograba hacerle olvidar. El único alivio lo encontraba contemplando su jardín. ¿Heredaría su hijo aquel amor por la jardinería, o preferiría los coches? Dos pasatiempos opuestos, uno relajante, otro excitante.

Elsbeth encarnaba ambas cosas para él: verla en su jardín, escuchar su voz tenía un efecto relajante en él. Desnudarla bajo las sábanas de la cama no podía ser más excitante. Era como las flores que había plantado. Llegó a su castillo como la fea del baile, una planta a la que le faltase el

agua, y poco a poco, pero con paso firme, había florecido hasta convertirse en una exótica flor tropical, rebosante de color y perfume.

Un dolor en el estómago le hizo doblarse hacia delante. ¿Por qué no se había defendido? Sus palabras le habían enfurecido, pero no había hecho nada para detenerlas, ni para intentar que cambiase de opinión. No había luchado por ella, ni se había defendido. ¿Por qué? Pues porque casi todo lo que había dicho era cierto. En lo único que se equivocaba era en lo de su sangre, porque hacía ya mucho que había dejado de verla como otra cosa que no fuera su esposa, pero lo demás... Era cierto que la había seducido para su propio placer. Había disfrutado con su despertar a la sexualidad porque él era el afortunado receptor de su pasión recién descubierta. Y lo había hecho rechazándola cada vez que se acercaba demasiado, aferrándose a sus condenadas reglas, creyéndose inmune a las emociones. Inmune, no. Superior. Eso le había dicho ella.

La agonía que estaba experimentando en aquel momento le demostraba precisamente todo lo contrario: no era superior ni inmune a las emociones. La mujer cuyas defensas se había empeñado en romper se había colado bajo las suyas, y había terminado por adueñarse de su corazón.



## Capítulo 15

QUÉ tal te sienta el matrimonio con mi prima?

King Pig había metido su obesa figura por entre la barrera para colocarse junto a Amadeo. No le había quedado más remedio que ofrecerle un lugar en el palco de autoridades. El protocolo, y su madre, se lo exigieron.

—Muy bien —mintió.

—¿Es una buena esposa para ti?

—Sí.

—Mis fuentes me han dicho que está embarazada —le susurró, acercándose.

Asintió apretando los dientes por la pregunta y su mal aliento, lo que le valió una palmada en la espalda.

—Enhorabuena. Un heredero para los Berruti. Tu virilidad queda demostrada. ¿Crees que será un varón?

Menos mal que llevaba gafas de sol y Dominic no pudo ver su mirada de odio.

—Con que esté sano me conformo.

—Claro, claro. Es lo que todos tenemos que decir en estos tiempos, ¿no? Entiendo que si mi prima se ha quedado embarazada, significa que es de tu gusto —añadió con expresión lujuriosa, ladeando la cabeza.

—Elsbeth es un orgullo para su nación.

—Es una joya, sí —corroboró, pero su expresión se volvía cada vez más libidinosa—. Las vírgenes tienen algo especial, ¿a que sí? Puedes moldearlas a tu antojo —y se acercó aún más para añadir, pegado a su

oído—: cuando nazca el niño y no pueda prestarte sus servicios, házmelo saber. Enviaré a otra virgen para que te caliente la cama.

Algo en su interior saltó, y una explosión de odio e ira le zarandeó. Volviéndose a él, lo miró de arriba abajo con desprecio.

—He cambiado de opinión. Vamos a correr. Tres vueltas.

Los ojos porcinos de Dominic brillaron.

—¡Vaya! Así que eres lo bastante hombre.

Entonces fue Amadeo el que se inclinó hacia él para susurrarle:

—Lo bastante para no abusar de una virgen, maldito bastardo enfermo. Tres vueltas. En la línea de salida dentro de una hora. Me aseguraré de que haya un buen tarro de grasa para que puedas meterte en el coche.

El primer piloto cruzó la meta y el público lo vitoreó, impidiendo escuchar a Dominic su, seguramente, desagradable contestación. Iba a correr contra él. A correr, a ganarle, a humillarle. Y después, pondría toda su energía, y todo su dinero si era necesario, para acabar con aquel monstruo.

Elsbeth estaba plantando unos rosales trepadores en el jardín cuando Clara llegó corriendo y gritando su nombre.

Dejó todo y corrió a ella.

—¿Qué pasa?

—¡Amadeo! —contestó, jadeando.

Un frío glacial le rodeó el corazón.

—¿Qué le pasa?

Pálida, la miró a los ojos.

—Que va a correr contra el King Pig.

—¡No lo hagas! —rogó Sébastien por enésima vez.

Detrás de él estaba el padre de Amadeo, demacrado y pálido.

—Ya te he dicho que estoy familiarizado con el coche y que conozco la pista como la palma de mi mano —replicó.

—¡Pero no lo has conducido nunca! Ni este, ni ningún otro.

—He usado el simulador.

—¡No es lo mismo!

Haciendo caso omiso, se colocó el mono que le habían preparado mientras escuchaba las instrucciones del jefe de mecánicos a través del casco. A continuación, se deslizó en el habitáculo, puso el motor en marcha y despacio lo sacó del box hasta llevarlo a la línea de salida.

La noticia de su enfrentamiento debía haber llegado a oídos de los asistentes, porque nadie se había movido de su asiento. Las televisiones seguían emitiendo también. Perfecto. Cuanta más gente presenciara la humillación de Dominic, mejor.

Un momento después, Dominic emergió de otro box, embutido en un coche amarillo. El semáforo se iluminó en rojo. Amadeo miró a su rival. Incluso con el casco puesto, pudo notar la enemistad de Dominic. Sonrió. La indignidad de aquel hombre no tenía que ver con la repulsa y el desprecio que sentía por él, el despreciable ser humano exponente de una cultura de crueldad, violencia y misoginia que había lacerado la vida de su mujer desde su nacimiento.

La mano izquierda de Elsbeth estaba enlazada con la de Clara, que apretaba con todas sus fuerzas, y la derecha en la de su suegra. Los tres pares de ojos estaban pegados a la pantalla de televisión que había en el salón de la reina.

Dos coches, uno blanco y otro amarillo, aguardaban a que la luz del semáforo cambiara a verde. Marcelo iba y venía por la estancia colgado del teléfono, intentando calmar a Alessia, que estaba en Madrid con Gabriel.

El semáforo se puso en verde.

Amadeo salió el primero. Elsbeth no sabía nada de carreras de coches, pero incluso ella se dio cuenta de que Amadeo conducía casi como un profesional. Sabía dónde reducir la velocidad y dónde pisar a fondo. ¿Qué le habría hecho abandonar todas las reglas, todos los protocolos de seguridad para competir así?

—Es increíble —murmuró Marcelo al ver que completaba la primera vuelta con quince segundos de ventaja.

Pero, a mitad de la segunda vuelta, la ventaja comenzó a reducirse. La comunicación entre Amadeo y su equipo cobró vida con un chasquido y la voz irritada de Amadeo se pudo oír por todo el circuito.

—Algo le pasa al acelerador. No responde.

Otra voz llenó la comunicación, pero Elsbeth solo pudo entender:

—... a boxes.

Dominic le estaba alcanzando.

Amadeo se dirigió por el interior de la pista cuando se acercaban a la última curva, antes de enfilarse la recta de boxes. Dominic le pisaba los talones.

Ocurrió inesperadamente. Justo en la curva, Dominic aceleró, pero no le rebasó. Giró el volante y chocó contra un lado de su carrocería. El ruido fue ensordecedor.

Una nube de humo llenó la pantalla, pero pudo verse un coche dando una vuelta de campana antes de aterrizar verticalmente sobre su morro y acabar cayendo como una ficha de dominó.

Notó cómo alguien le rozaba la mejilla cuando parpadeó. Clara se había arrodillado delante de ella. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Solo entonces supo que el ruido ensordecedor era el de sus propios gritos.

Sentía un martilleo en la cabeza y un sabor metálico en la lengua. ¿Qué demonios había bebido? Es más, ¿cuándo había bebido? ¿Y por qué olía a algo quemándose?

Intentó levantar la cabeza, pero no podía mover el cuello. Ni el cuello, ni las piernas.

—No se mueva —oyó que alguien le decía en la distancia.

Intentó abrir los ojos. Los abrió. Alguien le apretaba una mano.

—No se mueva. Lo sacaremos enseguida. Se va a poner bien, pero no se mueva.

Intentó centrarse en el rostro que acompañaba a la voz y a la mano, pero veía borroso. No había bebido. Había tenido un accidente. Y no sentía las piernas.

Se humedeció los labios e intentó hablar, pero la única palabra que brotó de sus labios rotos fue un gemido.

—Elsbeth.

Y el mundo se fundió en negro.

Amadeo abrió los ojos y se encontró con una luz brillante y cegadora. Debía estar muerto.

Volvió a cerrarlos y suspiró mentalmente. Saberse muerto le proporcionó una extraña sensación de paz, seguramente porque le habían enseñado a aceptar las cosas como eran, y no como uno querría que fueran. Ojalá esa luz significara que estaba vivo y no muerto.

Una puerta se abrió. Debía estar en una sala de espera. Voces suaves. Una parecía la de Elsbeth. Más paz. Desde luego, tenía que estar en la sala de espera del Cielo. Ojalá el ángel que hablaba como Elsbeth se pareciera también a ella. Sería maravilloso ver su cara una vez más.

Su familia cuidaría de ella y de su hijo, pero era triste ser consciente de que iba a tener que esperar mucho tiempo para conocerlo, aunque quizás el tiempo allí se moviera de modo distinto al de la Tierra.

De nuevo la voz de Elsbeth, y se volvió despacio hacia el punto del que provenía. Abrió los ojos y sintió una ola de felicidad de la cabeza a los pies. El ángel que tenía sentado al lado era exactamente igual que ella. Qué curioso. Nunca se había imaginado que los ángeles pudieran tener los ojos enrojecidos de llorar.

Carraspeó.

—¿Cuánto...?

El ángel le puso un dedo en los labios.

—Tres días. No hables. Hace poco que te han quitado el tubo de la traqueotomía y te va a doler.

Cierto. Le dolía.

Cuánto se parecía el ángel Elsbeth a la Elsbeth de carne y hueso. Eran idénticos. Sus ojos azules eran exactos, e incluso la mejilla por la que rodaba aquella lágrima era idéntica. Lo mismo que sus labios al sonreír.

—Creía que te había perdido —dijo, apretando su mano—, pero te vas a poner bien. Te has roto una pierna y fisurado la cadera. Tres costillas rotas, algunos daños internos y una conmoción cerebral, pero los médicos dicen que te vas a recuperar.

Sin poder hablar e incapaz de moverse, lo único que podía hacer era mirar al ángel-mujer que tenía al lado, y que ya no estaba seguro de que lo fuese. Bueno, no un ángel del Cielo, sino de la Tierra. ¿No estaba muerto, entonces?

—Dominic ha muerto.

Parpadeó. Con la alegría de verla a ella y de sentir el contacto de su mano, se había olvidado de su némesis.

—Dicen que murió en el acto. Ocultaron el coche con una pantalla mientras te sacaban —más lágrimas—. Tardamos mucho en saber si estabas vivo o muerto —y acercándose para acariciarle la mejilla,

añadió—: si vuelves a hacerme algo así, te mato yo con mis propias manos.

Agarró su mano para apretarla con fuerza.

—No voy a permitir que vuelvas a apartarme de ti. Si tú no tienes miedo de lanzarte por una pista a más de trescientos kilómetros por hora, yo podré encontrar el valor de luchar por los dos —la sonrisa soñadora que a él tanto le gustaba afloró a sus labios—. Dicen que, en un momento de consciencia, pronunciaste mi nombre. Tú me amas, Amadeo. Me amas igual que yo a ti, y cuando te saquemos de este hospital, vamos a vivir juntos y a crear nuestra familia juntos, y cada vez que intentes apartarme de tu lado, yo me agarraré con más fuerza porque nuestro sitio está juntos. Vivir sin ti es vivir con un horrible agujero en el corazón.

—Lo siento —dijo con voz rasposa, apretando con más fuerza su mano, deseando que le creyera.

Su mirada, tan dulce como su sonrisa, se lo confirmó y acariciando su mano, contempló los ojos azules de la novia que había caminado por el pasillo central de la iglesia hacia él, tanto tiempo atrás, rodeada por un halo de luz como el ángel que era...

Cuando volvió a abrir los ojos, Elsbeth estaba acurrucada en la silla junto a la cama, dormida, y necesitó llamarla tres veces para que se despertara.

—Elsbeth.

Los dos se miraron y Amadeo abrió la mano para que ella se la diera. Entrelazaron los dedos.

—Te quiero —dijo, y no sin esfuerzo levantó el otro brazo y le acarició la mejilla.

Volvió a quedarse profundamente dormido.

La herida de su corazón se cerró sin dejar rastro y, viendo dormir al hombre que amaba, sintió una ola de felicidad estrellarse contra su pecho, una felicidad que iba a ser suya, de los dos, por el resto de sus vidas.

## *Epílogo*

**A**MADEO abrió la puerta del tocador de su esposa. La peluquera le había recogido el pelo en la nuca y lo estaba sujetando con horquillas adornadas con diamantes.

—¿Ya estás? —preguntó con una sonrisa al reflejo del espejo.

—Casi —contestó ella, devolviéndole la sonrisa.

Apoyado en el marco de la puerta, pensó que su esposa no necesitaba trucos de belleza. Aun así, aquella noche se celebraba un banquete en honor de su prima, la Reina Catalina de Monte Claro, y todas las mujeres de la familia Berrutti habían requerido los servicios de sus estilistas.

—La última —dijo la peluquera, colocando una horquilla más—. ¿Le digo a Jenna que venga?

—Yo ayudaré a la princesa a vestirse —intervino Amadeo—. Dile a Jenna que ya no la necesita.

—Sí, Alteza.

Esperó a que se quedaran solos para poner las manos en los hombros de su esposa, que lo miró sorprendida.

—¿Vas a ayudarme a vestirme?

—Primero te voy a ayudar a desnudarte —musitó, besándola en el cuello—. Estás preciosa.

Ella se estremeció, y volvió a hacerlo cuando Amadeo bajó las manos por sus brazos, por la curva de su vientre redondeado y llegó a su pubis.

—Para comerte.

—No tenemos tiempo —contestó, mirándolo en el reflejo del espejo, pero sin hacer nada para impedir que le desatara el cinturón de la bata de seda y que pusiera ambas manos en sus pechos.

Cinco años de matrimonio y la fiebre seguía sin remitir.

Amadeo hizo girar su silla para que quedara frente a él y se arrodilló. Dio, estaba arrebatadora. Cómo le gustaba verla embarazada. Adoraba el suelo que pisaba.

Se acercó a ella y succionó un pezón. Elsbeth gimió dulcemente y puso una mano en su cabeza.

—Vamos a llegar tarde.

—El mundo seguirá girando sin nosotros.

—¿Y los niños? —musitó.

Su atención pasó entonces al otro seno.

—Gio sigue dormido, y Bella está leyendo cuentos con la niñera.

Entonces acercó su boca más abajo, y se acabaron las preguntas.

La sala de recepciones vibraba de música y vida. Elsbeth, con su embarazo muy adelantado, había conseguido encontrar un sitio tranquilo en el que poder descansar y observar a la gente sin ser vista. Le encantaban aquellos banquetes, sobre todo si había fiesta después, y la de aquella noche era especial. Le llenaba de felicidad ver reunidas a tantas personas a las que quería, y vio a su madre charlando animadamente con su nuevo esposo. Apenas su prima Catalina había accedido al trono de Monte Claro y había derogado las leyes misóginas y crueles que gobernaban a la familia real, su madre, dos tías y tres primas habían pedido el divorcio.

Bella, su tesoro de cuatro años, junto con Diego, el hijo de Alessia que era de su misma edad, y Sophie y Anna, las niñas de Clara, estaban muertos de risa. Las dos princesas les estaban enseñando el baile de Los Pajaritos. Por el rabillo del ojo vio a su suegro que también intentaba aprenderlo, y se echó a reír.

Amadeo dejó a sus cuñados para acercarse a ella. Apenas le quedaba una ligera cojera del accidente que a punto había estado de costarle la vida, y el corazón se le hinchó, como siempre que la miraba. Cómo amaba a aquel hombre, padre de sus hijos, amante, mejor amigo.

—Pareces feliz —dijo, sentándose a su lado y tomando su mano.

Elsbeth suspiró y apoyó la mejilla en su hombro.



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

—Nunca soñé que pudiera serlo tanto —suspiró.